COZY MYSTERY

A MORIR A TU CASA

HIJA DEL MAL



COZY MYSTERY

A MORIR A TU CASA

HIJA DEL MAL

ISBN: 9798343117462

Texto de Miriam Marcuello Hernández (Hija del Mal)

Ilustraciones de Miriam Marcuello Hernández (Hija del Mal)

HIJA DEL MAL

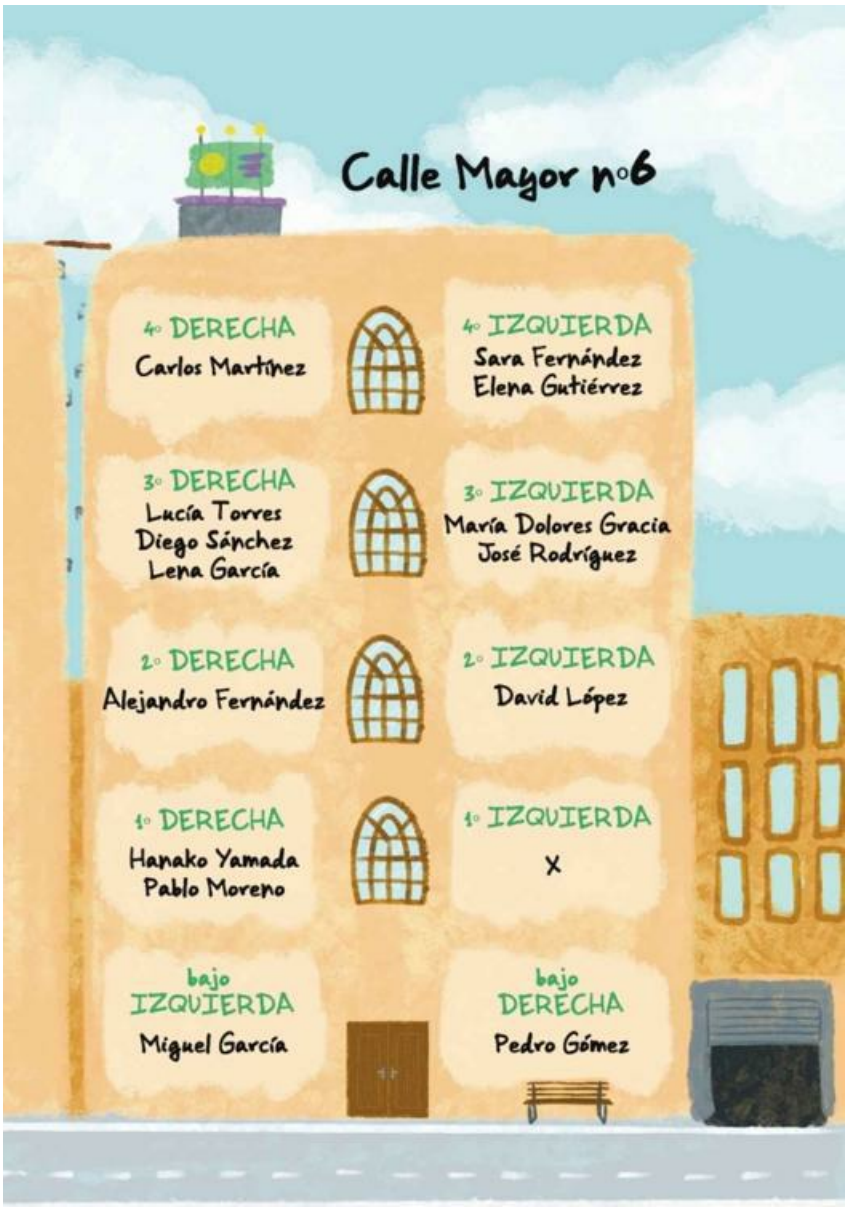
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso de la autora.

Esta es una obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

Glitter in the sky, glitter in my eyes

Shining just the way I like.

Dua Lipa - Levitating


Calle Mayor nº6
4º DERECHA
Carlos Martínez
4º IZQUIERDA
Sara Fernández
Elena Gutiérrez
3º DERECHA
Lucía Torres
Diego Sánchez
Lena García
3º IZQUIERDA
María Dolores Gracia
José Rodríguez
2º DERECHA
Alejandro Fernández
2º IZQUIERDA
David López
1º DERECHA
Hanako Yamada
Pablo Moreno
1º IZQUIERDA
X
bajo
IZQUIERDA
Miguel García
bajo
DERECHA
Pedro Gómez

Capítulo 1. Huellas de gato

Esta ciudad la tenía loca de amor y odio. Su viento la despeinaba todos los días tras pasarse un buen rato en el baño pasándose la plancha del pelo, un pelo que aparentemente ya estaba liso.

Sara amaba esta ciudad, amaba este barrio y amaba esta comunidad de vecinos. Todo era perfecto, nunca pasaba nada malo en las juntas. Alguna vez alguna riña tonta, pero nada grave, excepto cuando se planteó que fuera expulsado el portero de la comunidad, Miguel, y se implantara un servicio de limpieza una vez a la semana.

Miel ronroneó a sus pies, enroscó su rabo naranja peludo en su pierna y maulló pidiendo su comida.

—Ya voy, Miel —contestó Sara a su exigente minino.

Sara se acercó al gran salón donde se encontraba el comedero automático de Miel y observó que quedaban tres minutos para que el pienso saliera.

—Quedan tres minutos para que salga.

—¿Le estás hablando a Miel? —sonó una voz al final del pasillo.

—Sí, está pidiendo de comer Don Angustias, cariño.

Apareció una mujer en pijama con unas curvas impresionantes, como las que coge un motorista con muchas ganas un domingo por la mañana. Era preciosa y tenía los ojos como el jade.

—Comerá y querrá ir a dar una vuelta por las escaleras. —Sara la besó en los labios con suavidad—. Buenos días.

—Buenos días.

Sonrió a su mujer, Elena.

Llevaban casadas once meses y habían sido los mejores de su vida hasta el momento, con algún que otro momento malo, como era lógico, pero en general los mejores.

—En nada bajaré al primero con Carlos para enseñar el piso totalmente reformado y firmar los papeles del alquiler —comentó Sara a Elena mientras abría la puerta a Miel, que ya había devorado su pienso y exigía salir a dar su paseo matutino por el bloque.

Miel era conocido en el edificio, los vecinos le tenían aprecio, incluso el yorkshire terrier de los vecinos del primero derecha. Alguna vez incluso conseguía algún que otro premio goloso que no debía comer, pero no se lo echaban en cara a los vecinos.

—La verdad es que es un sol este hombre, siempre está ahí para ayudar en lo que puede. —Elena se sirvió una taza de café mientras lo comentaba.

—Nos ayudó mucho cuando pasó aquello, fue muy amable, estaremos siempre en deuda con él —respondió Sara mientras le robaba un sorbo del café y se escapaba para huir del ataque de cosquillas mortal de Elena.

—No me pillarás hoy, malvada —rio Sara.

—Me encanta cuando estás de vacaciones y puedes hacer estas cosas.

—A mí también, el hospital me agota en ocasiones. —Miró por la ventana, el hospital se veía a lo lejos.

—Eres la mejor enfermera del mundo y tu hermano va camino de ser el mejor enfermero del mundo, no lo olvides jamás, cielo. —Elena la besó con fuerza y la abrazó.

Mechones negros y rubios quedaron entrelazados al juntar frente con frente. Sara agradeció a su mujer todo el apoyo que le brindaba día a día, y sabía que era recíproco.

Separaron las frentes, Sara cogió las llaves y se dirigió a la puerta con una gran sonrisa.

—En nada vengo con los papeles firmados, muñeca. —Y realizó un baile como si fuera Elvis Presley.

Elena se llevó la mano a la frente y negó con la cabeza.

Sara timbró a la puerta de enfrente, el cuarto derecha; la casa de Carlos, por si aún no había bajado al piso y quería hacerlo con ella, pero nadie contestó.

Se encaminó a las escaleras hacia el primero, el ascensor era para cobardes, pensó.

Iba por el segundo cuando escuchó maullar a Miel, y antes de llegar al primero vio cómo salía corriendo del piso dejando un rastro extraño con las patas. Miel corrió como alma que lleva al diablo escaleras arriba, con el rabo erizado, muy asustado.

Sara quiso ir tras él y consolarlo, pero el rastro que había dejado la dejó de piedra, conocía ese color, conocía esa textura y conocía aún mejor ese olor.

La puerta de su piso estaba abierta de par en par, y las huellas de las patitas de Miel eran un rastro de migas de pan claro hacia donde Sara debía acudir a socorrer a alguien o algo.

¿Su gato habría matado otra vez a algún pájaro?

Recordó aquel día que Miel apareció con una paloma en la cama, tuvo que llevar a la tintorería

la funda del nórdico porque vomitó encima de él y porque la paloma dejó una mancha de sangre que no se iba.

Pero no tenía sentido que Miel hubiera salido corriendo sin la presa y así de asustado, así que igual era un animal grande y habían peleado.

¿Qué animal podría entrar en el piso?

¿Dónde estaba Carlos?

Finalmente, entró en el piso.

—¿Carlos? —preguntó Sara.

La entrada estaba despejada, no había nadie. No había señales de ningún animal tampoco. Las huellas de Miel llevaban directamente al salón, al fondo del todo.

—¿Hay alguien?

El silencio fue la respuesta, pero andar hasta el final del salón fue la solución a todas las dudas.

—Dios mío.

Sara se llevó una mano a la boca, se quedó de piedra y casi se cayó al suelo al tropezar con sus propios pies.

—No, no, no, no, no, no, no, no puede ser.

Sara contemplaba el cuerpo sin vida de Carlos, su gran amigo, un gran abogado que tanto había apoyado a las causas LGBTIQ+, que tanto había hecho por ella y Elena, por tantas personas en la ciudad.

Con las manos temblorosas, sin poder coordinar apenas, intentó buscar el móvil, pero se dio cuenta de que no lo llevaba encima, solo había cogido las llaves. Maldijo por dentro.

Su cabeza daba vueltas y no era capaz de pensar con claridad, encima estaba pisando las huellas de Miel y sus zapatos estaban llenos de sangre de… Carlos.

SANGRE DE CARLOS.

Por todos los Dioses.

Era enfermera, así que debía hacer un esfuerzo y comprobar si estaba inconsciente o muerto.

Se acercó con lentitud, con mucho miedo y respeto, y se agachó a su lado, le puso dos dedos en el cuello y confirmó lo que sospechaba desde el principio.

Carlos estaba muerto.

El charco de sangre y su tamaño, y la raja en la espalda ya eran indicativos de que la cosa no iba nada bien.

Corrió al piso de enfrente, esperando que Pablo o Hanako pudieran llamar a la policía, pero al timbrar nadie respondió.

Escuchó un ladrido.

No había nadie en casa, pero se habían dejado a Pupo, eso era extraño porque nunca se dejaban al perro.

Esperó por si estaban en el baño, pero nadie respondió.

—¡AYUDA! —gritó Sara sin pensar.

Sara se resbaló con la sangre del zapato y la sangre de las huellas de Miel y cayó al suelo, se pringó y sollozó, no se había roto nada, pero le dolía.

—¡AYUDA, POR FAVOR! —volvió a gritar.

Su hermano Alejandro se asomó por la barandilla.

—¿Sara?

—Alejandro, llama a la policía ahora mismo.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras bajaba las escaleras rápidamente.

—Dámelo. —Le quitó el móvil con fuerza y pulsó el 112.

Al segundo cogieron el teléfono y Sara empezó a soltar información como un robot:

—Buenos días, soy Sara Fernández, vivo en calle Mayor número 6, en el piso cuarto derecha y soy dueña del primero derecha, al entrar en la vivienda que iba a alquilar, he encontrado el cadáver de mi abogado dentro, su nombre es Carlos Martínez, soy enfermera y he comprobado que no tenía pulso, aparentemente lo han asesinado, tenía una herida en la espalda, precisaremos de patrulla policial.

Alejandro se ponía más y más pálido con cada frase que soltaba su hermana al operador del 112. Su boca rozaba el suelo de lo abierta que estaba.

Iba camino a la puerta cuando Sara lo cogió del brazo y le negó con la cabeza mientras seguía dando datos al operador.

Mientras tanto, algunos vecinos curiosos estaban llegando al oír los gritos de Sara, entre ellos Elena que se había cambiado el pijama por unos vaqueros cortos y una camiseta de tirantes.

—Han asesinado a Carlos —dijo Alejandro.

—¡Qué! —gritó Elena.

Se llevó las manos al corazón y se apoyó en la puerta del primero derecha.

También habían bajado los vecinos del tercero derecha, que eran amigos de Alejandro: Lucía, Diego y Lena.

Al poco apareció también el vecino del segundo izquierda al oír todo el alboroto: David.

—No puede ser —dijo Lena.

—Ayer por la noche le dijimos que tomara una copa con nosotros en el piso y hoy está… —Diego no pudo evitar que las lágrimas se le escaparan.

Lucía miraba el suelo, el rastro de sangre, como si se hubiera quedado en shock.

—Chicos, la policía está en camino —dijo Sara—. No entréis ahí dentro, no toquéis nada, somos todos sospechosos ahora mismo. Voy abajo a recibir a la policía, ¿entendido?

Sara sentía una presión terrible en la cabeza, andaba como si estuviera drogada, como si fuera todo una terrible pesadilla de la que iba a despertar en cualquier momento.

Mientras bajaba, vio como María Dolores, la vecina del tercero izquierda salía de la casa del portero, salía sonriendo.

Ahora tendría que darle la terrible noticia de que el gran amigo de su familia había fallecido. Pobre mujer.

—Miguel, espero que te guste mucho la tarta, es de zanahoria, la receta es de mi madre, descanse en paz —dijo María Dolores.

—Muchas gracias, doña María. —Y le dio dos besos.

—¿Qué te ha pasado, Sara? —preguntó María Dolores a Sara. — ¿Y esa cara?

—María Dolores, lo siento mucho, tengo que darle una mala noticia —le cogió las manos y respiró profundamente—, Carlos ha fallecido, lo acabo de encontrar en el piso que iba a alquilar hoy.

La sonrisa del rostro de María Dolores tornó a una tristeza profunda, esta pareció que iba a desfallecer allí mismo, pero finalmente pudo contenerse en el último momento.

—Necesito un momento sola para asimilarlo, era un gran amigo de la familia, ya lo sabéis, avisaré a José, ha salido a comprar —dijo María Dolores mientras buscaba dónde ir, aparentemente al exterior en busca de aire.

—Voy arriba —dijo Miguel, el portero.

—Bien, allí están casi todos, faltan Pablo, Hanako, que han debido de salir, José y Pedro.

—Iré a avisar a Pedro entonces —respondió Miguel.

Vio como Miguel timbraba a Pedro y le daba la noticia. Este subió corriendo, tanto como le permitió su condición física, al piso de arriba y gritó que quería ver el cuerpo.

Sara podía empezar a oír cómo los gritos de los vecinos aumentaban poco a poco.

La policía se personó al poco y Sara estaba ahí para guiarlos.

Subieron al primero y allí estaban todos los vecinos revolucionados, expectantes, esperando a que la autoridad les dijera qué debían hacer.

—¿Quién ha encontrado el cadáver? —dijo uno de ellos.

—Yo —respondió Sara.

—Muy bien, pasemos dentro de la vivienda. —Le indicó el camino hacia el lugar.

Sara les indicó dónde se encontraba el cadáver y cómo había comprobado que no tenía pulso.

—Déjenos el DNI un segundo —le indicó uno de los policías.

—Entonces, este es su piso, él era amigo suyo y abogado, y venía porque iba a alquilar el piso —dijo el policía.

—Exactamente —contestó Sara.

—Aquí tiene su DNI, señora. —El policía le devolvió su DNI.

Por la puerta apareció alguien que Sara conocía muy bien, alguien con quien había compartido muchos momentos hacía unos cuantos años atrás.

—Agente Pérez, ha sido rápido —señaló el policía.



Capítulo 2. Agente Pérez

—Sara, no esperaba verte después de tantos años —dijo el Agente Pérez—. Y menos en una situación así.

La cara del Agente era seria, pero no mostraba enfado alguno. Sara tenía que levantar bastante la mirada para ver la cara del Agente, era bastante alto. Si su memoria no fallaba, medía uno noventa.

—Álvaro, la verdad es que yo tampoco esperaba verte. Ha sido terrible, llevo una angustia en el pecho. —Sara se tocó el pecho y se apoyó en la pared.

Sara sintió algo de alivio al saber que Álvaro iba a estar en el caso, pero seguía sintiendo el peso de la muerte en su interior.

—¿Hay alguna habitación donde podamos hablar tranquilamente? —preguntó Álvaro con tono serio y frío.

—Sí, claro. —Sara guio a Álvaro a la habitación que se encontraba más cerca de la entrada, entre los dos baños de la casa—. Aquí mismo, la casa tiene tres habitaciones, da igual una que otra, supongo.

—Adelante. —Álvaro la invitó a entrar antes que él.

Sara abrió la puerta con miedo, como si al entrar fuera a encontrarse a Carlos de nuevo. La simple visión de aquello le hizo parar y se quedó con el pomo en la mano.

—¿Pasa algo?

—No…

Sara entró en la habitación y vio que no había ningún cadáver, solo estaba la cama de matrimonio, las mesitas de noche y el armario empotrado. Respiró profundamente.

Álvaro cerró la puerta de la habitación con suavidad detrás de ella.

—Sara…

Y la abrazó con todas sus fuerzas. Sara estaba enterrada en medio de varios músculos que no sabía identificar del todo bien, Álvaro siempre había sido un chico de gimnasio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con cara seria y fría de nuevo.

Él era así, algo serio y frío, y el abrazo había sido lo más cálido que él había aportado en muchos años. Posiblemente, se lo había dado porque la había visto totalmente destrozada por la muerte que acababa de presenciar.

—Iba a alquilar el piso, él era amigo y abogado mío, he bajado y estaba así. La puerta estaba abierta, de hecho… ¡MIEL! —Sara estaba a punto de salir por la puerta, pero Álvaro la paró a tiempo cogiéndola por el brazo.

—¿Miel?

—Miel es mi gato, salió corriendo, asustado con las patas llenas de sangre —explicó Sara.

—Ahora avisaré de que busquen al gato, no te preocupes —respondió Álvaro.

Sara se sentó en la cama, cayó como un saco de patatas que tira un granjero que no puede más con su alma.

—Es el abogado que llevó nuestro caso.

—Ya veo. Hay fuera un equipo médico por si alguien necesita apoyo emocional o alguna cosa.

Álvaro se sentó a su lado.

—Tengo que decirte que soy la persona que va a llevar el caso, todos los de este bloque sois sospechosos, incluida tú. —La miró a los ojos—. Aunque sé que no has sido tú.

~

—Por favor, buscad un gato naranja con las patas llenas de sangre, responde ante el nombre de “Miel” —dijo Álvaro a algunos policías.

—¿Miel ha desaparecido? —Se escuchó una voz en el rellano y apareció Elena.

—Álvaro, esta es Elena, mi mujer. —Álvaro se la quedó mirando frío como el hielo y no dijo nada—. Llevamos once meses casadas.

—Ya veo.

Y se giró para ir a la escena del crimen y hablar con la policía científica que estaba ya con las manos en la masa.

—Buenos días, soy el Juez. —Los policías le guiaron al interior de la vivienda, mientras invitaban a Sara y a Elena a salir.

—Será mejor que vayan a sus casas mientras trabajamos aquí, iremos a hablar con ustedes uno a uno, de momento, como tenemos apuntados los DNI de todos, ya tenemos todo lo que necesitamos —informó el policía de la puerta.

Sara y Elena se quedaron mirándose. Y cuando se giraron vieron a todos los vecinos allí. Unos llorando aún, otros con rostros de haber llorado y unos cuantos con cara de no poder creer lo que estaba pasando.

Lo peor vino cuando José apareció con las bolsas de la compra.

María Dolores corrió hacia él y se llevó las manos al corazón.

—José, no he querido decírtelo por teléfono, pero ha pasado algo terrible.

José se quedó mirando la puerta del primero izquierda.

—¿Te han entrado ladrones en el piso, Sara? —preguntó José totalmente inocente.

—No, señor José, es algo mucho peor —dijo Sara.

En ese momento José vio la sangre que tenía Sara, vio la sangre del suelo, las huellas del gato.

—¿Le ha pasado algo a Miel? —José le tenía mucho aprecio a Miel, sí que era cierto, pero muchísimo más a Carlos.

—Sí, pero creemos que Miel está bien, solo asustado —le respondió Sara antes de darle la terrible noticia.

—Cariño, Carlos ha fallecido —dijo María Dolores.

José se puso blanco y todos los vecinos sintieron como perdía toda su esencia vital por momentos, como se apagaba su alma lentamente.

—¿José? ¿Estás bien? —María Dolores le zarandeaba con esperanzas de que volviera en sí.

—No creo que sea momento entonces de decirle que no ha fallecido solo, que realmente lo han matado —dijo por lo bajo Diego a Lucía, Lena y Alejandro.

Sara fue directa al equipo médico que Álvaro le había comentado hacía escasos minutos.

—Buenas, ¿pueden ayudar a mi vecino? No se encuentra bien.

Al segundo ya estaban ayudando a José. El pobre hombre había tenido una gran amistad con Carlos durante bastantes años. Pedro observó a su amigo y una lágrima corrió por su rostro.

Lo habían sentado en las escaleras y estaban hablando con él tranquilamente, mientras el resto de los vecinos seguían encaramados en otra punta, exponiendo sus teorías y hablando de lo bueno que había sido Carlos.

—La verdad es que Carlos era un buen vecino, siempre estaba al corriente del pago —dijo María Dolores.

—Bueno, había más cosas que esas, creo yo —dijo Elena con indignación.

—Claro, claro, no me malinterpretes, querida.

—Nunca movía muebles a deshoras, ni hacía molestias, no andaba clavando los talones —dijo Diego.

—Y bajaba a veces a tomarse una copa con nosotros —añadió Lucía.

—Venía de vez en cuando a comprarme libros a mi librería —comentó Lena—. Le gustaba apoyar a los colectivos que más difícil lo tienen.

Diego abrazó a Lena y apoyó la cabeza en su cabeza para darle todo su apoyo, porque casi medían lo mismo y no podía hacerlo en su hombro.

—Nosotros siempre te apoyaremos, Lena —dijo Lucía.

Pedro estaba callado en un rincón, apenas había abierto la boca para decir nada y era muy amigo de Carlos.

—Pedro —dijo Sara.

Pedro levantó la vista, la tenía fija en las baldosas llenas de huellitas gatunas.

—Dime, Sara —respondió al segundo.

Pedro era el típico prototipo de informático friki, pelo largo en coleta que está encerrado en su habitación jugando a videojuegos siempre que puede.

—No has dicho nada en todo este rato, ¿estás bien?

—Supongo que lo estaré. Tengo muchas cosas que pensar —respondió.

Sara se acercó e intentó darle un abrazo, pero él no quiso.

—Perdona…

—No quiero abrazos.

—Pensaba que necesitarías un abrazo —dijo Sara.

La verdad es que Pedro era también una persona peculiar, pero no podía echársele en cara nada, cada uno es como es. Hay gente que no es amiga del contacto físico, pensó Sara, y había que aceptarlo, y ya está.

—No necesito tu estúpido abrazo, ni el de nadie de aquí —confesó Pedro y los miró a todos a los ojos con rabia.

Todos se giraron rápidamente a mirarlo con la boca abierta. Pedro se marchó escaleras abajo y se escuchó como cerraba la puerta de su casa con un golpe.

—Vaya, no está de humor —dijo Miguel—. Aunque él no suele estar de humor muy a menudo —añadió.

—Ya sabemos que Pedro es algo asocial, lo estamos agobiando —dijo Lucía.

—O quizá es el asesino —comentó Alejandro, el cual tenía los ojos bastante rojos. Nadie se había fijado hasta ese momento, quizá porque había llorado a escondidas.

Todos se giraron rápidamente a él como si hubiera dicho algo raro, algo que nadie quería oír. Al menos no aún.

Capítulo 3. Vecinos

—Muy bien, gracias por todo, nos vemos luego —dijo Álvaro al equipo forense.

Miró por la ventana hacia el hospital que se veía al fondo, el follón de la ciudad y toda esa gente que vivía sin conocer lo que acababa de suceder en ese piso de la calle Mayor.

No esperaba volver a ver a Sara, pero el destino, Dios o la mierda que hubiera, lo había traído aquí con ella de nuevo. Tenía esposa, una vida hecha y había a un cadáver en el salón de un piso de su propiedad.

Aquel uno de agosto iba a ser una auténtica mierda, hacía un calor criminal, con un criminal de verdad suelto y una comunidad de cotillas pululando a su alrededor. Con una perfecta rubia, con un señor acuchillado y un verano sin vacaciones. No debería haber cogido vacaciones en octubre.

Las pruebas eran claras:

Le habían clavado un cuchillo, el cuchillo no estaba, la persona había sorprendido a la víctima, la víctima conocía al asesino, el asesino se había aprovechado de eso, el asesino no había dejado ni una sola huella, así que había sido premeditado, las únicas huellas que había eran de la víctima y del gato.

Álvaro salió al rellano y los vecinos seguían allí. Malditos cotillas.

—Vamos a ver, ¿siguen aquí todos ustedes?

—Casi todos —respondió María Dolores—. Un vecino se ha ido.

Álvaro iba a perder la paciencia muy pronto si esta comunidad era así.

—Muy bien, todos ustedes, menos un vecino —corrigió Álvaro con clara poca paciencia en su tono.

—Todos los vecinos queremos colaborar, todos queríamos mucho a Carlos y no entendemos lo que ha ocurrido —dijo Elena.

—Exacto —añadió Lena.

Álvaro estaba a punto de estallar cuando vio a Sara.

—Por muy buenas intenciones que tengan todos ustedes, son sospechosos —dijo claramente

Álvaro.

—¿Cómo qué sospechosos? —preguntó Alejandro—. Hemos sido nosotros quienes hemos encontrado el cuerpo.

—Alejandro, ya me ha contado tu hermana que ha usado tu móvil para llamar al 112 —dijo Álvaro.

En ese momento la cara de Alejandro quedó en forma de interrogante. No comprendía porque le había hablado así.

—Alejandro, conozco al Agente hace años, fuimos muy amigos en la adolescencia, tú tenías cinco añitos cuando lo conocí por eso no lo recuerdas —explicó Sara.

—Genial, entonces somos todos sospechosos de asesinato, lo que faltaba en mi currículo —soltó Lena—. Negra, gorda, bisexual y sospechosa de asesinato, lo tengo todo, *baby*.

—Te gusta ser el centro de las miradas, chica —le dijo Lucía.

—¡Ya basta! —soltó Álvaro terriblemente cabreado—. Ha muerto un señor.

—Lo siento —se disculpó Lena.

El ambiente se volvió como la cámara frigorífica del restaurante de Pablo del primero derecha, el cual aún no había aparecido con su mujer Hanako.

—Voy a ir piso por piso, y voy a hablar con cada uno de ustedes —miró a cada uno de los allí presentes—, y espero que vuestras coartadas sean lo bastante buenas.

Ahora el ambiente no era como la cámara frigorífica, ahora estaban en la cima del Everest sin ropa y sin oxígeno, pidiendo ayuda a cualquier serpa que hubiera a mano.

—Pero primero tengo que hacer unas cosas, volveré en nada —añadió con cara de matar a alguien en cualquier momento.

—Una cosa —interrumpió Sara.

Álvaro estaba ya camino a las escaleras y se giró lentamente al oír la voz de Sara.

—¿Qué pasa?

—¿Se sabe algo de Miel? —Sara tenía cara de preocupación y Elena la abrazó.

El maldito gato. Se le había olvidado por completo.

—Lo siento, no ha aparecido de momento. —Apartó la mirada y la colocó en las escaleras, como queriendo huir de los sentimientos que se aproximaban.

—Es un gato muy listo, Sara —interrumpió Alejandro—, seguro que aparece dentro de poco

con un gorrión en la boca.

—Volveré en nada, hasta luego —notificó Álvaro.

Mientras bajaba al entresuelo su cabeza no paraba de pensar en lo que había pasado en ese primero, en esa comunidad de cansinos, en Sara y en este maldito agosto que le esperaba.

Casi todo el mundo estaba de vacaciones, la ciudad estaba prácticamente vacía, el cuerpo estaba en mínimos, todo estaba medio paralizado, este caso iba a ser lento de pelotas.

No había cosa que más le molestara, que las cosas no fueran fluidas y fáciles.

Al salir por el portal pudo sentir el calor que le aplastaba, como lo haría la gran bola en la que bailaba Miley Cyrus si el fuera un muro.

Menos mal que su coche estaba mal aparcado mitad en la acera, mitad en la calzada. Ventajas de ser policía.

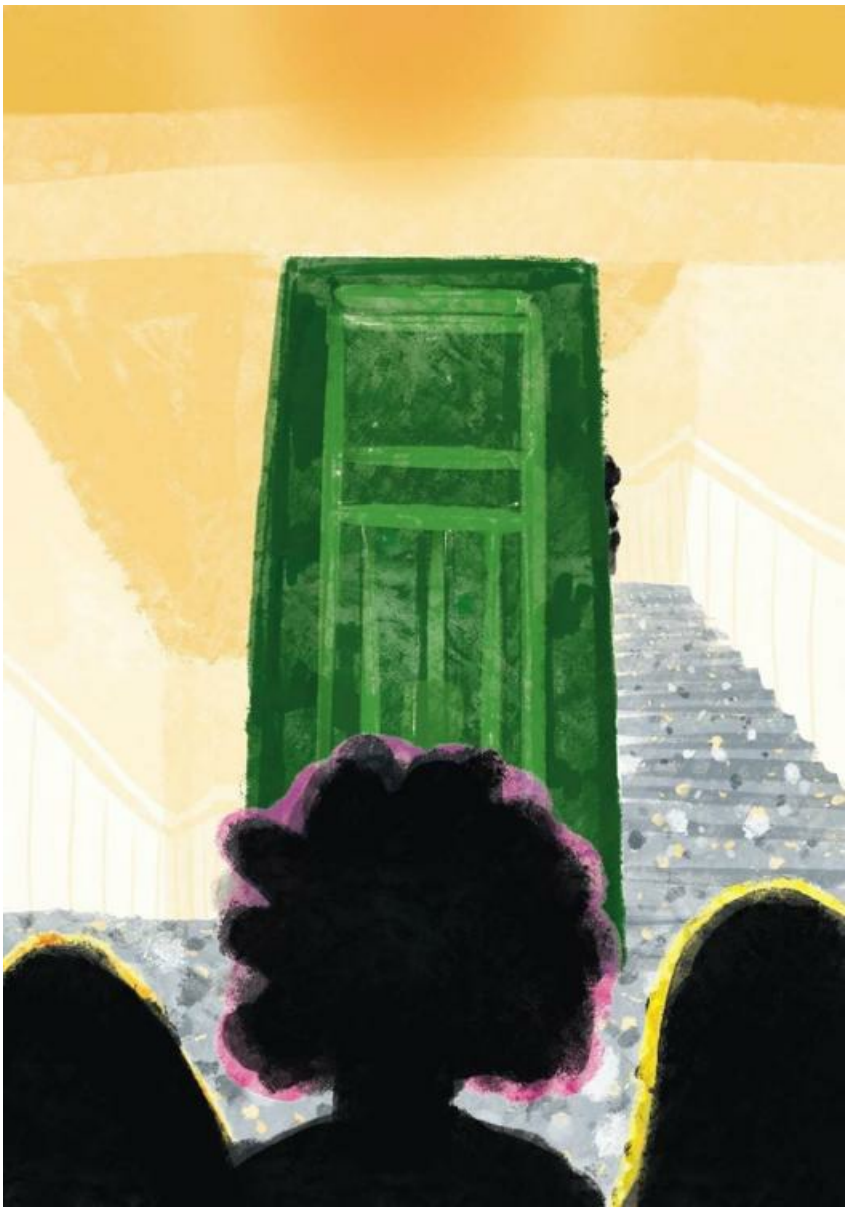
Aún había personas que miraban hacia la vivienda con ojos interrogativos, preguntándose qué había pasado y porque había venido tanta gente a ese portal hoy.

Todos cotillas. En este país parecía deporte nacional el tener un móvil, pasarle por WhatsApp la noticia de que había pasado algo a la tía Puri o al tío Enrique y hacerlo viral. Tampoco ayudaba Instagram, Facebook o TikTok. No soportaba ninguna de esas estúpidas redes sociales. No hacían ningún favor a las investigaciones policiales, solo creaban caos entre la ciudadanía, y creaban bulos estúpidos donde el 5G creaba cáncer o cualquier estupidez que un señor pudiera inventarse con tal de ganar unos cuantos seguidores.

—¿Qué ha pasado? —se acercó un señor mayor de unos ochenta años aproximadamente.

Álvaro estaba ya muy cansado para estas historias, no podía más.

—Métase en sus asuntos, señor —escupió Álvaro y se metió en el coche.



Capítulo 4. Los que no van a ser inquilinos

Álvaro apareció por comisaría y se dejó caer por su despacho sin saludar a nadie. Todos habían visto el humor que traía. Nada bueno podía pasar si alguien le dirigía una sola palabra.

Álvaro tenía un humor muy concreto, sus compañeros eran conscientes de ello.

—Muy bien, calle Mayor número seis, ¿qué tienes para mí?

Encendió su ordenador y mientras esperaba que se encendiera, que iba a tardar por lo menos diez minutos, sorbió un poco de café que había cogido en la máquina del pasillo.

Maldito país con sus recortes. No había dinero para ordenadores que se encendieran en segundos, pero había dinero para que sus presidentes se fueran a comer langostas en islas paradisiacas.

¿Por qué no había suspendido el ordenador?

Mientras esperaba se asomó a la ventana, qué suerte tener ventana y poder ver por ella algo que no fuera un edificio enfrente.

Gracias a ese gran parque que tenían en mitad de la ciudad podían tener algo de alivio en la contaminación y en el ruido visual.

De repente sonó el teléfono de la mesa y casi se le cayó el café.

Maldita sea. El sonido de ese teléfono era insoportable.

—Dime.

La familia que iba a alquilar el piso estaba en la comisaría. Eran claramente sospechosos. ¿Dónde se habían metido todo este rato?

Álvaro dejó al ordenador en su despertar con el café al lado, igual el olor le hacía reaccionar.

Marchó adonde le habían indicado que se encontraba la familia y vería que tenían que contar.

Los encontró sentados en las sillas del escritorio del compañero Martínez, eran una mujer y un hombre de unos veintipocos. Tenían cara de asustados. Bien.

—Soy el Agente Pérez, llevo el caso del asesinato del piso que iban a alquilar esta mañana —dijo Álvaro con toda la calma del mundo, esperando ver la reacción de sus rostros.

Sus rostros se volvieron aún más cenizos, el hombre parecía a punto de vomitar, la mujer guardaba mejor la compostura.

—Los agentes que estaban en el rellano del entresuelo nos dijeron que no podíamos subir cuando llegamos —comentó la mujer.

—Entiendo —dijo Álvaro, esa información no se la habían proporcionado, luego la confirmaría.

—Les explicamos que íbamos a alquilar hoy un piso, en cuanto dijimos cuál nos dijeron que teníamos que venir aquí, acabamos de enterarnos del asesinato por usted, vaya —siguió comentando la mujer.

—¿Qué relación tenían con el señor Martínez? —preguntó.

—No sabemos quién es ese señor —pudo decir el hombre, que ya había vuelto a coger algo de color.

—¿Si les digo el nombre de Carlos les suena? —Los miró a los ojos con más intensidad.

—¡Ah! ¿Puede ser que fuera el amigo abogado de Sara? —preguntó la mujer.

—En efecto.

Aquellas personas no tenían la más mínima idea de nada, estaban muy perdidos. Se notaba a la legua que simplemente estaban en la situación equivocada, en el momento menos oportuno.

El hombre no aguantó más y vomitó en la papelera que tenía a más a mano.

—Lo siento, estas cosas le ponen mal cuerpo, no es capaz ni de ver las películas de Saw —comentó la mujer poniéndose una mano en la frente.

—No pasa nada, señora.

Le aproximó un pañuelo al señor para que se limpiara y un agente le trajo un vaso con agua.

—Entonces, ¿habían visto o hablado con el señor Martínez alguna vez? —preguntó Álvaro.

—Nunca, Sara nos dijo que igual venía con él para firmar los papeles, que eran muy amigos —dijo la mujer.

—No se vayan de la ciudad en estos días, son sospechosos, si tenían algún viaje programado para estas vacaciones, lo siento mucho, pero van a tener que cancelarlo —expuso Álvaro.

—No, el viaje a Irlanda —dijo el hombre apenado.

—Amor, un señor ha muerto —respondió la mujer rápidamente.

—Llevábamos años planeando ese viaje, Lourdes —dijo con tono triste.

—Lo podrán hacer otro año —dijo Álvaro—, si no son el asesino. En ese caso, el asesino podría estar unos cuantos años en la cárcel, entonces Irlanda podría tener que esperar bastante tiempo.

Lourdes y el hombre se quedaron con la boca abierta, eran sospechosos y encima el Policía estaba soltándoles esa clase de cosas así, tan fácilmente.

—No hemos matado a nadie —dijo el hombre.

—Bueno, no he dicho eso en ningún momento. —Álvaro se levantó y les invitó a levantarse.

—Un poco si lo ha insinuado.

—No se vayan del país, cambien la fecha del viaje, mi compañero les tomará nota de todo. Tengan un buen día.

Álvaro se marchó sin decir nada más, le dijo al Agente Martínez que cogiera nota de la pareja.

—No tiene pinta de que sean el asesino, pero cógeles nota, y que no se vayan del país, tenían un viaje a Irlanda, cámbialo. Quiero sus historiales, saber si realmente conocían a Carlos Martínez. Y una última cosa —miró a su compañero a los ojos—, ¿es verdad que les pararon en el rellano y los trajeron aquí?

—Correcto, así fue. Aparecieron a la hora que habían quedado con la señora Fernández y el señor Martínez, quizás tres minutos antes.

Verdad.

—Muy bien, voy a mi despacho.

~

Nada nuevo sobre el horizonte. Carlos era un abogado, obviamente tenía infinitos enemigos a sus espaldas, iba a ser una lista interminable. Pero algo le decía que Carlos tenía que confiar en la persona, porque le había pillado por las espaldas, había dejado que la persona entrara en la vivienda. Si no habían sido los futuros inquilinos, tenía que ser alguien del bloque. Si quería confirmar la teoría, podría buscar alguna cámara de las inmediaciones y ver si alguien salía o entraba del edificio.

Bendita tecnología, a veces era un grano en el culo y otras era el remedio para ese grano.

Cogió el teléfono y pidió que buscaran cámaras que apuntaran en los alrededores, que vieran los movimientos del edificio y acotaran en función a la hora de la muerte.

Una cosa menos.

Más.

Expedientes de cada uno de los vecinos del bloque de los cotillas más cotillas del universo. ¿Cómo serían las juntas? Evitó pensarlo.

Puso la pantalla con los DNI de todos.

Sara Fernández, su amiga.

Elena Gutiérrez, la mujer de su amiga.

Lucia Torres, bailarina de ballet.

Diego Sánchez, bailarín de ballet.

Elena García, la habían llamado Lena, librera.

María Dolores Gracia, ama de casa.

José Rodríguez, camarero.

Alejandro Fernández, estudiante de enfermería, hermano de su amiga.

David López, camarero.

Miguel García, portero de la comunidad.

Pedro Gómez, informático.

Al final se había incorporado una nota con unos nombres.

Pablo Moreno, ausente, dueño de restaurante La Vela.

Hanako Yamada, ausente, artista plástica.

Un asesino.

Miró el reloj, eran las dos de la tarde, la hora de comer. Comería de la fiambrera que se había preparado en casa esa mañana; un poco de arroz, pollo y calabacín, mientras miraba una serie cualquiera. Daba igual, iba a seguir pensando en el caso.

Cuando acabó a las dos y diez cogió su iPad personal con toda la información que había recogido, las llaves del coche y emprendió el camino hacia calle Mayor.

Esperaba molestar en la hora de la comida, no había nada mejor que molestar e irritar a un posible asesino.

Si un asesino no descansaba, él tampoco lo haría.

Capítulo 5. El ascensor baja

—Vamos a ver ¿cómo vamos a ser sospechosos nosotros? —preguntó Lena indignada.

—Pues porque estábamos todos cerca del escenario del crimen, Lena —contestó Alejandro con mucha calma.

Todos seguían en el rellano del primero, hablando a voces como gallinas de corral, cuando vieron que el ascensor iba hacia los pisos de arriba.

—¿Quién hay arriba? —preguntó Elena.

—Se supone que estamos todos aquí, no tiene sentido que haya nadie arriba —respondió Lena mirando de nuevo a todos los vecinos.

—Pedro se ha marchado a su casa, los policías se han ido y han precintado la casa de Carlos —respondió Miguel mientras contaba con los dedos—, arriba no quedaba nadie cuando he bajado yo con los Agentes.

Todos miraron con dudas hacia el ascensor, que ya bajaba con calma, mientras ellos tenían infinitas dudas de quienes serían los ocupantes.

—¿Será el asesino que se había escondido arriba? —dijo Lucía abrazada a Diego.

—No digas tonterías, Lucía. —Y Lena le dio un empujón suave para calmarla.

Pero todos pensaban lo mismo, podría ser el asesino que se había ocultado en algún lado.

Cuando el ascensor se abrió, todos contuvieron la respiración y pudieron volver a respirar cuando vieron a Pablo y Hanako con Miel en brazos.

—¡MIEL!

Sara ya lo cogía en brazos y le daba besos en la cabeza, podía sentir sus ronroneos como una locomotora antigua, Elena se acercó y le cogió la cara con las dos manos.

—Mi niño, te estábamos buscando.

Pablo y Hanako estaban sorprendidos de ver a todos los vecinos allí reunidos. Cuando vieron las cintas policiales, la sorpresa llegó a ellos.

—¿Alguien nos explica qué ha pasado aquí? —rogó Pablo señalando la puerta del primero

izquierda.

—Pues…

Antes de que Miguel continuara hablando, Sara le cortó en seco.

—¿Dónde estabais vosotros?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —respondió Pablo enfadado.

—Una muy importante dada la situación. —Sara los miró fijamente.

Los vecinos entendieron en ese momento porque Sara no quería contar nada, dudaba de que ellos hubieran asesinado a Carlos. Su extraña desaparición era perturbadora y que hubieran aparecido con Miel en brazos, aún más.

Igual Miel había seguido a los asesinos de Carlos y por eso venía con ellos.

—¿Qué situación? —preguntó Hanako—. No entendemos nada.

La tensión era evidente. La guerra iba a estallar en cualquier momento.

—¿Dónde habéis encontrado a Miel? —preguntó Alejandro.

Hanako miró a Pablo con cara de no entender absolutamente nada, igual ella se estaba perdiendo porque era algo de la cultura occidental.

—Estábamos en la azotea y apareció allí, estaba asustado —respondió Pablo.

—¿Qué hacíais en la azotea? —preguntó esta vez María Dolores, inquisitiva.

Esta vez Pablo se puso a la defensiva, su cara tornó roja y puso los brazos en jarra.

—Eso no es de su incumbencia, señora.

—La verdad es que no, no es de su incumbencia, pero sí de la mía —dijo Álvaro que había llegado ya a la comunidad de vecinos, donde, por lo visto, nada había cambiado.

Álvaro traía una cara de perros, ya solo de ver a los vecinos que seguían tal donde los había dejado le ponía de malhumor.

—Agente, ¿ya está aquí?, ¿quiere comer? —dijo María Dolores—. Tengo unos garbanzos con verduras muy buenos hechos de ayer para chuparse los dedos.

—Es verdad, un día nos trajo una fiambrera —añadió Lena.

Álvaro iba a perder la cabeza con esta gente.

—María Dolores Gracia, ya he comido, empezaré con estos señores que acaban de aparecer

por arte de magia. —Les señaló con el pulgar.

Se giró sin más y empujó a la pareja hacia el domicilio. Pablo y Hanako seguían más perdidos que un alfiler en un pajar, no entendían nada de nada. Pero al saber que era un policía el que estaba invitándoles a entrar en su propio hogar, intuyeron que era algo importante.

Capítulo 6. Comida asiática

Obras de arte japonés es lo que invadía la casa de los Moreno-Yamada y un perro patada que seguía a Álvaro a todos lados.

Hanako guio a Álvaro al salón, había una mezcla entre arte occidental y oriental, que a Álvaro no le disgustó para nada y valoró como próxima reforma en su salón.

No quiso decir nada, aunque Hanako se dio cuenta y ella misma lo comentó.

—Lo hice yo.

Álvaro salió de sus pensamientos.

—¿Perdón?

—La decoración, los cuadros, las esculturas —señaló—, las telas, todo lo he creado yo con mis manos.

—Es impresionante, señora Yamada —dijo Álvaro—. Pero hemos venido aquí a hablar de algo más importante.

La señora Yamada le invitó a sentarse en el sofá, y ella y su marido Pablo se sentaron en el de al lado.

—Díganos qué es tan importante —dijo Pablo en tono frio.

Álvaro miró sus rostros, quería leer que decían, pero no pudo descifrar gran cosa. Hanako era muy fría y Pablo venía cabreado por la refriega vecinal.

No servía.

—¿Qué hacían en la azotea del edificio?

—Discutir. —Pablo fue claro.

Eso le gustó a Álvaro, pero debería comprobar si era verdad.

—¿Qué discutían? —Comprobó que Hanako no tuviera marcas o signos de violencia.

—Tengo un restaurante, ¿sabe? —reveló Pablo.

Álvaro terminó de inspeccionar a Hanako y no vio signos de violencia, cuando habló Pablo tampoco vio en el nada raro. Ninguna uña clavada.

—La Vela —respondió Álvaro—. Lo sé.

—Entonces sabrá que estamos pasando un mal momento económico —dejó caer Pablo.

Álvaro no estaba al tanto de eso, pero lo estaría rápidamente. No dijo nada y esperó a ver que decían. El silencio sería la presión.

—Estábamos discutiendo qué hacer con el negocio, no queríamos que los vecinos nos escucharan, tenemos dos empleados en el bloque y aquí se puede oír todo, pero en la azotea es más fácil que las palabras se las lleve el viento.

Álvaro continuó con su jugada del silencio, Pablo lo estaba haciendo muy bien.

—Yo soy artista, tengo mucho dinero, pero no sabíamos si debíamos arriesgarnos usando mi dinero para continuar tirando dinero con el negocio —añadió Hanako.

—¿Ha pasado algo con Hacienda? —preguntó Pablo—. ¿Por eso está aquí?

—No, no soy de Hacienda, ni vengo por Hacienda.

—¿Qué relación tenían ustedes con el señor Carlos Martínez? —preguntó claramente Álvaro.

—¿Carlos? —preguntó Hanako.

Hanako se puso muy tensa, se giró a su marido y le dijo algo en japonés. Álvaro se puso muy tenso.

—¿Qué ha dicho? Dígamelo ya mismo. —Se levantó del sofá.

—Mi mujer dice que es quien nos lleva algunas cosas del restaurante y que, seguro que vienes de Hacienda, no se fía.

—No soy de Hacienda, lo repito de nuevo.

Álvaro estampó una mano en la pared con fuerza, miró a la pareja, observó al perro como iba corriendo a su cama.

—Estoy aquí por un asesinato, señores. No vengo de Hacienda. Así que dejen de decir estupideces, hablen castellano y digan la verdad —expulsó Álvaro.

Se sentó en el sofá de nuevo, se rascó la barba, abrió el iPad, buscó la carpeta del señor Moreno y buscó archivos sobre La Vela.

Pablo y Hanako estaban aterrados, no querían ni preguntar sobre a quién habían matado.

—Muy bien, su relación con Carlos —dijo Álvaro sin levantar la vista del iPad.

—Nos lleva algunas cosas de los negocios, cuando hemos tenido problemas ha sido nuestro abogado —comentó Pablo mientras agarraba la mano de Hanako con fuerza.

Álvaro pudo ver por el rabillo del ojo como se le ponían los nudillos blancos de la fuerza que hacía.

—Alguna vez ha venido a comer a La Vela y es nuestro vecino, claro —añadió Hanako.

Álvaro levantó la vista.

—Era vuestro vecino, quiere decir. —La corrigió y vio el cambio en sus rostros. Acababan de comprender quién había muerto.

~

Cuando salió por la puerta sintió como una tromba de vecinos iba corriendo hacia la otra punta del rellano, fingiendo que no estaban en la puerta poniendo la oreja para escuchar.

—¿Aún están aquí?

Álvaro no podía más con su alma. Necesitaba ayuda con urgencia o iba a explotar.

—Sara, ¿podrías hacerme el favor de controlar a la fauna que tienes por vecinos y mandarlos a sus casas para que pueda realizar mi trabajo?

—¿Qué nos ha llamado? —preguntó Miguel indignado.

—Fauna, lo que somos —respondió Lena, enroscándose los rizos rosas en los dedos y haciendo muecas.

—Por favor, ya vale —soltó Álvaro ya desquiciado.

—No te preocupes, Álvaro —dijo Sara—. Yo me ocupo.

—Miguel García, conmigo —ordenó Álvaro.

Álvaro ya estaba encaminado hacia el piso de Miguel y este tardó en reaccionar, al principio no se dio cuenta de que se dirigían a su piso.

Sara ya estaba poniendo orden, dirigiendo a los vecinos para que fueran todos a sus casas, mientras Álvaro y Miguel se ponían manos a la obra con la siguiente declaración.

Miguel abrió la puerta de su bajo izquierda, su casa nada tenía que ver con la casa que se encontraba justo encima, estaba medio vacía, con muebles sin ningún tipo de sentido, de colores que no encajaban los unos con los otros, de estilos totalmente diferentes; posiblemente de segunda mano o donados por familiares o amigos.

Miguel le indicó que se sentara en una silla de la mesa del comedor, el sofá estaba hecho

pedazos.

—Tengo el sofá roto, igual se hacía más daño que otra cosa —indicó Miguel.

—No importa.

Miguel se sentó en otra silla y esperó que el Agente empezara a preguntar, pero Álvaro no preguntó nada. El silencio empezó a ser incómodo.

—¿Qué le gustaría saber, señor Agente? —preguntó Miguel al fin.

—¿Dónde se encontraba a la hora de la muerte del señor Martínez?

—Estaba aquí desayunando, cuando al rato bajó doña María Dolores con una tarta de zanahoria, pero como ya había desayunado, la guardé y oímos unos ruidos, salimos y vimos a Sara.

—Muy amable la señora Gracia, ¿suele ser tan atenta?

—Sí, ya ha escuchado a Lena antes, suele dar fiambreras a veces, o tartas, se aburre, es ama de casa.

Álvaro retuvo esa información. Ama de casa aburrida, igual había visto u oído algo, esas señoras siempre estaban mirando por la mirilla o paseando por los rellanos.

—¿Le dijo la señora Gracia que estaba haciendo antes de bajar aquí a su casa?

—Hacer la tarta, eso me dijo.

—¿Le dijo algo más?

—Me contó que su marido había salido a comprar, que como estaba de vacaciones tenía ganas de salir y hacer cosas mundanas —respondió Miguel mientras se levantaba de la silla.

—¿Le pasa algo, señor García?

—Yo creo que Lucía podría tener algo que ver con lo que ha pasado, no quiero incriminar a nadie, pero…

Miguel miró por la ventana que daba al exterior, hacia la calle, miró a la gente que pasaba, ajena a lo que había pasado hacía unas horas en la comunidad que tanto le había dado y quitado.

—Continúe señor García. La señorita Torres.

—Un día estaba limpiando el rellano del *trío* del tercero derecha, los bailarines y la librera.

—¿Tienen una especie de relación los tres? —preguntó Álvaro.

—Creo que no, me refiero a que viven esos tres allí, no que tengan una relación, ya me

entiende, ellos mismos tienen sus bromas, cosas de los jóvenes de ahora —explicó Miguel.

—Intento comprenderlo sin llegar a hacerlo, la verdad. Continúe.

Miguel empezó a dar vueltas como perro que buscaba un hueso.

—Estaba fregando el rellano y escuché gritos, yo no pude evitar posar la oreja. —Miguel se puso rojo—. Y escuché varias cosas, un poco fuertes.

~

Álvaro salió del bajo izquierda y no dudó en coger el ascensor para subir directo al tercero derecha, la señora Gracia podía esperar un poco más.

Se puso contento al ver que los vecinos no estaban en ese rellano, ni en los otros, o eso parecía. Igual se habían escondido para que él no los viera.

En cuanto llegó el ascensor, pulsó el número tres y dejó que el ascensor le meciera.

Timbró sin dudarlo a la puerta decorada con una bandera de arcoíris y esperó al *trío*.

Abrió la puerta Lena, pero detrás ya se podían entrever a Lucia y Diego, abrazados, con cara de pavor.

—Señor Agente, pase a nuestro fantástico hogar —cantó Lena con mucha euforia.

—Señorita Torres, será la primera —ordenó Álvaro.

Lucía se dirigía al salón con el resto cuando el Agente dijo:

—A solas.

—¿No puede ser con ellos? —exigió ella.

—A solas.

—Todo irá bien, nena —comentó Lena.

Lucía iba con temor hacia su habitación, con Álvaro detrás de ella. No era excesivamente alta, pero era delgada, como todas las bailarinas de ballet, pero su pelo era el más largo que había visto jamás el Agente, y de un pelirrojo precioso.

Lucía le indicó que podía sentarse en la silla de su escritorio y ella se sentó en su cama.

Álvaro la miró con frialdad, ella se heló.

—Sabes por qué he venido aquí.

—Sí.

Capítulo 7. Patitas limpias

Sara y Elena estaban en el baño con Miel, quitando la sangre de sus patitas con agua calentita.

—Miel, te has llevado el susto de tu vida —dijo Elena.

—Pásame el jabón de Miel, anda —pidió Sara.

Elena se levantó y fue en busca del jabón especial de Miel, estaba en el armario de cosas de Miel, con su arena y sus peines.

—Toma.

—¿Quién crees que ha podido ser? —La duda asaltó a Sara.

Elena dudó durante un rato, al final habló.

—Aún estoy asimilando el hecho de que hayan matado a Carlos, la verdad. No entiendo quién podría querer matarlo.

—¿Crees que ha sido alguien del bloque? —Sara insistió.

—No lo sé, Sara, como te digo, aún estoy asimilando la noticia.

Sara no paraba de hacer funcionar su cerebro, llevaba toda la mañana rumiando la información. Apenas estaba escuchando lo que decía Elena.

—Me gustaría ayudar a Álvaro en la investigación, ahora que estoy de vacaciones.

—¿Perdona? —Elena no podía creer lo que estaba oyendo.

—Creo que podría ayudarle, conozco muy bien a esta gente.

—A ese tío tan frío y borde, que parece no caerle bien ni a su propia sombra.

—Lo he decidido, sí.

Sara no estaba escuchando, estaba limpiando a Miel sin escuchar ni una sola palabra de lo que decía Elena.

—Haz lo que veas, Sara. —Elena se marchó.

Sara se quedó mirando a Miel, sus patitas ya limpias y sus ojos pidiendo piedad por el baño a traición.

Sus maullidos de auxilio se oían desde el piso del *tríо*.

—Miel, ojalá pudieras hablar, contarme que viste en ese piso.

El gato se quedó mirándola fijamente. Sara cogió la toalla y secó a Miel con cariño, y le besó la cabeza. Lo hizo un burrito y fue al salón donde se encontraba Elena.

—Toma a Miel, voy a casa de Miguel. —Sara le entregó a Miel con delicadeza, el gato parecía un bebé.

—Parece un recién nacido y parece hasta bueno, aún está asustado —dijo Lucia mientras miraba a Miel—. Tardará un tiempo en volver a salir por el bloque, me da la sensación.

—En nada estará saltando por las escaleras, ya verás.

Sara cogió su móvil y las llaves de casa, y se dirigió a la puerta.

—Ahora vendré.

—Yo iré a la academia a poner unos papeles en orden en un rato.

—Vale, que vaya bien, te quiero. —Le lanzó un beso al aire y ella lo recogió.

Sara salió del piso y fue escaleras abajo cuando se encontró a Álvaro saliendo del piso del *tríо*.

—Justo iba a buscarte —dijo Sara.

—¿A mí? —preguntó Álvaro con mil dudas en la cabeza.

—Quiero ayudarte a encontrar al asesino —aclaró Sara.

—No puedo dejarte hacer eso. —Fue claro.

—Extraoficialmente.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

Álvaro tenía suficiente con esta comunidad de locos, con sus tramas y sus cotilleos, pero que Sara le montara esta escena no se la esperaba para nada.

—¿Por qué? ¿Por qué ese señor era amigo tuyo? ¿Por qué sientes que se lo debes? ¿Por qué sientes que es tu deber por encontrártelo sin vida en tu domicilio?

—Exacto —confirmó Sara.

—No es motivo suficiente.

—Sí que lo es para mí —gruñó Sara.

—Mira, Sara, que seamos amigos no va…

—Yo sé muchas cosas de esta gente, Álvaro —espetó.

Álvaro se masajeó las sienes. Pensó en la idea de tener a Sara a su lado en la investigación, el lastre que sería para él o la de información que podría proporcionarle. Tenía que valorarlo.

Sin duda pesaba la información.

—Está bien, pero si me haces lastre te mandaré derecha a casa —confirmó.

—Perfecto. —Y Sara sonrió, serían unas vacaciones interesantes.

Deseó no arrepentirse de la decisión.

—Mi siguiente casa es la de aquí al lado. —Señaló el tercero izquierda.

—La casa de María Dolores y José —informó Sara. —¿Qué te han dicho en el tercero derecha? Son buena gente.

—Tengo una posible asesina —dijo Álvaro sin mirarla a la cara, mientras timbraba al tercero izquierda.

—¿Cómo? —dijo Sara sorprendida. —¿Quién?

—Calla.

María Dolores abrió la puerta con una sonrisa suave en la cara, llevaba puesto su delantal y los guantes de limpieza.

—Bienvenido, estaba fregando los cacharros y algunas cosillas. —María Dolores se fijó en Sara.

—Va a ayudarme en la investigación —comentó Álvaro señalando a Sara.

—Claro, claro, pasad, chicos. —Y los llevó hacia el interior de la vivienda, una vivienda clásica para una pareja de mediana edad.

María Dolores los invitó a pasar al salón, donde se encontraba José algo alicaído aún. Este se levantó y saludó a Álvaro con un apretón de manos.

—Un placer, Agente. —En su rostro se vio el dolor— Estaremos encantados de ayudarle a encontrar a la persona que ha hecho esto.

—Usted conocía muy bien al señor Martínez, ¿es así? —preguntó.

—Éramos muy amigos desde hacía años. —Miró al suelo, no pudo contener las lágrimas.

—Carlos era como de la familia, señor Agente —confirmó María Dolores.

—Entonces, los acompaño en el sentimiento.

—Gracias —dijo José mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo que había sacado del bolsillo del pantalón.

—Vengo porque quiero confirmar una parte de la historia del señor García, el portero —soltó Álvaro sin sutilezas.

—Claro, cuéntenos —dijo María Dolores.

—Cuénteme usted, señora Gracia.

—Esta mañana he ido a darle una tarta de zanahoria al portero, sí, suelo darle algunas cosillas de vez en cuando —se giró a su marido—, ¿verdad?

—Sí, alguna vez le bajamos alguna fiambrera o postre, se porta muy bien con el bloque —confirmó José.

—Es un amor de portero —recalcó Sara.

—Si me disculpan, voy un momento al baño, necesito quitarme todas las lágrimas del rostro —comentó José.

—Claro, por supuesto, está en su casa.

José seguía sollozando camino al baño, se le veía abatido por la muerte de Carlos, era más que obvio. Quizá en exceso, ¿podría ser el asesino? Igual lo había asesinado y se había arrepentido y ahora sufría las consecuencias de sus actos. Aunque se supone que José estaba comprando cuando se había producido el asesinato, ¿qué tiendas había abiertas a esas horas? Necesitaba las grabaciones de las cámaras pronto para ver si era verdad que Carlos había salido del edificio y no había vuelto.

—Te acompaño si quieres, José —dijo Sara.

—Eres muy amable, Sara.

Sara se levantó y ayudó a José en el baño, por los ruidos buscaban algún tipo de medicamento, posiblemente algún relajante.

—Señora Gracia, antes de bajar al bajo, ¿qué estuvo haciendo?

—Estaba terminando la tarta, por supuesto.

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo?

—Creo que no, mi marido se marchó antes de eso, yo estaba en la cama cuando él se fue, yo me levanté al poco —respondió María Dolores—. Aunque el olor quizá pueda ser una prueba.

—¿El olor?

—Sí, claro, al hacer el bizcocho el olor sale por todos lados, los vecinos pueden confirmar que había olor por el rellano, podría ser una prueba, ¿no?

Álvaro intentó no sufrir un ictus al escuchar tremenda estupidez, que la coartada fuera el olor de una tarta, era lo más absurdo que había escuchado. Supuso que algo era algo, aunque fuera una estupidez.

—Bueno, eso no sirve, pero peguntaré a los vecinos si olieron la tarta.

De repente el móvil sonó, Álvaro vio que era de la comisaría y se levantó rápido. Se dirigió al balcón de la vivienda y se encerró allí para que nadie pudiera escuchar la conversación que iba a tener.

No quería cotillas que pudieran oír nada, y menos si eran sospechosos. José tenía algo que no le acababa de encajar.



Capítulo 8. Cuatro mil euros

—¿Cuándo iba a decirnos que el señor Martínez le debía cuatro mil euros, señor Gómez? —Álvaro estaba cabreado, mientras apretaba el marco de la puerta del bajo derecha.

—Cuando viniera aquí, claro —dijo Pedro con calma.

—Veo que no se da cuenta de dónde le coloca esa información, señor Gómez.

La tensión era latente, Álvaro estaba ya frenético, no podía más con esta comunidad de vecinos.

—¿Nos va a dejar pasar, señor Gómez?

—Estamos muy bien aquí —respondió.

—¿Hay algo que quiera ocultarme? —preguntó Álvaro.

—No.

—Pedro, déjanos pasar, no lo empeores —pidió amablemente Sara.

—Sara, estoy en mi derecho de no dejar pasar a este perro, estaba trabajando y yo también estoy afectado por la muerte de Carlos, te recuerdo que también era mi amigo.

—¿A pesar de los cuatro mil euros? —preguntó Álvaro.

—A la mierda los cuatro mil euros, he perdido a mi maldito amigo, pedazo de inútil —y cerró la puerta.

Esto empeoraba las cosas muchísimo, iba a tener que ir por las malas y esto no le gustaba ni un puto pelo.

—AGH.

Apareció María Dolores en el bajo y se sorprendió al verlos allí.

—¡Anda! Qué casualidad, venía a por el plato de la tarta. —Timbró al bajo izquierda.

—Teníamos que coger la coartada de Pedro —dijo Sara.

—Ya veo, la verdad es que Pedro es un poco rarito, es amigo de José, pero yo no acabo de

verlo —comentó.

Álvaro observaba la situación desde el silencio.

—Pedro es un poco especial, pero no creo que sea mala persona —dijo Sara.

—No digo eso, solo que no acabo de verlo como amigo de mi José —recalcó María Dolores —. No te ofendas, cielo.

Miguel salió de la vivienda, al ver la situación se quedó sorprendido.

—¿Otra vez? —Miró al Agente.

—No, he venido por el plato, ellos estaban por Pedro —dijo María Dolores.

Álvaro tecleó en el móvil varias cosas.

Mientras Miguel y María Dolores hacían lo del plato, Sara observó a Álvaro, parecía concentrado en el móvil, seguramente era importante.

Cuando salió María Dolores con el plato, Sara habló con ella de que Pedro tampoco era tan mal amigo, pero llegó a una conclusión; María Dolores no iba a cambiar de opinión.

María Dolores subió a su piso tras despedirse de todos y comentar que José estaba en la cama durmiendo tras la pastilla que se había tomado.

Álvaro seguía con el móvil, tecleando con fuerza y rapidez.

—Sara, tengo que conectarme a algún wifi para ver vídeos de cámaras cercanas al bloque, ¿podemos subir a tu piso? —preguntó Álvaro.

—Claro, subamos. —Llamó al ascensor, el cual iba a tener que bajar del tercero, donde lo habría dejado María Dolores hacía un rato.

~

Sacó el iPad y se conectó a la red, ya tenía disponible los vídeos de algunas cámaras cercanas, podría ver quién había salido y entrado del edificio.

Miel se acercó a oler a Álvaro y se restregó, se escuchó un ronroneo bien alto.

—Es muy cariñoso, aquí todos le quieren mucho —comentó Sara.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Qué ha pasado en el tercero derecha?

—Lucía Torres tuvo una discusión con Carlos Martínez hace unos días, le dijo que era un egoísta y que estaría mejor muerto —comentó, sin dejar de mirar el iPad.

Sara abrió la boca, la sorpresa era más que evidente, no podía imaginar porque Lucía podría decir algo así.

—¿Por qué le diría algo así Lucía? —preguntó Sara desconcertada.

—Lucía perdió su trabajo en una famosa hamburguesería hace unos días, era el único sustento para pagarse las clases de ballet y el alquiler, sus padres no le hablan, no tiene familiares cercanos y ya conoces la situación actual del país.

Álvaro siguió mirando las grabaciones de las cámaras sin apartar la mirada ni un segundo, eran grabaciones de lugares un poco alejados del bloque, esperó que sirvieran.

—Ella le pidió ser su secretaria o algo en el bufete, pero él le dijo que era imposible, que estaba pasando un mal momento económico, que habían tenido un mal caso, y que, aparte, ya tenía la plantilla llena.

—Entiendo.

—Ella le suplicó, le dijo que el ballet era su vida, que solo le quedaban unos meses para acabar y entonces empezaría a cobrar, y la discusión fue a más.

—Es un poco obvio, ¿no? —dijo Sara.

—Sí, además, tiene coartada, estaba con Diego y Lena en el momento del asesinato.

—Menos mal, no la veo matando a nadie.

—Pero podría ser cómplice o podría haber contratado a alguien o cualquier otra cosa.

Sara se puso blanca ante esas conjeturas.

Álvaro era algo insensible cuando quería, pero era así, no podían cambiarlo.

—No tiene sentido, no veo a José en las cámaras, pero tampoco lo veo cuando apareció a la hora que lo vimos llegar. Así que aquí hay algún punto muerto, joder.

—Eso es porque hay una callejuela por la que pasamos los vecinos para ahorrarnos una vuelta para llegar al centro —comentó Sara.

—¿Una callejuela?

—Sí, por la noche la evitamos, lógicamente, pero por el día pasamos por ahí para evitarnos minutos extra de caminata.

—Putos atajos, por culpa de esa callejuela, ahora nos hemos quedado sin pista.

—Si quieres te llevo a verla —dijo Sara.

—No pierdo nada, aunque dudo que sirva de algo. —Se levantó de la silla—. Me vendrá bien el paseo, supongo, y salir de este infierno.

Capítulo 9. Una afición cara

La callejuela estaba a una manzana del edificio, justo antes de llegar a la primera cámara que la policía tenía a su disposición. Era pequeña y apenas tenía farolas, por la noche seguramente era un lugar algo peligroso.

Álvaro se fijó en que el terreno era de tierra y empezó a buscar huellas que pudieran coincidir con el pie de José, pero la tierra ya estaba revuelta, había pasado muchísima gente.

—¿Suele pasar mucha gente por aquí?

—Sí, los vecinos conocemos este sitio.

—Maldita sea. —Álvaro se levantó del suelo.

—¿No ves nada? —preguntó Sara.

—Es imposible ver nada cuando ha pasado todo el puto barrio por aquí con sus carritos de la compra, con carritos de bebé, tacones y tanques.

Era imposible saber si José decía la verdad o no, pero sí estaba claro que apareció después de que todos los vecinos estuvieran reunidos y la policía llegara.

—José oculta algo y quiero saberlo.

—¿José? Yo creo que el pobre hombre está abatido por la pérdida de su amigo —dijo Sara.

—Y yo te digo que oculta algo.

—¡Si no se tiene casi en pie!

—Precisamente por eso. —Álvaro la miró—. ¿Por qué le afecta tanto?

—Porque eran muy amigos, eran mejores amigos, Álvaro. Yo estaría igual.

—Es un señor de mediana edad, les enseñaron a contener sus sentimientos y no expresarlos con tanta facilidad. Yo pienso que pudo matarlo y ahora se arrepiente.

—Eso es meter a todos en el mismo saco, José siempre ha sido muy sentimental, no todos han sido cortados por el mismo patrón. Y lo de matarlo…

Sara no se imaginó a José matando a Carlos, era imposible. ¿Qué motivos podría tener José

para matar a su mejor amigo?

—¿Qué motivos podría tener? —preguntó Sara.

—Eso es lo que debemos averiguar.

Se marcharon de la callejuela de tierra y Sara no paraba de imaginar a José con un cuchillo en la mano en su piso matando a Carlos, Álvaro solo pensaba en el siguiente vecino de la lista en interrogar.

~

Timbró al segundo izquierda donde esperaba que apareciera David López, el camarero de La Vela, compañero de José.

Tardó en abrir más de lo esperado, se escucharon ruidos y un montón de cerrojos. Álvaro se sorprendió, Sara no.

—Buenas tardes —dijo David desde el marco de la puerta.

—¿Nos permite entrar?

—Tengo la casa un poco…

—No importa.

David dudó un poco, pero finalmente abrió la puerta y la sorpresa de Álvaro fue máxima.

Cientos, no, miles de LEGO, en el suelo, en las estanterías, en las mesas, en vitrinas, en las sillas, en cualquier lado donde pudiera haber un hueco.

Había de varias temáticas, Álvaro pudo distinguir de Harry Potter, de Friends, de El señor de los Anillos, algunos de Marvel, de Star Wars, de situaciones cotidianas de la vida, de La noche estrellada de Van Gogh, y muchísimos más.

¿Cuánto dinero había dentro de esta casa? ¿Eran caros estos chismes?

—Es impresionante —manifestó Álvaro.

—Gracias, son años de trabajo —comentó David mientras se rascaba la barba.

Álvaro pudo ver que David era un tipo realmente guapo, con pelo algo alborotado y con unos ojos azules eléctricos, vestía como un macarra, pero con estilo.

—Dígame, señor López, ¿por qué tanta seguridad en su casa? —Señaló la puerta.

—Por la cantidad de dinero que tengo aquí —señaló todos los LEGO.

—¿Los LEGO? —¿Tanto valor tenían todos los trozos de plástico?

—Efectivamente, ¿sabe cuánto me costó esa Torre Eiffel? —indicó David.

Álvaro negó, no tenía ni idea de cuanto valían esos trozos de plástico, no había entrado jamás a la tienda LEGO, le había llamado la atención alguna vez, pero no tenía tiempo para cosas así.

—Seiscientos treinta euros, Agente.

Sara y Álvaro se quedaron de piedra. ¿Cuánto había dicho? A ver, la torre medía igual que una persona bajita, casi como Sara, pero seiscientos treinta euros por unos trozos de plásticos dolían en la cartera.

—Comprendo, bueno, no comprendo del todo, pero ahora entiendo los cerrojos —comentó Álvaro.

—Supongo que quiere saber dónde estaba a la hora del asesinato.

—Efectivamente.

—¿Queréis algo de beber? —preguntó David.

Álvaro y Sara estaban algo sedientos de la aventura en la callejuela y el calor de agosto les había puesto la boca como la suela de un zapato.

—Gracias, tomaré un poco de agua, venimos de la calle y es insoportable —dijo Álvaro.

—Yo tomaré un refresco, si tienes —pidió Sara con una sonrisa, ella sabía que tenía.

—Claro, lo de siempre, ¿verdad?

—Sí.

David apareció con una jarra de agua, dos vasos y el refresco favorito de Sara. Dejó la bandeja donde los LEGO le permitieron.

Todos bebieron enérgicamente. El calor del exterior los había dejado trastocados.

El aire acondicionado del piso era un alivio.

—¿Cómo lo hace para vivir rodeado de tantos?

—Estoy acostumbrado, además vivo solo y no suelo tener visitas.

—¿No tiene pareja?

—No.

—¿No tiene aventuras de una noche?

—No.

—¿No trae familia aquí?

—Jamás.

—¿No ha pensado en formar una familia?

—No.

—¿No se ha interesado en nadie nunca?

—No.

Menuda conversación de borregos, pensó Álvaro.

—David no tiene intereses amorosos de ningún tipo, Álvaro —dijo Sara.

—Entiendo, muy bien, pasemos al tema del señor Martínez.

Álvaro sacó su iPad para tener todo a mano, apuntar cualquier cosa que surgiera e intimidar a David. Le miró fijamente.

El silencio se volvió incómodo y funcionó como acostumbraba a hacerlo.

—Mi coartada es firme, estaba en directo cuando pasó.

—En directo, ¿dónde? —preguntó Álvaro.

—En TikTok —dijeron a la vez Sara y David.

Álvaro sintió que le venían los miles males al cuerpo, ya empezaban las historias de las redes sociales. No soportaba esa red social donde todos hacían bailes estúpidos.

—¿La red social donde solo bailan? —preguntó Álvaro.

—No solo bailan, eso lo hacen solo unos cuantos —aseguró Sara.

—Hay miles de personas: hay abogados, hay enfermeros, hay médicos, hay artesanos, hay tiendas de todo tipo, hay autores de libros, hay cómicos, hay cocineros, hay físicos, hay un montón de personas que divulgan información muy interesante y de valor, hay personas que luchan por los derechos de las personas más vulnerables, luego hay personas que simplemente hacen el payaso o entretienen sin más.

—Yo pensaba que solo bailaban —dijo Álvaro.

—Es lo que suelen pensar las personas que no tienen la aplicación —expresó Sara.

Sara sacó el móvil, abrió la aplicación y mostró su perfil, Álvaro observó que tenía varios

videos subidos, en ellos salía ella enseñando cosas interesantes sobre su profesión como enfermera.

—En mis ratos libres enseño a las personas cosas interesantes sobre mi profesión con material caducado, les resuelvo dudas que pueden tener y miles de cosas más —comentó.

Le quedaba muy bien el traje de enfermera, se la veía superprofesional, muy inteligente y deseó que si tenía que tocarle una enfermera en el futuro volviera a ser ella la que le tocara, como le tocó en el pasado.

—Eres muy buena persona, Sara —dijo Álvaro sin darse cuenta.

Pestañeó rápidamente para volver en sí, recordó que estaban ahí por el señor López.

—Entonces estaba en directo —comentó Álvaro.

—Sí, estaba en directo haciendo este LEGO. —Señaló un tren que le pareció el *Orient Express*, sin acabar.

Menudo tópico.

—Necesitaré el vídeo del directo.

—No hay problema con eso, Agente.

—¿Escuchó algo extraño? Está justo encima del piso, pudo escuchar algo.

—Me pareció oír un golpe seco, no le di importancia, luego al rato ya escuché a Sara gritando, me despedí del directo y es cuando salí.

—Ya veo, ¿el golpe seco sería cuando cayó el señor Martínez al suelo?

—Según contó Sara, tenía una cuchillada en la espalda, supongo que tras eso caería, así que sí, sería eso —comentó David mientras bebía agua.

—Muy bien, señor López, si tenemos alguna duda más vendremos, gracias por su colaboración.

—Aquí estaré.

Álvaro se quedó mirando el Halcón Milenario que tenía metido dentro de una mesa de centro de cristal.

—¿Ese de ahí cuánto le costó? —La duda le corroyó.

—¿De verdad quiere saberlo?

—¿Por qué? —Le gustaba, no lo iba a negar.

—¿Está pensando en comprarlo? —preguntó David con una sonrisa en la cara.

—Puede.



Capítulo 10. Te han pillado

—Ochocientos cincuenta euros, Sara, me cago en mis putos muertos —juró Álvaro.

—Es una afición cara.

—He llegado a pensar en comprarlo, no puedo creérmelo.

Habían salido ya de la casa de David y estaban delante del portal de enfrente, el segundo derecha, donde vivía Alejandro Fernández, el hermano de Sara.

Sara llamó picando en la puerta con una melodía y luego con tres pulsaciones al timbre.

Álvaro se quedó mirándola, muy inteligente, tener un código secreto para que su hermano supiera que era ella.

Alejandro abrió la puerta rápidamente, estaba hablando por teléfono, y sin apenas mirarnos se fue al salón, no se dio ni cuenta de que Álvaro estaba ahí.

—Sí, mamá, estamos bien —dijo Alejandro de fondo—. De verdad, no hace falta.

—No, mi madre ya se ha enterado, qué desastre —le dijo Sara a Álvaro.

Alejandro se acercó y se dio cuenta de que se encontraba Álvaro en el pasillo.

—Mamá, tengo que dejarte. —Se escucharon gritos saliendo del teléfono—. Mamá, está el policía aquí, tengo que dejarte. Adiós.

Alejandro colgó rápido y sonrió.

—Las madres, ya sabe.

—¿Por qué sabe mamá lo que ha pasado? —preguntó Sara, claramente enfadada.

—Porque María Dolores se ha encontrado esta mañana a una señora en el portal y ha difundido la noticia en todo el barrio, el barrio ya sabe la noticia y la prensa digital ya ha puesto varias noticias en la red. —Mostró en el móvil una noticia que le habían mandado por WhatsApp en un grupo de amigos.

—¡JODER! —exclamó Álvaro.

Sintió que iba a matar a María Dolores, luego a los vecinos del barrio y luego a la maldita

prensa.

—Voy a matar a la señora Gracia, Sara.

—Debió de ser cuando fue a tomar el aire, cuando le dije que Carlos había sido asesinado. —Sara se sentó en el sofá—. Se sentía abrumada y salió a la calle, ahí debió encontrarse a alguien.

Álvaro se acercó a la ventana, las vistas eran terribles, los pisos del lado derecho (y el bajo izquierda) mostraban un patio interior que comunicaba con el bloque de al lado.

Criminal, como el criminal que había suelto.

—Oye, ¿cómo puedes estar tan seguro de que el asesino está en este bloque? —preguntó duramente Alejandro.

Álvaro se giró y le miró de abajo hacia arriba, el crío tenía huevos. Además, se parecía un montón a su hermana.

—No estoy seguro, por eso un compañero está llevando una investigación paralela, buscando un posible asesino entre los casos que llevó el señor Martínez en los juzgados.

—Pero tú tienes una corazonada de que está aquí —soltó Sara de golpe—, lo llevo notando desde que viniste.

Maldita Sara, pensó Álvaro.

—Llámalo como quieras.

—Alejandro, ¿qué andabas haciendo cuando Carlos murió? Dime que tienes una coartada sólida para que Álvaro te descarte rápido. —Puso las manos como súplica a su hermano—. Por favor.

Álvaro se giró rápidamente para ver que gesto hacía Alejandro.

Al momento supo que Alejandro escondía algo, y era gordo.

—Estaba aquí solo, no tengo coartada.

Álvaro vio la mentira, pero no dijo nada.

—Mierda.

—Quizá algún vecino del bloque de enfrente pudo verte —comentó Álvaro.

—No creo, la verdad —respondió Alejandro.

—¿Ni una sombra? ¿No abres las cortinas por la mañana? —preguntó Álvaro, inquisitivo. Ese crío ocultaba algo, y quería saber el qué.

—Tenía todo cerrado, la verdad.

—¿Por qué?

—Estaba meditando.

—Meditando…

—¿Desde cuándo meditas? —Sara confirmó que su hermano no meditaba en esa pregunta.

—Desde hace poco —respondió Alejandro ya un poco irritado.

—¿Por qué te irritan estas preguntas? —Álvaro se acercó más a él.

—Porque me parecen estúpidas. —Tragó saliva.

—Ya. Estúpidas.

Se acercó hasta que puso su frente junto a la suya.

—Veremos que es estúpido cuando me digas que estabas haciendo realmente, Alejandro.

—Meditar, ya lo he dicho.

—Meterse droga no es meditar.

Sara gritó al momento y se llevó las manos a la boca. ¿Droga? ¿Qué droga?

—¿Droga? ¿Por qué dices eso? —preguntó Sara asustada.

—Porque si te fijas en sus ojos está aún metido hasta las cejas.

Alejandro bajó la mirada al suelo, sentía vergüenza de que su hermana se hubiera enterado de esas maneras.

El llanto de Sara se escuchó desde fuera de la vivienda. Sara se tumbó en el sofá, no podía creer lo que oía y lo que no oía, la confesión. Porque su hermano simplemente había bajado la cabeza y no había dicho nada.

—¿QUÉ DROGA ES? —gritó.

El silencio fue la respuesta, Alejandro se sentó en el sillón y siguió con la mirada baja.

Sara se levantó y empezó a zarandear a su hermano, gritando una y otra vez, preguntando por el nombre de la droga.

Alejandro no respondió a ni una de esas veces.

—Sara, para ya. —Cogió a Sara de los brazos, la llevó hacia la puerta. —Nos vamos a tu piso,

vendré luego a hablar con él.

El llanto de Sara; sus lágrimas unidas a sus mocos resbalando por su rostro, su vulnerabilidad, la hacían aún más preciosa si eso era posible.

—Tú —le señaló con el dedo —, no quiero que te muevas de tu casa, ¿me entiendes? Te mueves de aquí y estás muerto.

Alejandro se quedó en el sillón, en la misma posición, sin moverse.

Capítulo 11. Te odio, chaval

Álvaro dejó a Sara en la cama tras administrarle un calmante; estaba muy nerviosa, comenzando un ataque de ansiedad.

Entonces escuchó el sonido de unas llaves y fue a ver como entraba por la puerta Elena.

Esta se sorprendió al verlo allí plantado en mitad del pasillo.

—Sara ha tenido un ataque de ansiedad, la he dejado en la cama, le he tenido que dar una pastilla.

—Cielos. —Elena dejó todas sus cosas en el recibidor y salió corriendo. —¿Qué ha pasado?

Álvaro la siguió a la habitación con calma. Elena ya estaba a su lado, dándole la mano, acariciándole la frente.

—Su hermano toma drogas.

—¿Qué toma qué? —Elena se giró bruscamente hacia Álvaro con dudas en su rostro.

—Es mejor que hablemos de ello fuera. —Álvaro hizo un gesto con la cabeza señalando la puerta.

—Sí, claro.

Elena besó la frente de Sara, que estaba casi dormida, pero podía aún escuchar perfectamente la conversación y salió de la habitación.

—He ido a interrogarle y le he visto las pupilas, no ha confesado como tal, pero su silencio me ha valido.

—¿Qué ha tomado? —preguntó Elena.

—No lo sé.

—Dios santo. —Elena se echó hacia atrás la larga melena y quedaron varios pelos en sus dedos, se le caía el pelo del estrés.

—Ahora voy a ir abajo para hablar con él.

—Gracias.

Álvaro miró a Elena, no tenía cierto aprecio por aquella mujer, pero si Sara la quería, él tenía que empezar a aceptarlo.

—No hay porque darlas.

El móvil de Álvaro sonó en ese momento.

—Perdona.

Álvaro se fue al balcón y cerró la puerta para que Elena no pudiera escuchar la conversación que iba a mantener con su compañero.

—Dime, Martínez.

Sonidos del móvil.

—Entiendo —respondió Álvaro.

Sonidos del móvil.

—Ahora voy, Martínez.

Sonidos del móvil.

—Sí, casi he acabado aquí, no te preocupes.

Sonidos del móvil.

—Buenas noticias, lo de esa nueva cámara, gracias.

Sonidos del móvil.

—Hasta ahora.

Colgó y sintió que todo encajaba mejor ahora. Salió del balcón y se acercó a Elena que estaba en la cocina.

—No puedo ir con Alejandro ahora —dijo en tono serio—. Tengo que irme a comisaría.

—¿Es muy urgente? —En sus ojos había dolor por el tema de las drogas y porque su mujer estaba mal por ello.

—Me temo que no puedo quedarme. —Fue firme.

—Ya, supongo que eres de esos.

—¿Perdona?

—Sí, de esos tíos que juegan con la gente.

—Señora Gutiérrez, tenga cuidado con lo que dice. —Álvaro estaba empezando a cabrearse y no era bueno.

—Ahora soy la señora Gutiérrez, pero no aceptas que sea la señora de ella. —Miró hacia la habitación donde estaba Sara durmiendo.

—Es mejor que me vaya.

—Como siempre, ¿no? —Elena no dudó.

—Adiós.

Álvaro estaba furioso, rabioso. Odiaba a esa mujer. Si antes no podía con ella, ahora menos.

Quería que este caso se acabara ya mismo para no tener que volver a verla jamás. Ni a ella, ni a Sara.

Cerró la puerta de un golpe, le dio igual que todos los vecinos pudieran escucharlo. Mejor si lo hacían, así sabrían qué pasaba si le cabreaban.

Dudó si coger el ascensor para bajar los cuatro pisos, pero bajar las escaleras le hizo bien para despejar un poco la mente.

Cuando salió del portal se cabreó aún más.

—María Dolores Gracia, cuando te vea te voy a matar —dijo por lo bajo Álvaro.

Estaba rodeado de vecinos del barrio y algún periodista curioso que quería la exclusiva.

—¿Es usted quien lleva el caso? —preguntó un reportero con un micrófono con un símbolo de una cadena muy reconocida de España.

—¿Podría darnos algún detalle? —preguntó otro con otro micrófono que también reconoció de otra cadena famosa.

—No voy a dar detalles. —Empujó a todos y se metió en el coche—. Váyanse a sus casas. No me hagan decirlo dos veces. —Su mirada fue hielo.

Arrancó el coche y pensó en mil y una maneras de matar a María Dolores.

Pondría remedio al tema de la prensa, pero lo de los vecinos cotillas podría ser un problema. Odiaba a los vecinos cotillas; se metían en las casas y tomaban el té con los sospechosos, hablaban más de la cuenta y creaban rumores absurdos que hacían que los policías se volvieran locos.

Miró el reloj del salpicadero, le quedaban cincuenta minutos de jornada laboral. No le gustaba dejar el caso así, pero debía descansar un poco.

Iría con Martínez, hablaría con él y luego iría al gimnasio.

Capítulo 12. El asesino del bloque

—Entonces según esta nueva cámara, Carlos salió y no volvió hasta la hora en que lo vimos volver, y nadie más entró, ni salió del edificio, excepto la señora María Dolores, la cual, nos contó Sara, que tomó al aire y le dio tiempo a contar a alguna vecina lo del asesinato, y esa señora contó a todo el barrio lo ocurrido.

—Correcto.

Miraron de nuevo la grabación de la nueva cámara de vídeo, cedida por un amable tendero del barrio que se había enterado del asesinato por una señora que había ido a comprarle género.

La cámara no enfocaba directamente al edificio, pero ahora ya no tenían ángulos muertos, era imposible que alguien externo al edificio hubiera matado a Carlos.

—Entonces tu investigación ha cesado, ¿no? —preguntó Álvaro.

—No del todo —respondió Martínez cogiendo sus papeles.

—Veo que no te has aburrido.

—El señor Martínez, descanse en paz, tuvo una vida muy interesante.

—Ya me lo imagino, era abogado, tendría muchos amigos, pero también muchos enemigos.

El Agente Martínez asintió.

—Nuestro querido amigo estaba divorciado, hace siete años que su mujer y él no se hablan, ella vive en Estados Unidos. Descartamos que ella fuera la culpable porque cuando sucedieron los hechos ella se encontraba en Filadelfia, estaba durmiendo en un hotel con su familia, había testigos por todos lados. Las cámaras del hotel, la familia, el personal, era imposible que cogiera un vuelo y volviera a tiempo. Descartada.

—Imposible.

—Teníamos el caso de Sara Fernández y Elena Gutiérrez, Ricardo González no pudo ser, estaba en un bar y había muchos testigos. Ya hemos confirmado su coartada, el camarero que le sirvió dijo que llegó media hora antes del asesinato, estuvo allí durante dos horas, habló con dos o tres personas. Estas personas ya han confirmado que vieron a Ricardo.

—Descartado entonces.

—De todos modos, da igual lo que tuviera yo, ahora mismo tu parte es la que cuenta ahora. —Martínez miró a Álvaro—. ¿Qué tienes?

—A unos vecinos que solo me dan dolor de cabeza.

—Eso nos pasa a todos —respondió Martínez.

—Yo no tengo vecinos, vivo en una casa a las afueras.

—Qué suerte tienes entonces.

Pues sí, pensó.

—Ah, ¿sabes lo que se tenía guardado nuestro amigo?

—Deléitame.

—Se había comprado un piso en París hacía un año.

—¿París? —Álvaro hizo una mueca.

—La ciudad del amor.

—¿Qué tiene que ver con el caso? —preguntó Álvaro con cara de asco.

—Nada, que siempre he querido ir allí.

—¿Tú no?

—No.

—Qué raro eres, Álvaro. —Su cara cambió de golpe y rebuscó unos papeles—. Ah, pero sí que tiene que ver con el caso un poco, se compró el piso, pero estaba teniendo problemas para pagarlo los dos últimos meses, tuvo problemas en el bufete y las estaba pasando canutas.

—¿Cómo de canutas? ¿Por qué?

—Un mal caso, consiguió mala fama y se hundió—. Señaló unas gráficas y unos números.

—Ya veo, tengo que ver si esto puede encajar con algún vecino.

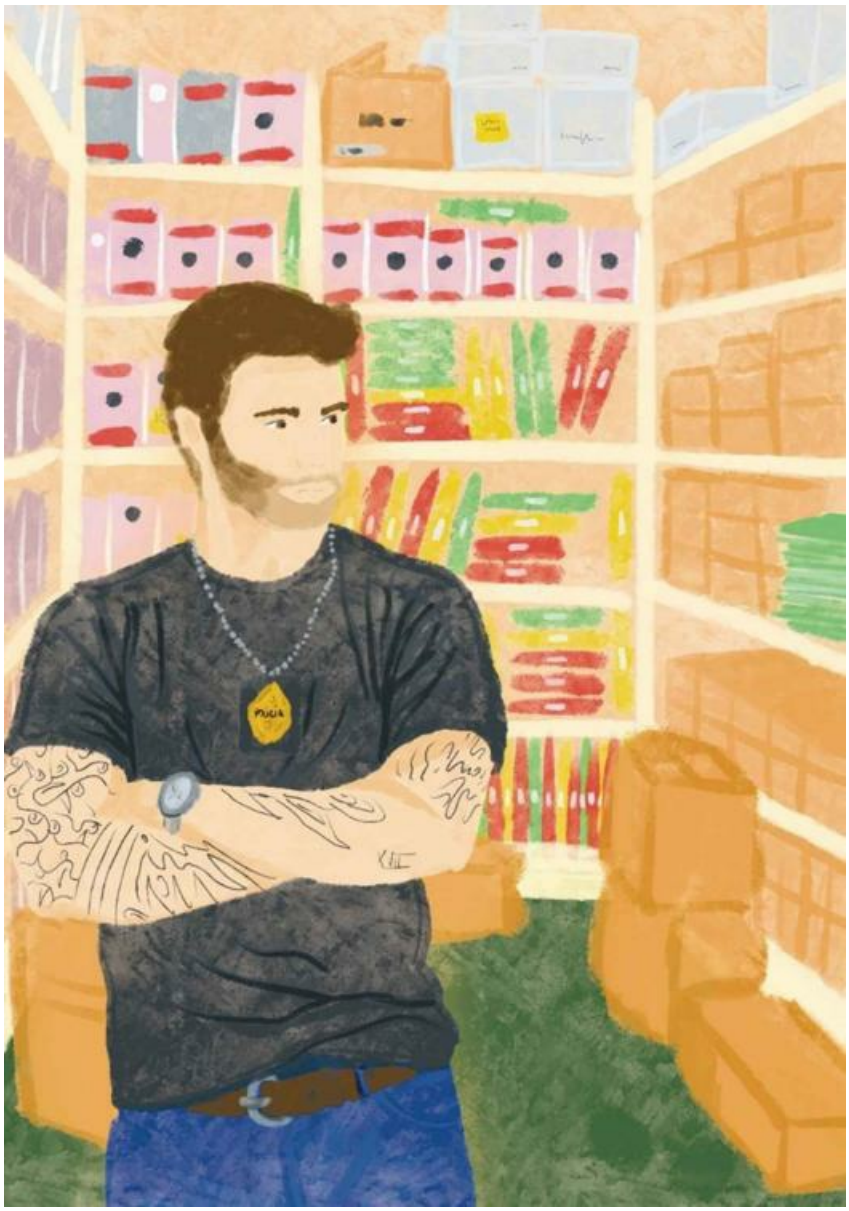
—¿Tienes algún sospechoso? —preguntó Martínez con mucha curiosidad.

—Prácticamente, todos son un desastre, pero el señor Gómez tiene algo. Encima Martínez le debía cuatro mil euros.

—La verdad es que suena a móvil. —Martínez miró su reloj—. Hora de chapar, muchacho.

Estaba agotado mentalmente, lo que hacía que físicamente también estuviera afectado, pero

aun así se levantó de la silla, cogió sus cosas y fue a por su mochila del gimnasio.



Diario de Sara

Querido diario:

Hoy, 11 de octubre, ha pasado algo horrible. Elena estaba en el trabajo como siempre, dando clases a los niños pequeños de ocho años, cuando ha aparecido el padre de Marta, el señor Ricardo González.

Él ha ido a ver a su hija, quería ver cómo iba avanzando con el violín, ha empezado a decir que tocaba fatal, que era una inútil, que no avanzaba y que no valía para nada.

Cuando Elena le ha pedido que no le dijera eso a la niña ha empezado a ser grosero, gritarle, decir cosas machistas y, al enterarse de que Elena es bisexual, ha empezado a zarandearla, a insultarla, a amenazarla. Ha tenido que ir la policía y todo. Estoy aún muy asustada, me han llamado al trabajo, tenía turno de tarde, y he tenido que ir corriendo. Ha sido terrible y sigo en shock.

Elena está en urgencias, con el psiquiatra y el psicólogo, la han tenido que dormir en el momento en el que ha llegado la ambulancia a la academia. Han detenido a Ricardo y vamos a tomar acciones legales contra él. Estoy muy nerviosa y he tenido que tomarme unas pastillas para calmarme. Mañana llamaré a Carlos para que nos ayude con todo esto, porque yo me estoy ahogando en un vaso de agua.

¿Aún existen personas que no entienden que dos chicas pueden ser matrimonio? ¿No entienden que también queremos formar una familia? ¿Tanto les molesta que queramos existir como ellos lo hacen? Somos todos iguales, de carne y hueso, con sentimientos.

Encima, machista. Por favor, ¿se pueden morir ya esos hombres que piensan que las mujeres solo servimos para cocinar sus platos, para planchar sus camisas y para limpiar sus casas?

Van a ser unos meses duros, lo sé, pero vamos a luchar porque ese señor obtenga el castigo que se merece por lo que le ha hecho a mi mujer. Por eso voy a hablar con Carlos, sé que es un abogado buenísimo, encima es nuestro vecino de enfrente. Sé que es algo caro, pero merecerá la pena. No tengo dudas.

Capítulo 13. Estarías mejor muerto

Sara despertó cansada casi al mediodía, Elena fue a hablar con Alejandro y el *trío* se quedó con ella comiendo una pizza y tomando unos refrescos (el alcohol y las pastillas no eran compañeras de viaje seguras).

Elena subió sin mucha información, Sara no quiso saber mucho más.

Sara no podía parar de mirar a Lucía, no paraba de sentir en su cabeza un *boom boom* y las palabras "*Estarías mejor muerto*".

Pero ella sonreía, ella seguía siendo esa chica dulce, algo estresada, fiel a sus amigos.

Ha venido a cuidar de mí, pensó Sara.

—¿Alguien sabe dónde está el *musculitos sexy borde*? —preguntó Lena.

—¿Quién? —preguntó Elena.

—¿Quién va a ser? El único tío nuevo que ha pisado este vecindario en los últimos días y que se ha dejado ver por todos nuestros pisos —dijo Lena.

—El subnormal que está buscando al asesino de nuestro querido vecino, dirás.

—Uy, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó Diego con suma curiosidad.

—Nada —respondió de forma agria Elena.

Sara no tenía ni fuerzas para preguntar por qué Elena hablaba así de Álvaro, cuando él se había portado tan bien ayer con ella trayéndola aquí, ayudándola con la medicación y dejándola en la cama.

—Pues no parece que haya pasado nada, guapa —dijo Lena.

—Cuéntanos —exigió Lucía.

—Dejadla en paz —dijo Sara con un pequeño chorro de voz.

Un silencio brutal cruzó el salón y todos se miraron.

—Entonces no habéis visto a mi futuro marido —cortó Lena.

—Ni en tus sueños más íntimos sería tu marido —comentó Diego dándole un manotazo suave en el brazo.

—Es un tipo raro… —Lucía se abrazó a sí misma.

—Lo dices solo por qué te interrogó a escondidas en tu habitación, seguro que hicisteis cosas sucias a mis espaldas. —Lena le empezó a hacer cosquillas para que dejara de abrazarse a sí misma.

—No hicimos nada sucio, Lena, lo sabes perfectamente —replicó.

—Ya, claro, estuvisteis veinte minutos hablando y yo me chupo el dedo.

Sara no podía parar de pensar en la frase una y otra vez.

"Estarías mejor muerto".

"Estarías mejor muerto".

"Estarías mejor muerto".

"Estarías mejor muerto".

"Estarías mejor muerto".

—¡Qué te digo que no hicimos nada, Lena!

—Vale, te creo, cansina.

—Sois lo peor, de verdad —rechistó Diego—. Yo estaba ahí al lado y no oí nada raro, solo como hablaban de fondo.

Lucía se quedó de piedra, mirando a Diego fijamente.

—¿Oíste lo que dije?

—No, solo oía susurros.

Lucía se levantó rápidamente y lo cogió del cuello.

—Prométemelo. —Se pudo ver en el rostro de su amiga el miedo, el terror.

Diego estaba asustado por cómo se estaba comportando Lucía.

—¡Lucía, tranquilízate! —gritó Elena sorprendida ante tal acto.

Lena la cogió por la espalda y quiso apartarla, pero no pudo.

El timbre sonó de golpe, pero Lucía estaba totalmente paralizada.

—Prométemelo. —Las lágrimas corrían por su rostro.

—¿El qué? —preguntó Diego. Ya no sabía qué decir o hacer.

Elena miró por la mirilla quien había llamado a la puerta y abrió al momento.

—¿Oíste la conversación? —Lucía parecía que iba a llorar sangre.

—No, te lo juro.

—Señorita Torres, suelte al señor Sánchez ahora mismo. —Álvaro le tocó el hombro.

Lucía no podía moverse, estaba como ida. Las lágrimas llegaban hasta sus pechos, sus ojos rojos parecían pedir auxilio.

—Pon el baile chino —dijo Diego rápidamente.

—Voy. —Lena cogió rápidamente su móvil y puso una melodía muy curiosa y alegre.

Lucía empezó a relajarse, soltó a Diego y lo abrazó.

—Lo siento —le susurró.

—No pasa nada, cariño —le susurró él y la besó en la frente.

La melodía que sonaba era el baile chino de El cascanueces de Tchaikovsky, una de las partes favoritas de Lucía, cuando era pequeña la había tenido que repetir hasta la saciedad.

—¿Qué cojones ha pasado aquí? —preguntó Álvaro.

—Un malentendido sin importancia —contestó Sara.

Álvaro vio a Sara hecha un bollito de crema en el sofá, con cara de cansada, sin fuerzas, con la moral baja.

Empezó a sonar la danza rusa.

—Eso no es lo que yo he visto, Sara.

—Pensaba que Diego había escuchado nuestra conversación del otro día —dijo claramente Lucía a Álvaro.

—¿Eso es un problema, señorita Torres?

—Prefiero que quede en la intimidad. Hasta que esté lista. Sí es eso posible.

“Estarías mejor muerto”.

“Estarías mejor muerto”.

“Estarías mejor muerto”.

“Estarías mejor muerto”.

“Estarías mejor muerto”.

—Claro. Aunque eso no es problema para mí, quizá si lo es para tus seres queridos.

Capítulo 14. Malos rollos

—Sara, voy a hablar con tu hermano ahora, venía a ver cómo te encontrabas y si querías venir conmigo. —La observó y vio que no parecía tener ni una motivación para seguir en el caso.

Sara se giró y le miró a los ojos.

—¿Qué pasó con Elena ayer? —preguntó sin vida.

—No pasó nada —dijo rápidamente mientras miraba a Elena—, ¿verdad?

Elena no contestó.

Maldita cerda, pensó Álvaro.

—Es mejor que te lo cuente ella —respondió al final.

—Es mejor que tú seas sincero con ella —gruñó Elena.

El *trío* seguía la conversación como si fuera un partido de tenis, moviendo la cabeza de un punto a otro, sin parar y con la diversión en los ojos. Aunque Lucía seguía apoyada en Diego y aún tenía dudas y mucho cansancio.

No era la primera vez que Lucía sufría episodios de este tipo, cargaba con mucho estrés últimamente, la vida de una bailarina de ballet no era un camino de rosas. Tenía que cumplir con dietas muy concretas; nunca podía comer lo que quisiera, debía ir a la academia casi todos los días y practicar ocho horas. Cuando tenía trabajo, iba por la tarde hasta la noche, y sus días eran así siempre, pero cuando lo perdió, su vida se vino abajo, no iba a poder pagar el alquiler, ni la comida, ni la academia.

Hoy era dos de agosto y la academia estaba cerrada, dos semanas para que pudiera poner en orden su vida y siguiera buscando trabajo.

—No sé de qué hablas, Elena. —Realmente no tenía ni idea—. Si alguien tiene que hablar de lo que pasó ayer, eres tú.

—Vaya, vaya, creo que alguien está celosa —dijo por la bajo Lena a Diego y Lucía.

—¿Del *musculitos*? —susurró Diego—. Pero si Sara es lesbiana, eso lo sabe todo el mundo, no le van los tíos.

—Ya, pero el *musculitos* no tiene pinta de saberlo.

—Ya basta, por favor —dijo Sara ya cansada.

Todos callaron.

—Voy a ir contigo a ver a mi hermano, es hora de plantar cara a esa situación, por mucho que me duela.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Elena.

—No —respondió bruscamente—. Perdona, cielo. Solo quería decir que Alejandro estará a la defensiva y ya somos muchos atacándole.

—Lo entiendo. —Bajó la mirada.

—Yo no he conseguido hacer que hable, la verdad es que está totalmente destrozado —comentó Elena mientras cogía los platos con los restos de las pizzas y las llevaba a la isla de la cocina.

—Iremos con cuidado.

—Dudo que la palabra "cuidado" esté en la genética de este señor. —Elena señaló a Álvaro.

—¡Elena!

Álvaro no podía negar que su punto débil era que no tenía mucho tacto con la gente, así que no le dolió el comentario tanto como a Sara.

—Diría que lo siento, pero estaría mintiendo.

—Madre mía, esto es mejor que los programas de la tarde —comentó Lena muy bajito.

Lena era de esas personas que no se perdía los programas de cotilleos que echaban por la tarde, eran su pasión. Sabía que eran telebasura, pero la atraían como un imán. Si trabajaba por la tarde, lo ponía a grabar y lo veía después, no tenía problema con eso. Y, además, tenía el móvil, que era una fuente instantánea de información jugosa.

—No te preocupes, Sara, no me molesta.

—A mí sí que me molesta, ese es el problema —rechistó ella.

—Resolved el caso para que podamos volver a la normalidad de una vez —escupió Elena.

Sara no podía creer lo que estaba pasando, su mujer estaba comportándose de una manera muy extraña, jamás la había visto así. Sabía que tenía un carácter fuerte, su sangre latina la dominaba, pero jamás había estado así.

Decidió que lo mejor era que se calmara, iría con Álvaro a hablar con su hermano y luego vendrían otras cosas.

Los problemas de uno en uno.

Por favor.

—Ahora vendremos.

—Genial. —Elena empezó a cargar el lavavajillas con los platos.

—Que vaya bien, chicos —dijo Lena moviendo una mano enérgicamente a modo de despedida.

—Ahora os vemos. —Diego besó la frente de Lucía mientras se despedía.

~

Estaban delante del segundo derecha, a punto de hacer sonar la llamada secreta cuando Sara sintió que debía preguntar algo.

—¿Sabes por qué está Elena así?

—Tengo mis sospechas.

—Ya. —Silencio—. ¿Me vas a decir cuáles?

Álvaro se giró y la miró a los ojos. Esos ojos, como las esmeraldas que hacía unos años habían requisado a un ladrón en una joyería.

—Hagamos una cosa, Sara.

—Dime.

—No quiero verte mal y estos días lo estás pasando de puta pena.

Sara bajó la mirada y sintió ardor en los ojos. Álvaro cogió su mentón con el dedo índice y puso su mirada en la de ella.

—Vamos a ayudar a tu hermano y esta noche vamos a cenar juntos.

¿Me está proponiendo una cita? Pensó Sara.

—No es una cita, solo quiero pasar un rato contigo fuera de este bloque infernal y recordar viejos tiempos. —Su mirada no tenía maldad alguna—. Distraerte un poco, y ya de paso distraerme yo.

—Eso estaría genial —aceptó Sara.

Eso la animó un poco más antes de entrar al piso de su hermano, donde sin duda iban a pasar cosas para las que no estaba preparada.

Capítulo 15. Te han pillado. Parte 2

Alejandro salió a recibirlos, parecía más digno y listo para la comunicación, aunque seguía abatido porque lo hubieran pillado.

—No quería fallarte…

Fueron las primeras palabras que dijo nada más sentarse en el sillón y posar la vista en su hermana.

—¿Por qué has tomado drogas? —preguntó Sara.

Esa era la duda que tenía, ¿por qué?, ¿qué necesidad podía tener?, ¿cómo había empezado?

—Porque necesitaba un empujón extra para estudiar…

—¿Para estudiar? —Sara se quedó sorprendida. ¿Había escuchado bien? Drogas y estudiar en la misma frase.

—Existen ciertas sustancias que hacen que no duermas y te concentres más para poder estudiar —comentó Álvaro.

—Exacto —confirmó Alejandro.

—No me queda claro. —Sara estaba abrumada con esta información que no tenía sentido.

—He tomado drogas para mejorar mis notas.

—Pero tus notas ya eran buenas —dijo Sara.

—Porque tomaba drogas ya.

¿YA TOMABA DROGAS?

—¿Hace cuanto que tomas esto? —preguntó ella.

—Desde finales de primero.

—Llevas un año y poco tomando drogas para sacar mejores notas y nadie lo había notado. Yo no lo había notado y vivo dos pisos encima del suyo. Soy una hermana horrible. Alejandro, la universidad es solo una etapa de mierda, donde todos hemos sacado alguna vez notas de mierda, hemos tenido que ir a siguientes convocatorias e incluso hemos pensado en abandonar. No

necesitas esa mierda, sea lo que sea.

—Es complicado ahora mismo…

—¿Por qué?

—Porque es muy adictiva —declaró Álvaro.

—¿Cuánto de adictiva?

—Muchísimo —respondió Alejandro—. Al principio la tomaba solo en exámenes, luego pasó a ser cuando tenía exámenes y trabajos, y luego cuando tenía cualquier cosa que me creara un poco de ansiedad o trabajo extra.

—No puede ser. —Sara se llevó las manos al corazón.

—Lo siento…

—Lo solucionaremos juntos. —Sara se levantó corriendo y abrazó a su hermano con todas sus fuerzas.

—Tú no eres una mala hermana, simplemente tienes tu vida y no puedes estar en todo, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sabré.

—Medítalo.

Álvaro trataría el tema de las drogas en otro momento, sin duda podría tirar de ese hilo, ahora su prioridad era el señor Martínez.

—Hablaremos de esto a solas, ¿te parece bien? —dijo Sara mirándole a los ojos mientras sus manos descansaban en su rostro.

—Muy bien.

—El día de la muerte de Carlos no estaba solo —soltó Alejandro.

Álvaro despertó de su letargo y los engranajes de su cabeza comenzaron a moverse.

—¿Entonces tienes una coartada? —preguntó Sara.

—Sí y no.

—Si o no. No pueden ser ambas a la vez —dijo Álvaro.

—No puedo decir quién estuvo conmigo, se lo prometí.

Álvaro se levantó del sofá y se dirigió a Alejandro, lo cogió del cuello y lo levantó. En ese

momento Sara cayó al suelo.

—Ha muerto un hombre, me da igual si hay una promesa de adolescentes enamorados o si la promesa fue al Papa en persona, vas a decirme quién estuvo aquí y por qué.

—Es que no puedo, tío.

—A mí no me llames tío, no soy tu amigo.

Sara miraba la escena desde el suelo, tanto secretismo la estaba matando. Sin duda alguna no conocía lo suficiente a su hermano.

—¿Por qué no puedes decirlo, Alejandro? —preguntó ella.

—No puedo, de verdad.

—Sara, vete —dijo Álvaro en tono muy serio.

—¿Cómo?

—Que te vayas. —La miró seriamente—. Ya.

Sara se levantó rápidamente del suelo.

—Pero…

—¡YA!

Sara no quería irse, pero el tono de Álvaro la intimidó tanto que sintió un escalofrío en todo el cuerpo. Cogió sus cosas y salió del piso.

Mientras subía las escaleras, pensó en todo lo que había pasado y en las drogas que había tomado su hermano durante tanto tiempo.

El sonido de las llaves puso en alerta al *trío* y a Elena.

—¿Ya estás aquí? —preguntó Elena mientras miraba a sus espaldas, buscando a Álvaro.

Sintió alivio al no verlo.

—Sí. —Podía verse que estaba abatida.

—*Chocho,* ¿qué ha pasado? —preguntó Lena.

Todos se miraron desconcertados ante la situación que se presentaba ante ellos.

—Álvaro me ha echado del piso de Alejandro. —Se echó a llorar tapándose los ojos con las manos.

—Capullo. —Elena abrazó a Sara al momento.

—Ese, ese, ese no es él, ese no es el problema —consiguió decir Sara entre lágrimas.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Diego.

Sara y Elena se acercaron al sofá donde estaba el *trío* para estar todos juntos y poder hablar bien.

—Alejandro ha estado tomando drogas para rendir en la universidad y sacar mejores notas —confesó Sara—. No digáis nada, por favor.

—¡DIOS! —Lucía exclamó.

—Pero… —Diego se quedó pensando—. ¿Por qué te ha echado Álvaro del piso?

—Alejandro ha dicho que no estaba solo el día del asesinato, pero no quiere confesar con quién estaba.

—Qué extraño… —dijo Elena.

—Sí que es extraño —corroboró Diego—. Sí.

Lena y su naturaleza cotilla estaban moviendo engranajes en su cabeza, estaba callada y eso no era normal en ella.

—Es todo muy extraño. —Lena se rascó el mentón—. No vimos a nadie salir de su piso y la policía no dijo nada de que saliera nadie del bloque. Es verdad que no han mirado dentro de nuestros pisos, los únicos pisos que si han mirado son el primero izquierda, lógicamente, a fondo, y el piso de Carlos, aunque no tan en profundidad, porque no había nada interesante.

—¿Estás insinuando que la persona sigue en el piso de mi hermano?

—Eso es lo que estoy diciendo.

—Es una posibilidad, tampoco sabes si ha podido salir en algún momento y tampoco sabemos cien por cien si la policía ha mirado todas las horas y todos los ángulos. La última vez que hablé con Álvaro había un ángulo muerto.

—Bueno, entonces hay un porcentaje de que siga en el piso.

—¿Quién pensáis que es? —preguntó Lucía.

—Ya que estamos hablando de drogas y estaba en pleno acto, ¿pensáis que podría estar con su camello? —Lena empezó a doblar la tela de su falda rosa de tul—. Aunque es muy turbio que haya estado en su piso todo este tiempo, pero mejor eso a que lo pillen.

—Y por eso no quiere decir quién es —dijo Sara.

—Menuda trama os estáis montando aquí, chicas —comentó Diego mientras bebía un sorbo de refresco. Lucía envidiaba que Diego pudiera beber refresco siempre que quisiera, pero se lo guardaba muy dentro de ella.

—No es tan descabellado, *rancio* —contestó Lena, indignada.

—Sea lo que sea, Álvaro debe estar sacándoselo ahora mismo —dijo Elena con asco—. Aunque tenga que usar una fusta.

La cara de Sara se puso blanca.

Capítulo 16. Uñas de gel

Álvaro apareció a las dos horas, su rostro no decía absolutamente nada. Era un misterio total.

—Sara, ¿cuánto te cuesta prepararte? —dijo al ver que Sara seguía en ropa de estar por casa.

Todos se quedaron con cara de duda. Sara había omitido el dato de que se iba a cenar con Álvaro.

—Cinco minutos.

—¿Dónde vas? —preguntó Elena.

Sara dudó unos segundos si responder o no, su mujer había discutido con Álvaro todo el rato. ¿Cómo le iba a sentar lo de la cena?

—Vamos a hablar de unos asuntos mientras comemos algo.

—Dios santo, la mata —susurró Lena a Diego.

—Muy bien. —Elena le dio un beso en los labios, le sonrió—. Pasadlo bien.

Todos estaban esperando la respuesta borde, la explosión y el caos, pero ese momento no llegó.

—Gracias. —Sonrió tímidamente Sara.

Álvaro, que ya estaba saliendo por la puerta para esperar en el descansillo, fue parado por Lena. Su mano era suave, pero sus uñas un arma mortal y llenas de muchas decoraciones.

—No te vayas, *guapura*. —Su sonrisa llenaba todo de magia.

—Prefiero estar fuera, gracias.

—No seas tan gruñón y quédate aquí. —Señaló el salón—. No mordemos.

—De verdad… —Miró hacia Elena.

—Prometo que te cuidaré de la celosa. —Le guiñó un ojo, mientras le susurraba.

—¿Son celos?

—¿No lo habías notado? —La sorpresa de Lena se vio reflejada en su rostro.

Álvaro observó el vaso de bebida que llevaba Lena en la mano, había algo de purpurina dentro, en el hielo concretamente.

—Eres policía, pero un poco tonto para las relaciones amorosas, por lo que veo.

Álvaro entrecerró los ojos, observó a la chica que tenía delante de él. Menuda locura. El pelo afro de color rosa, el maquillaje con purpurina, las uñas kilométricas, vestida de colores, unas botas con plataforma y varios tatuajes que contrastaban muy bien con su piel oscura ¿No le daba vergüenza salir así a la calle? Más gente debía tener esa confianza en sí misma.

—Agradecería que no me hablaras de esa forma.

—Mi, mi, mi, mi, mi —dijo Lena mientras movía la mano como si esta hablara.

—Eres un poco payasa, ¿verdad?

—Sin el poco, *musculitos*.

¿Me ha llamado musculitos? Pensó Álvaro.

—Oye, Lena, no acapares al *bombón* para ti —dijo Diego.

¿Pero esta gente que se piensa? ¿Qué soy un trozo de carne? Volvió a pensar Álvaro.

Álvaro se acercó al sofá donde estaban todos, sin apenas mirar a Elena, que obviamente lo miraba con cierto asco.

—¿Qué clase de relación tenéis vosotros tres? —preguntó Álvaro sin temor alguno.

—Ya tardaba en preguntar, señor Agente —respondió Lena mientras le abrazaba el brazo. Este le miró con cara fría y la apartó con la mayor sutileza que pudo.

—Solo somos amigos —respondió Lucía.

—No parecéis solo amigos —dijo Álvaro.

—Bueno…

—¿Bueno? —Álvaro quería saber que significaba ese “bueno”.

—A ver, somos amigos con derecho a roce —concretó Diego.

—Solo a veces —concretó aún más Lucía.

—¿Los tres?

—Los tres, aunque Lena no suele participar normalmente —afirmó Elena.

Elena estaba al tanto de las relaciones del *trío*, confirmó Álvaro. No era difícil si estos estaban en su casa metidos de vez en cuanto y cotilleaban cada dos por tres.

Deporte nacional español, recordó Álvaro.

—¿Cómo es eso de solo a veces?

—No estamos atados ni nada de eso, si sale alguien y queremos salir con esa persona no hay problema.

—Suena un poco lioso.

—No te creas —comentó Lena acercándose más a él—. Si apareciera alguien con el que quisiera tener una relación estable, no volvería a tener nada con ellos y punto.

¿Lena estaba coqueteando con él? ¿Era así siempre? Álvaro estaba confuso.

—Bueno… —Álvaro quiso cambiar el rumbo de la conversación—. Lucía, ¿vas a contar a tus compañeros tu situación?

Lucía cambió el rostro de golpe.

—Cuando esté lista, Agente.

—Muy bien, pero no tardes. Podrían sospechar, como yo, de que eres la asesina.

Todos dieron un grito al escuchar tal acusación.

—¿PERDONA? —gritó Lena.

—¿Cómo qué asesina? —preguntó Diego incorporándose y girándose hacia Lucía y al segundo a Álvaro.

—¿Qué me he perdido? —Lena estaba histérica. Se le habían escapado cosas, no podía ser.

—Calma —dijo Elena—. Explícate.

—Es algo que tiene que hacer ella. —Señaló a Lucía.

—Ahora que me has acusado delante de todos, está claro que no me dejas muchas opciones, ¿no crees? —Lucía se acomodó en el sofá—. ¿Sigues pensando que fui yo?

—No puedo descartarte tan fácilmente.

Sara salió del cuarto ya lista y vio a todos algo alterados, pero supuso que era por lo de siempre; Elena.

—Ya estoy lista, Álvaro.

Todos se giraron a verla. No iba especialmente arreglada; unos vaqueros y una camiseta de tirantes blanca con unas piedras brillantes. Se había recogido el pelo en un moño, puesto algo de corrector de ojeras y algo de máscara de pestañas.

Capítulo 17. La cena

Cogieron el coche dirección norte, hacia las afueras de la ciudad.

—¿Has pensado un sitio a dónde ir? —preguntó ella.

—Hace tiempo que quiero ir a un buffet de sushi, pero nunca tengo con quien ir —comentó Álvaro—. ¿Te gusta el sushi?

—Me encanta el sushi.

—Genial.

—¿Qué has hablado con mi hermano? —preguntó con miedo.

—No puedo contestarte a eso.

Sara miró por la ventanilla del coche mientras dejaban atrás la parte más alocada de la ciudad y empezaban a verse chalets y adosados.

—¿Por qué?

—Debe ser él quien te lo cuente.

Eso pilló por sorpresa a Sara. Ella pensaba que debía ser porque sería información que solo podría saber la policía o alguna cosa por el estilo.

—¿No es algo confidencial de la policía? —preguntó.

—Es información importante para el caso, él puede contártela en cualquier momento, pero creo que no soy el indicado para contarlo. —Su rostro era serio.

—Entiendo.

El silencio se hizo incómodo.

—¿Siempre eres tan correcto?

Álvaro se sorprendió con la pregunta.

—Es algo que tu hermano está ocultando porque afecta a otra persona, no puedo decírtelo yo, tiene que ser él y esa otra persona.

—¿Otra persona? —¿El camello?

—Es mejor que lo hables con él.

—Entendido, no vas a soltar prenda.

—Has entendido correctamente.

—¿Cómo has podido cambiar tanto en estos años? —Sara le miró mientras conducía.

—Todos cambiamos.

—Pero tú has cambiado mucho, ya no eres aquel chico que se colaba conmigo en piscinas privadas por la noche tras bebernos los bares —dijo Sara.

—Creo que sería extraño que un policía hiciera eso, la verdad.

—No me refiero a que hagamos eso ahora. —Sara sonrió un poco ante aquel recuerdo—. Me refiero a que antes hacías esas cosas y ahora llamas a la gente por su apellido, creas silencios molestos para incomodar a la gente y mi mujer parece odiarte porque está celosa.

—Eso es curioso. —La miró rápidamente y volvió a mirar la carretera—. ¿Por qué tu mujer está celosa? Lena me ha dicho que lo estaba.

—Eso me gustaría saber a mí, Álvaro.

—No lo sé, por eso te pregunto. Apenas me había dado cuenta.

Sara empezó a darle golpes a la tapicería con las uñas. Al ser enfermera no podía llevarlas muy largas, pero sí las llevaba algo arregladas, aunque eran discretas.

—Elena tiene mucho carácter a veces, pero otras…

—Ya, el caso de Ricardo González.

—Veo que has hecho los deberes, Agente Pérez.

—No solo soy un *musculitos sexy*, como dice Lena. —Volvió a girarse para mirarla—. Por cierto, creo que intenta ligar conmigo.

—Lena es así, no te preocupes. Posiblemente, si esté intentando ligar contigo.

—Ah, me quedo más tranquilo sabiendo que si intenta ligar conmigo —dijo en tono sarcástico.

—Por fin algo de sarcasmo.

—No entiendo al *trío* —confesó.

—Yo a veces tampoco, pero son buena gente.

Sara no pudo ocultar que volvía a oír la frase de Lucía en su cabeza.

—No puedo quitarme de la cabeza la frase de Lucía.

—¿Cuál?

—"*Estarías mejor muerto*".

—Ya, yo tampoco puedo quitármela de la cabeza. ¿Confías en ella? ¿Confías en la palabra de los otros dos?

—Ya no sé en quién confiar.

—Por eso he cambiado, Sara.

Sara lo miró, vio la verdad en su rostro. Había cambiado porque la vida le había hecho cambiar, los momentos que había vivido como policía le habían obligado a cambiar, a ser frío, borde y duro. Y lo supo, ya no habría piscinas a las cuatro de la mañana, no habría botellas de champán camino a discotecas y no habría conciertos en ropa interior.

—Ya hemos llegado.

No tardaron mucho en aparcar, la ciudad estaba vacía por esas fechas. Un dos de agosto era sinónimo de tranquilidad en el interior.

—¿Has comprobado si estaba abierto? —Se miraron—. Igual está cerrado por vacaciones.

—Em. —Álvaro sonrió—. No.

—Vayamos a descubrirlo entonces. —Sonrió también.

Álvaro se sintió libre por un segundo, como si pudiera quitarse la máscara que le habían impuesto tanto tiempo, pero no duró mucho y tuvo que colocársela de nuevo.

Vio a Sara andar por delante de él, dirección al restaurante de sushi y sintió un pinchazo en el pecho.

Mierda, pensó.

—Vamos, lento.

—Voy, petarda.

~

—El mayor placer del mundo.

—Exagerada.

Álvaro luchaba con los palillos y pidió un tenedor al final. Sara estuvo varios minutos intentando enseñarle, pero era misión imposible. Álvaro no estaba cómodo, se hacía daño y no aguantaba.

—¿Quieres que pidamos eso de allí? —Señaló un plato que estaban sirviendo en la mesa de al lado.

—¿Qué es eso?

—Sopa miso.

—Digo lo blanco de dentro.

—Tofu.

—¿Lo que comen los veganos? —Álvaro no estaba muy convencido.

—Sí. No lo notarás apenas, ya verás.

—Bueno, vale —dijo con temor a que no le gustara.

—Dime, señor Agente, ¿tienes alguna pista nueva? —preguntó Sara como si fuera una detective.

—Hemos conseguido una nueva cámara y ya no hay ángulo muerto. El asesino es del edificio.

Sara se atragantó con una gyoza que estaba tragando en ese momento. Álvaro se levantó corriendo para darle unos golpes en la espalda. Al segundo dejó de estar roja y tragó. Álvaro le dio su vaso de agua y bebió.

—¿Es oficial?

—Sí.

—No puedo creer que haya un asesino en mi edificio…

—¿No puedes imaginarte a alguien que pudiera hacerlo? —Le cogió la mano y se la frotó con el pulgar suavemente.

Sara le miró a los ojos y sintió calor por primera vez en ellos desde que se habían reencontrado.

—No tengo ni idea, todos son buena gente. Los conozco hace años.

—Pues, por lo visto, alguien te ha engañado muy bien.

Capítulo 18. José

José se levantó de la cama, no aguantaba más, a pesar del dolor del pecho, no quería más pastillas que lo dejaran tirado como un comatoso.

Tenía que actuar cuanto antes, o sabrían su secreto tarde o temprano. La policía iría allí cuando no encontraran pistas y tuvieran que revolver más en el piso de Carlos.

Era una suerte que su mujer y él ya no durmieran juntos hacía años, María Dolores no soportaba sus ronquidos y él no soportaba los suyos.

Se puso las zapatillas deportivas y las ató sin mucho esmero. Miró la hora, apenas eran las once de la noche, pero ellos siempre caían rendidos a las diez y media.

Cogió las llaves de casa, las llaves del piso de Carlos que ocultaba en una caja de pesca y salió lentamente de su habitación, observó que todo estaba en silencio y a oscuras.

Perfecto.

Cogió un par de guantes de la cocina, se los puso y salió rápidamente, estaba en territorio peligroso.

Se escurrió en la oscuridad como un fantasma y salió por la puerta cerrándola con la máxima suavidad que pudo.

Se puso camino al cuarto derecha por las escaleras, no quería saber nada del ascensor para un piso de nada, pero no sin antes asegurarse de que la escalera estaba vacía y oscura.

Otro *check*.

Al llegar a la puerta vio las bandas policiales y las quitó con cuidado, intentando recordar la posición exacta para luego colocarlas del mismo modo.

De repente sintió algo en la pierna, se asustó bastante, pero reconoció al momento a Miel por el sonido del ronroneo.

—Miel, vuelve a casa, bonito —susurró lo más bajito que pudo.

Miel le miró, se restregó en su pierna y se marchó escaleras abajo. Se escucharon pequeñas y sutiles patitas que se perdieron con la distancia.

Finalmente, José abrió la puerta poco a poco, no hacía nada de ruido, era muy silenciosa. Se

notaba el dinero cuando se invertía en algo.

José medio cerró la puerta detrás de él, no quería que nadie lo molestara mientras buscaba lo que tenía que encontrar, usaría la luz del móvil para ver.

Al encenderla todos sus sentimientos se activaron, el pecho le dolió y no pudo parar de recordar todos los momentos que había vivido al lado de Carlos.

Intentó recordar que tenía una misión, que había ido allí para hacer algo muy importante, pero el pecho le dolía y sentía que la ansiedad le iba a consumir.

Empezó a ver borroso e intentó apoyarse en lo primero que encontró, una mesita en el recibidor.

—Carlos… ¿Qué te he hecho? Es todo mi culpa —dijo con la esperanza de que Carlos pudiera escucharlo desde el más allá.

José se movió como pudo hasta el salón que se encontraba a mano izquierda, allí pudo ver a Carlos sonriéndole.

—¿Carlos?

En cuanto pestañeó Carlos ya no estaba allí, había sido su imaginación.

—Lo siento, Carlos… de verdad. No quise que esto acabara así.

José notó la ansiedad que subía poco a poco hacia su pecho, pero tenía una misión muy importante que cumplir, debía ir al despacho de Carlos en la habitación del fondo a mano derecha.

Conocía la casa como si fuera la suya propia, había pasado miles de horas allí con Carlos y Pedro. Cada rincón le recordaba a los grandes momentos que habían pasado juntos; las cervezas, las risas, los abrazos, las lágrimas. Incluso las discusiones llegaron a sus recuerdos y la sangre se le paró. La ansiedad se incrementó, pero debía cumplir con su misión.

Abrió la puerta del despacho, él apenas conocía esa estancia, la había visto un par de veces, pero conocía un misterio que solo Carlos y él sabían que se ocultaba allí.

Encendió la luz de la habitación, cerró la puerta y pudo ver que la policía había rebuscado entre sus cosas, los papeles de la mesa no estaban, los archivadores estaban vacíos, el ordenador había sido confiscado, pero él no vino a buscar nada de eso.

Con la mano en el pecho, luchando por respirar a cada paso, se acercó al escritorio de lujosos acabados, hecho a mano. Sabía dónde tenía que buscar.

Abrió el último cajón del lado derecho del escritorio. Estaba vacío, la policía lo había dejado totalmente limpio, pero él sabía la verdad de ese cajón, tenía un fondo falso. Era tan imperceptible que la policía no se había dado ni cuenta, de todos modos, la policía tampoco

había investigado profundamente en la casa de Carlos.

Levantó el fondo falso y encontró varias cosas en su interior, entre ellas una fotografía y un fajo enorme con dinero, lo empezó a contar, y empezó a sentir que la ansiedad se incrementaba en su pecho.

La angustia le estaba abrazando y él no soportaba más la situación, ahí estaba, con cuatro mil euros en la mano y la fotografía incriminatoria.

Notó como le dolía el pecho más y más, le faltaba el aire.

~

Alguien abrió la puerta del piso, comprobó que no había nadie en la estancia, dejó la puerta como la había encontrado y se deslizó por las sombras hacia el despacho de Carlos.

Comprobó sus guantes, agarró la jeringuilla con firmeza y acercó la oreja a la puerta del despacho.

Pudo escuchar como José estaba teniendo un ataque de ansiedad en el interior, estaba siendo intenso por los ruidos que se escuchaban. Abrió la puerta y pudo ver por una rendija que se encontraba de espaldas a la puerta, tirado en el suelo, hecho un ovillo, jadeando.

Se acercó con mucho cuidado, su calzado era muy silencioso.

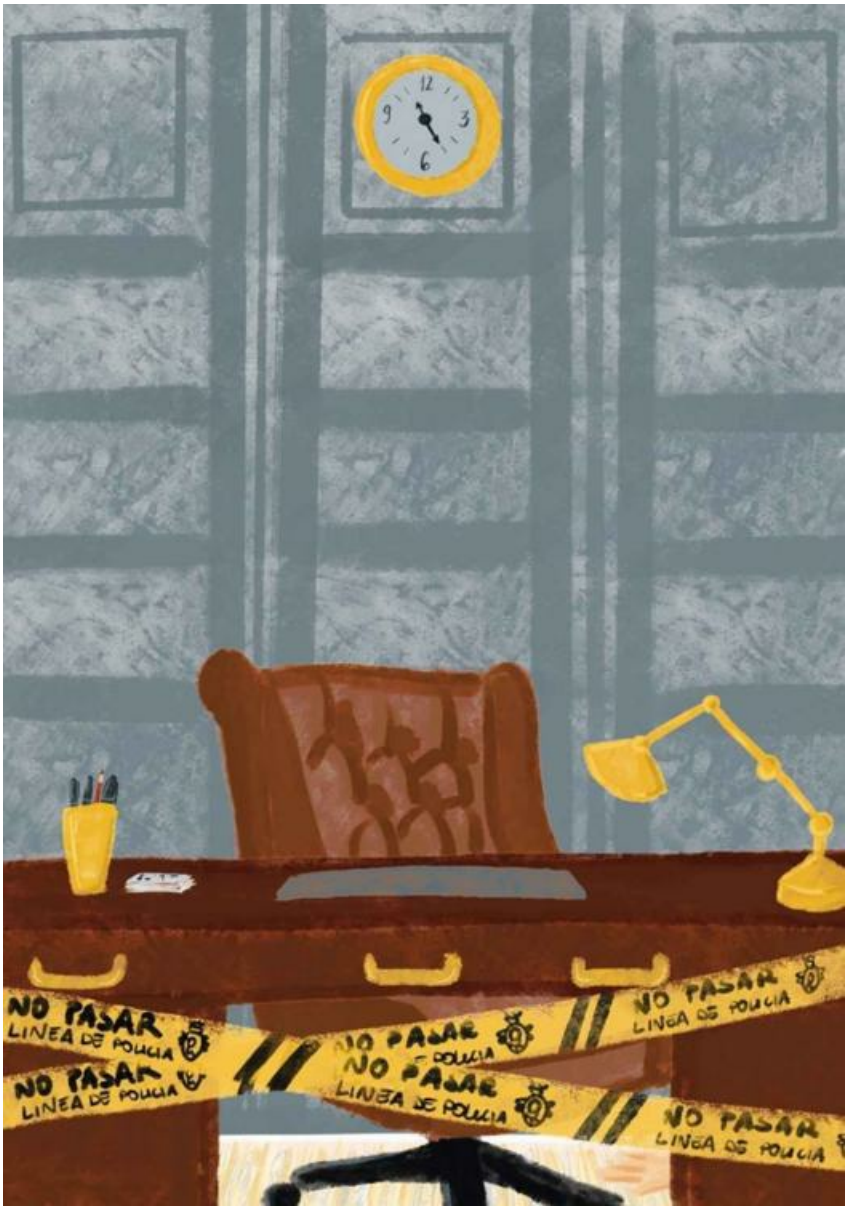
Gracias a Dios, pensó.

En ese mismo momento, José sintió un pinchazo doloroso en el cuello y que unido al ataque de ansiedad, fue una auténtica locura.

La locura de los últimos segundos de vida.

La persona cogió la fotografía de la mano de José y se la metió en el bolsillo.

Sonrió, dejó clavada la jeringuilla en el cuello de José, dejó la puerta abierta del despacho, salió de la casa, dejando la puerta abierta y se fue.


NO PASAR
LINEA DE POLICIA
NO PASAR
LINEA DE POLICIA
NO PASAR
LINEA DE POLICIA
NO PASAR
LINEA DE POLICIA
NO PASAR
LINEA DE POLICIA

Capítulo 19. Sara, Sarita, Sara

Sara se despidió de Álvaro en el portal y se bajó del coche.

—Gracias por este rato. —Sonrió.

—Un placer.

—¿Vendrás mañana? —preguntó.

—Es mi trabajo.

—¿A quién interrogaremos?

—Quiero presionar a Pedro, es extraño, pero la pareja del primero derecha es sospechosa, estaban solos en la azotea, y Lucía declaró abiertamente que quería a Carlos muerto.

—Mañana será otro día.

—Mañana será otro día. —La miró a los ojos esmeralda y su cuerpo se caldeó. —Adiós.

—Hasta mañana.

Álvaro se marchó a casa y se insultó a sí mismo todo el camino.

Sara sopesó la idea de subir las escaleras o coger el ascensor, y esta vez ganó el ascensor. Un cuarto a las once y treinta y cinco de la noche no era un plan divertido con la tripa llena por culpa de un buffet libre.

Cuando llegó al cuarto, se dirigió a su puerta cuando algo le llamó la atención de golpe.

Las bandas policiales estaban tiradas en el suelo.

No podía ser la policía porque Álvaro acababa de irse y era él quien se encargaba de la investigación, sin él nadie podía entrar allí.

¿Su exmujer había venido desde Estados Unidos?

Miel apareció, se restregó en sus piernas y maulló.

—Miel, ¿ya estás dando vueltas por donde no debes?

Miel, ni corto ni perezoso, decidió que era buena idea entrar en el piso de Carlos, como había hecho millones de veces anteriormente cuando este estaba vivo.

—Miel —susurró Sara para no molestar a los vecinos y a la persona que estuviera dentro. —Ven aquí, no seas cotilla.

Sara sopesó si entrar o no.

Capítulo 20. El tamaño sí importa

Álvaro llegó a casa y cuando estaba bajándose del coche sonó el teléfono.

—Dime.

Su rostro cambió de golpe.

—No me jodas, Martínez. Acababa de llegar a casa.

Se montó otra vez en el coche y puso el manos libres.

—Al parecer tenía una jeringuilla enorme clavaba en el cuello, tío.

—¿Cómo de grande?

—Grande, a ver, de cien centímetros cúbicos o algo así.

—¿Qué coño le han inyectado? —preguntó Álvaro mientras se colocaba el cinturón y ponía rumbo a calle Mayor número seis de nuevo.

—Aún no lo sabemos, pero Álvaro, ya sabes lo que significa esto.

—Lo sé.

Álvaro no podía confiar ni en Sara, ni en Alejandro. Dos personas con acceso a jeringuillas y medicamentos.

—¿Quieres que vaya? —Su oferta fue interesante.

—Vente para ver el cadáver y darme tu opinión, pero para el resto creo que podré yo solo con esos vecinos.

—Como quieras.

Álvaro se sintió traicionado y ya no habría más chispas en su interior jamás. Condujo hacia el estúpido bloque y resolvería este maldito caso de una vez por todas.

~

Álvaro llegó al cuarto derecha, ya estaba todo el equipo desplegado realizando sus tareas. Sara estaba en un rincón hablando con Martínez, ni la miró a la cara.

Fue directo al cadáver, se encontraba en el despacho de Carlos.

—Agente Pérez.

—Dígame que tenemos.

—Tenía las llaves del piso. —Señaló. —Vino a coger cuatro mil euros de un cajón que tenía un fondo falso. —Señaló el cajón y Álvaro siguió con la mirada. —Y ha muerto por lo que parece por la inyección de aire. No se ven restos de ninguna sustancia aparentemente.

—¿Aire?

—Sí, simplemente aire.

—Pues vaya manera de morir.

—El tamaño de la jeringuilla no es por casualidad, sospecho que la persona sabía que hay que inyectar una buena cantidad de aire. —Señaló la jeringuilla. —Normalmente con cincuenta centímetros cúbicos es suficiente para matar a una persona, pero supongo que quiso asegurarse y por eso usó una de cien.

—¿Huellas?

Negó con la cabeza y Álvaro escupió un insulto a nadie en concreto.

—Si te fijas, hasta el mismo fallecido llevaba guantes. ¿Crees que este era el asesino original y otra persona podría haberlo matado al descubrir que era el asesino original?

Álvaro justo estaba pensando en eso mismo. En que Sara había descubierto que José había matado a Carlos y había decidido vengarse por su propia cuenta, dejando de lado la investigación y el sentido de la justicia propio la había consumido.

—Deberías hablar con ella, ha sido quien ha llamado al 112. Eso es raro.

—Muchas personas que cometen un delito llaman al 112 para que no sean sospechosos —recalcó Álvaro.

—Tú eres el experto en estas cosas, no yo. —Encogió los hombros.

Martínez apareció en el despacho y se dirigió a Álvaro.

—Dice que llegó de la cena que tuvisteis, cogió el ascensor, vio la puerta abierta, el gato entró en el piso, luego cuando estaba a punto de entrar en el despacho el gato salió corriendo del piso y ella se encontró el cadáver. No había testigos, solo el gato, como la última vez. Es sospechoso, Álvaro.

—Mierda, Martínez.

—Has estado con ella todo el rato y habéis estado interrogando a la gente, habrá podido tapar sus huellas y crear una coartada impresionante, pero algo no me cuadra. —Miró la jeringuilla. —¿Por qué dejar la jeringuilla? La última vez no dejó el arma.

—También tenemos la teoría de la venganza, José era el asesino principal y Sara lo descubrió y se vengó por matar a su amigo. Por eso ha cambiado el *modus operandi*. Ha dejado el arma y encima es una jeringuilla. ¿Cuántas personas saben lo del aire?

—No lo sé, alguna vez lo han dicho en la televisión, ¿no? —le preguntó al forense.

—Está a golpe de Google —dijo.

—¿Por qué cojones está esa información en Internet? —preguntó Álvaro.

—En Internet está todo, chaval.

—Odio todo esto.

—Tú y todos —dijo el forense señalando al cadáver. —Pero creo que él más.

—También podría haber sido el hermano de Sara, es estudiante de enfermería, pero no estaba en la escena, lo cual no encaja mucho, y tiene una adicción con drogas actualmente. —Gruñó. —No sé, tengo demasiados datos en la cabeza.

—¿Has descansado algo? —preguntó Martínez.

—No mucho, esta gente es lo peor, y me roba el sueño y la paciencia.

—No será para tanto, Álvaro.

—¿Recordáis la serie esa de la comunidad de vecinos que siempre estaban de juntas y chismes? —comentó Álvaro.

—Qué buena serie.

—Pues así, pero con asesinatos.

—¿Seguro que no quieres que me quede? Suena divertido —preguntó Martínez, aunque parecía más bien una petición.

—Tengo que hacer esto yo solo. —La seriedad llegó a su rostro.

—Tu ego no te lo permite, ¿verdad? —dijo con una sonrisa en el rostro.

Álvaro miró a su compañero con dudas. ¿Ego?

—Yo lo veo como un intento de superación —expuso.

—Deberías dejar que te ayudaran los demás y confiar en tu equipo.

~

—Sara. —El tono fue serio y frío, como los cubitos de hielo del congelador que esperaban refrescar un buen coctel.

—Álvaro, ha sido terrible… —Su gesto cambió al ver el rostro de Álvaro.

—Dime, ¿qué ha pasado?

—Yo… —No sabía qué decir, Álvaro estaba raro. —Llegué aquí tras nuestra cena, subí por el ascensor y vi que las bandas policiales estaban en el suelo, me encontré a Miel, el muy gamberro entró en el piso, estaba abierto. —Paró para coger aire, las lágrimas ya asomaban. —Y me encontré a José, muerto en el despacho de Carlos, llamé al 112 en cuanto pude.

—¿A qué hora fue eso?

—A las… —miró el móvil — once y cuarenta.

—Te dejé a las once y media, más o menos.

—Creo que sí.

—¿Has tocado algo?

—No.

—¿Conoces la jeringuilla que había en el cuello de José?

—Sí, claro.

—¿Es tuya?

—¿Perdona? —Sara no podía creer lo que acababa de escuchar. —¿Cómo que si es mía? ¿Me estás preguntando si yo he matado a José?

—Respóndeme. ¿Es tuya esa jeringuilla?

—No. Que yo sepa, no es mía.

—¿Tienes ese tipo de jeringuillas en tu casa?

—No.

—¿Si entro en tu casa no voy a encontrarme ninguna?

—No vas a encontrar ninguna.

Sara estaba al borde del llanto, no podía creer que Álvaro estuviera incriminándola de esos

modos. Cogió un pañuelo y se sonó los mocos.

—¿Sabes cómo ha muerto José?

—He visto que tenía una jeringuilla clavada en el cuello, ¿le han inyectado algo?

—Aire.

—Le han metido bastante entonces.

—Si han inyectado todo el contenido han sido cien centímetros cúbicos.

—Quería asegurarse.

—Efectivamente.

Álvaro se levantó y miró a Sara a los ojos, quería ver cómo iba a reaccionar a su siguiente frase.

—Ahora es cuando voy a decirle a María Dolores que su marido ha muerto.

Sara se llevó las manos a la boca y la nariz, rompió a llorar.

Hasta el momento, Álvaro había conseguido que todos fueran silenciosos, lo había exigido por orden expresa, no quería vecinos cotillas como la última vez.

Cogió sus cosas y bajó al tercero izquierda donde iba a encontrarse con aquella señora que le sacaba de quicio, pero que ahora le daba muchísima pena. Había perdido a un amigo y ahora a su marido.

Capítulo 21. Pólvora

—¿Qué horas son estas para llamar, señor Agente? —incriminó María Dolores, la cual salía con un pijama, con cara de sueño y ajena a todo lo que acababa de pasar.

—Señora Gracia, no la llamaría si no fuera algo muy importante.

—Ya puede serlo, porque estaba teniendo un sueño muy bonito —rechistó.

—Lo siento mucho, señora Gracia, pero tengo que comunicarle que hemos encontrado a su marido, en el cuarto derecha, sin vida.

María Dolores pestañeó varias veces, mirando fijamente al Agente que tenía delante y cerró la puerta lentamente.

—¿Señora Gracia? —preguntó Álvaro cuando la puerta se cerró del todo.

Se escuchó un ruido muy fuerte en el interior de la vivienda, aparentemente María Dolores se había caído al suelo.

Álvaro sacó toda su fuerza bruta y se lanzó contra la puerta, sin mucho éxito. Era una puerta blindada.

Subió rápidamente al cuarto derecha y llamó a Sara.

—¿Alguien tiene las llaves del tercero izquierda? O tendremos que llamar a alguien para que tiren la puerta, María Dolores se ha desmayado.

—El portero tiene todas las llaves —dijo Sara levantándose rápidamente de la silla donde estaba sentada.

—Quédate aquí —gruñó. —Martínez, contrólala.

Salió corriendo de la casa y bajó las escaleras de tres en tres, aquello no era nada para él. Cuando llegó al bajo izquierda aporreó la puerta sin cuidado alguno.

—¿QUÉ COJONES PASA? —Miguel estaba rabioso.

—Las llaves del tercero izquierda, ya mismo —exigió.

—¿Qué…?

—¡YA!

Miguel tropezó con su propio pie al girarse rápidamente, pero no se cayó. Fue al cajón de las llaves y rápidamente localizó la del tercero izquierda. Se las entregó a Álvaro y vio como subía las escaleras de tres en tres. Quedó sorprendido al ver la agilidad y se propuso ir al gimnasio al día siguiente, pero muy en su interior sabía que no pasaría en realidad.

Cogió sus llaves, el móvil y cerró la puerta, fue detrás de Álvaro.

Álvaro llegó a la puerta rápidamente y metió la llave, se encontró a María Dolores en el suelo, ya casi estaba recuperándose, intentaba levantarse del suelo sin éxito.

—No se mueva, señora Gracia. —La mantuvo en el suelo. —Llamo al equipo médico para ver si está bien.

—No hace falta, querido, me encuentro bien.

Poco a poco se fue levantando con ayuda de Álvaro y Miguel. Al segundo se escuchó la puerta del tercero derecha y Álvaro sintió un peso mayor.

—¿Doña María Dolores? ¿Qué le ha pasado? —gritó Lena.

—¡Ay! Se ha desmayado —agregó Diego.

—Callaos un segundo —gruñó Álvaro.

Fueron al interior de la vivienda y pusieron a María Dolores en el sofá.

—Señor García, vaya al cuarto derecha, por favor, no diga nada de lo que vea, pida al equipo médico que baje aquí.

—¿Al cuarto derecha? —Miguel dudó si se lo había dicho correctamente.

—Ha escuchado bien.

Miguel fue directo a la salida y vio al *trío* intrigado por el suceso, estos le hicieron un gesto como de pregunta sobre qué pasaba, este respondió con un movimiento de cabeza que volvieran a casa, pero lógicamente no iban a hacerlo.

Escucharon los ruidos del cuarto derecha y entonces nadie pudo pararlos.

—¿Qué cojones ha pasado aquí? —preguntó Lena.

~

—Sara, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó Lucía desde el marco de la puerta.

—¿Lucía? ¿Qué haces aquí? —Sara vio que se asomaban por la puerta Lena, Diego y Miguel.

Miguel entró, se acercó a un Agente y le dijo algo, al momento vio como un equipo médico salía por la puerta. Las dudas empezaron a llenar su cuerpo.

—Ustedes no pueden entrar aquí, es la escena de un crimen —comentó el Agente mientras iba hacia ellos.

—¿Otro crimen? —dijo Lena, sorprendida.

—No puede ser… —dijo Lucía.

—¿Quién ha muerto? —preguntó Miguel antes de ser echado por el Agente.

Sara no pudo decir nada, sus amigos ya estaban fuera del piso. Pudo oír como timbraban al piso de enfrente, su casa.

Y al segundo el timbre de la casa de Carlos sonó.

—Mi mujer está aquí dentro, ¿puedo verla?

—¿Quién es su mujer?

—Elena. —Sara se levantó y ando hacia ella extendiendo los brazos buscando un abrazo que necesitaba.

—Sara, cariño. —La abrazó con fuerza. —¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

El *trío* y Miguel estaban al fondo, intentando escuchar lo máximo que pudieran.

—Han matado a José.

—Señora, eso es información confidencial. —Cerró la puerta, pero los vecinos ya lo habían escuchado, y lógicamente, esa información iba a correr como la pólvora.

Capítulo 22. Vecinos. Parte 2

—María Dolores, ¿cómo te encuentras ahora? —dijo el sanitario.

—Bien, bien, solo ha sido una pequeña caída.

—¿Y cómo te sientes ante la noticia?

—¿Qué noticia? —preguntó ella dudosa.

Álvaro miró con dudas a María Dolores y le cogió la mano.

—Lo que le he dicho antes, María Dolores. Lo de su marido.

—Ah, sí, ¿cuándo vendrá a dormir? —preguntó ella.

Él miró a los sanitarios y asintieron al momento. Se levantó y dejó que trabajaran tranquilos. Cuando salió por la puerta pudo ver que los vecinos ya se habían enterado de lo que había pasado. El *trío* y Miguel habían expandido la noticia por todos los pisos, daba igual la hora que fuera, todos estaban de vacaciones y estaban dispuestos a ver qué había pasado.

—¿Cómo se encuentra María Dolores? —preguntó Pablo.

—A ver, señores, ¿cómo es posible que estén todos aquí a estas horas? —Miró el reloj, era casi la una de la noche—. Deberían ir a sus casas, mañana va a ser un día muy movido. —Se fijó en que faltaba un vecino, Pedro.

—Pero ¿Cómo se encuentra? —volvió a preguntar.

—La señora Gracia se ha desmayado por la noticia, ha sufrido un golpe y tiene una pequeña pérdida de memoria, no sabemos si por el golpe o por el shock. La están atendiendo ahora mismo. Suficiente. —Les indicó con las manos que se fueran a sus casas—. A sus casas ahora mismo.

—¿Es verdad que han matado a José? —preguntó Alejandro rápidamente.

—El señor Rodríguez ha sido encontrado asesinado en casa del señor Martínez, sí. Es todo lo que tienen que saber hasta mañana. Por favor, no me lo pongan más difícil. Ya está siendo complicado.

Los vecinos estaban tensos, algunos lloraban ante la noticia, otros sentían rabia y otros pesar.

—¿Alguien ha avisado a Pedro? —preguntó Alejandro al no verlo.

—Yo he llamado a su timbre, pero no ha contestado —respondió Miguel—. Debe estar durmiendo profundamente.

Álvaro tenía cierto interés en la conversación que se maquinaba, así que los dejó hablar tranquilamente para ver que decían.

—Yo sigo sospechando de él, desde el primer asesinato, ya os lo dije aquel día —soltó Alejandro.

—No digas esas cosas, niño —respondió Lena.

—Tengo la misma edad que tú, Lena, por Dios.

—Es una expresión, bobo. —Le sacó la lengua.

—En la mano de José había un fajo de billetes con cuatro mil euros —soltó Álvaro como perla.

Veamos que dicen ahora, pensó.

—¡El dinero que le debía Carlos a Pedro! —exclamó Lena, se puso a andar por el rellano como si fuera una gran detective, esquivando a los vecinos, frotándose el mentón con calma—. Eso es muy interesante.

—Pedro es el asesino, ya no hay duda alguna —dijo de nuevo Alejandro.

—Pero si Pedro fuera el asesino, habría cogido el dinero —añadió Hanako mientras abrazaba a Pablo.

Miel apareció por el rellano, maulló y se metió a casa de María Dolores.

—Este gato es un caso especial, va por donde quiere y está siempre en todos los *fregaos* —comentó Pablo.

—Ojalá pudiera hablar, nos podría contar quién mató a Carlos —dijo Diego.

—¿Cómo ha entrado José en el piso de Carlos? —preguntó David con cara de sueño. Era una persona madrugadora.

—Cierto. —Se giraron todos hacia Miguel. —¿Han cogido tus llaves? —preguntó Lena.

Fueron todos en comitiva hacia la casa de Miguel, ninguno quería perderse ese momento.

—Que yo sepa José nunca ha venido a mi casa. —Se puso a pensar un poco. —Solo baja aquí María Dolores.

Accedió a su casa y abrió el cajón dónde estaban todas las llaves de los pisos, al segundo

apareció la llave del cuarto derecha. La llave de José no era la del portero, así que él tenía una copia propia. ¿Por qué tenía una copia? ¿Dónde la había conseguido? ¿Cómo la había conseguido?

—Entonces José debió de cogértela y hacer una copia en algún momento —añadió a la teoría Alejandro.

—¿Cómo unimos entonces a José con Pedro en esa teoría tuya? —Lena le miró con los ojos entrecerrados.

—A ver, José, Carlos y Pedro eran muy amigos, ¿verdad?

—Verdad.

—Pues algo tiene que haber ahí. —Y Alejandro se quedó más ancho que largo.

Lena le miró con cara de incredulidad y molestia.

—¿Eso es todo, Sherlock?

—Oye, yo no soy el Agente aquí, lo es él. —Señaló con el pulgar a Álvaro que estaba apoyado en la pared del rellano, mirándolos con tranquilidad mientras tomaba apuntes mentales.

—Escuchad todos. —Los vecinos se giraron a Álvaro. —Es tarde, el equipo ya se está marchando. —Por las escaleras se vio la funda negra donde se encontraba el cadáver de José, y el hombre y la mujer que la cargaban. —Deberían volver a sus casas, mañana voy a venir aquí a las diez de la mañana, los quiero listos a todos para una junta.

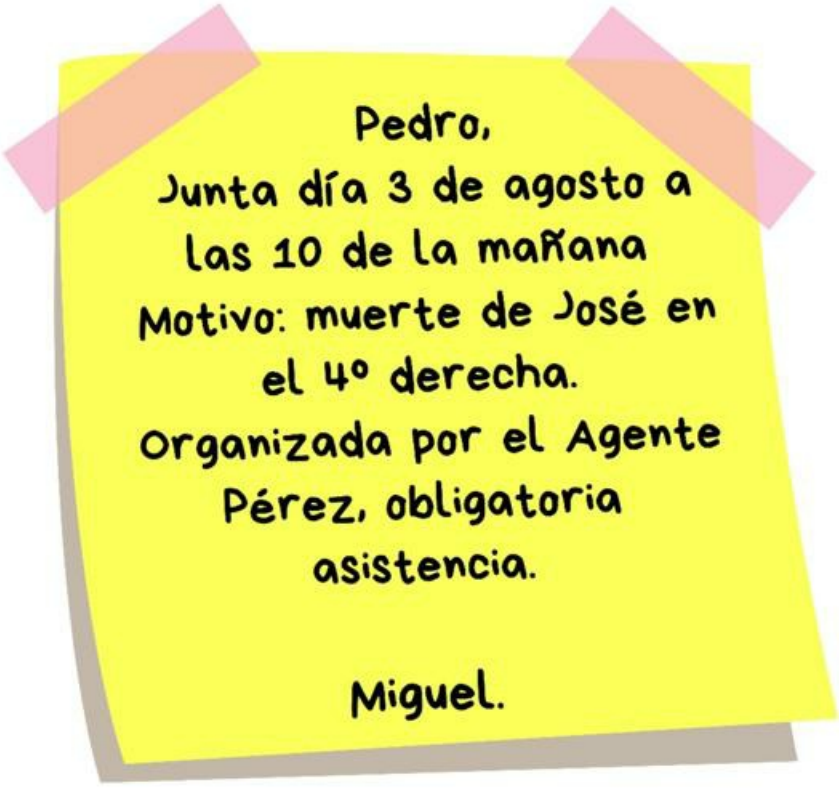
—¿Una junta? —Pablo era el presidente de la comunidad ese año.

—Como si lo fuera, vaya, quiero a todos los vecinos listos para un interrogatorio en grupo, no puede faltar nadie. —Los miró a todos—. Nadie, así que alguien debe avisar al vecino de aquí. —Señaló al bajo derecha.

—Le ponemos un papel debajo de la puerta, se lo escribo yo mismo —dijo Miguel.

—Muy bien —dijo Álvaro.

Miguel cogió un papel y escribió a Pedro una nota.



—¿Era necesario poner el motivo? —Lucía miró de reojo la nota.

—Supongo que le gustará saberlo, ¿no?

—Yo creo que habría sido mejor decírselo en persona —comentó Hanako.

—Bueno, ya está hecho, da igual. —Miguel metió la nota debajo de la puerta.

Capítulo 23. Álvaro

Álvaro odiaba las juntas, los vecinos y las discusiones estúpidas, por eso vivía en una casa a las afueras de la ciudad.

Eran ya las dos de la mañana cuando entró por la puerta de casa y dejó sus cosas en la entrada. Desactivó la alarma y fue directo a la habitación donde se encontró con su enorme y solitaria cama, la abrazó y deseó poder coger el sueño rápidamente, pero sabía que eso no iba a pasar. Deslizó sus dedos por los ojos y las lentillas cayeron a la cama, por suerte eran lentillas de día.

Rodó hacia la mesita de noche que tenía a su izquierda y la abrió, cogió las pastillas que el psiquiatra le había recetado, cogió una y la tragó sin pensárselo dos veces. Su cabeza iba a funcionar hasta que esta hiciera efecto, así que simplemente aceptó ese hecho y se puso a pensar en el caso.

Primero había muerto Carlos, el vecino abogado, que debía cuatro mil euros a Pedro, gran amigo suyo. Pedro había tenido una actitud muy sospechosa todo este tiempo, no había colaborado con él en ningún momento. José era también amigo de Carlos, había parecido muy afectado todo el tiempo y, además, tenía las llaves del piso de Carlos, había entrado al piso y cogido los cuatro mil euros que debía Carlos a Pedro. ¿José estaba compinchado con Pedro? ¿Pedro traicionó a José? ¿Por qué Pedro dejó el dinero? ¿Pedro sintió que iban a pillarlo? ¿Realmente había sido Sara al ver que José había sido el asesino y había cogido el dinero?

El sueño llegó a él lentamente, ni se dio cuenta de cuando dejó de pensar y cuando sintió el beso de Morfeo.

~

Le despertó el sonido del móvil, sintió que no había dormido absolutamente nada, pero debía levantarse y aceptar el día que le tocaba.

Se dirigió al baño privado que tenía en su habitación, se miró al espejo y observó que no se había quitado la ropa del día anterior.

—Puto desastre.

Se quitó la ropa y la dejó en el cesto de la ropa sucia. Álvaro se quedó mirándose en el espejo, que necesitaba un repaso de limpieza, y pensó en toda la mierda del caso de la calle Mayor.

Le dolía el pecho al pensar que Sara podía ser una asesina y había matado a José, la jeringuilla era muy sospechosa, y que ella estuviera en ambos escenarios del crimen lo era mucho más.

Cogió una toalla de debajo del lavabo, dónde tenía un cajón grande y se dirigió a la ducha. La ducha le despertaría todos los sentidos.

Dejó correr el agua caliente durante unos segundos y entró, tras limpiarse profundamente poco a poco fue cambiando de caliente a fría, lo más fría que podía aguantar, y aguantó el máximo de tiempo posible.

Despertó así de golpe.

Salió de la ducha y pensó que solo le quedaba el café para empezar un nuevo día.

Cogió la cuchilla de afeitar que estaba en el lavabo, la humedeció y se retocó los bordes de la barba que sobraban, eran solo cuatro pelos tontos que le salían de la zona.

Recogió de la mesita sus gafas de estar por casa, a la calle no salía con gafas, como norma general, a menos que fuera a pasar muchas horas estudiando o leyendo.

Como siempre, salió a su abandonada casa; pocos muebles, poca decoración. Él apenas estaba en casa y nadie más vivía allí.

Cuando la compró tenía alguna vaga esperanza de formar una familia, pero con el tiempo había abandonado la idea y las habitaciones extra estaban siempre cerradas e incluso sin bombillas.

Cuando vio a Sara aquel día pensó que quizá podrían recuperar la amistad y podría pedirle una cita, pero después apareció su mujer y sintió como le tiraban un jarrón de agua fría. De nuevo una decepción. Y después de anoche, después de esa cena tan agradable, su corazón había sentido una posibilidad, pero con lo del nuevo asesinato y la jeringuilla. No podía confiar en nadie.

Jamás.

Se hizo el café con su máquina semiautomática, se la regalaron los compañeros de trabajo por su treinta y cinco cumpleaños, su último cumpleaños. Ellos sabían que su existencia se seguía manteniendo por el consumo de esa droga legal y él la había aceptado para poder continuar ejerciendo.

Encendió el iPad y empezó a rebuscar en los informes algo nuevo que pudiera servirle para el caso, y allí apareció algo nuevo: Sara le alquilaba el piso a Pedro ¿Cuántos pisos tenía Sara? El cuarto izquierda, el segundo derecha, el primero izquierda y el bajo derecha.

Interesante.

Sonó el teléfono y Álvaro lo cogió al momento, puso el manos libres.

—Martínez.

—¿Cómo vas? —preguntó.

—De puta pena. ¿Tú?

—Cansado, hoy iré por la tarde. ¿Tú qué planes tienes?

—Voy a las diez a una “junta” con los vecinos —puso los ojos en blanco.

—Suena divertido —se escuchó una risa por lo bajo.

—Suena a puto infierno, Martínez. No me jodas.

Álvaro sorbió un poco de café mientras seguía deslizándose por el iPad en busca de más información.

—¿Sabías que Sara es propietaria de cuatro pisos del bloque? —preguntó Álvaro.

—Sí, lo vi el otro día cuando lo añadí a la carpeta, ¿crees que tiene algo que ver?

—Podría ser, ¿por qué tantos?

—Una herencia, eso es lo que vi, están los papeles en la carpeta de los Fernández, no en la del cuarto izquierda —añadió Martínez.

—Me cago en todo, esto es un puto lío, hay muchas carpetas, hay demasiados vecinos. —Deslizó el dedo por el iPad en busca de la carpeta —. Aquí está, Fernández.

—¿Has visto que Pedro le debe a Sara este mes de alquiler?

—No, Martínez, no, aún no. —Álvaro se sintió abrumado con la nueva información. Nuevos datos estaban entrando en escena, Sara estaba encajando más y más, y Pedro cada vez era más sospechoso, debían entrar en la casa de Pedro y registrarla.

—Bueno, chaval, me voy a descansar, te dejo con tus líos —hizo un parón, posiblemente para mirar la hora —además te queda poco para la junta de vecinos, mucha suerte.

—La necesitaré. Adiós.

Colgó y apagó la pantalla del iPad. Que Dios lo pillara confesado.

Capítulo 24. Alejandro no miente, oculta

Sara timbró con su código secreto a su hermano en el segundo derecha y esperó a que abriera la puerta. Necesitaba respuestas a lo que había pasado ayer con Álvaro y las quería ya mismo, no podía más con la presión; otro muerto, que fuera sospechosa de asesinato y que su hermano tomara drogas y ocultara secretos.

Su hermano tardaba mucho en abrir. ¿No estaba? Miró el reloj, eran las nueve de la mañana y quedaba una hora para la junta que había preparado Álvaro, debía estar.

—No me encuentro bien, vete, por favor —dijo Alejandro al otro lado de la puerta.

—Ábreme, Alejandro.

—Quiero estar solo un rato, por favor.

—¿Tú también piensas que soy la asesina? —preguntó Sara y puso la mano en la puerta. Suspiró profundamente, cansada.

—No es eso, Sara, te lo prometo.

—Yo tampoco me encuentro bien, hermanito.

Alejandro abrió la puerta lentamente, solo abrió una fina línea por la que vio el rostro agotado de su hermana, observó que no debía haber dormido mucho, y abrió la puerta totalmente.

—Pasa.

Sara entró en la casa y pudo observar que estaba todo a oscuras, Alejandro llevaba puesto el pijama y no tenía buen aspecto, no había dormido nada.

Alejandro era de esas personas que necesitaban total oscuridad para dormir, la más sutil línea de luz le molestaba y para asegurarse utilizaba antifaz. Las persianas eran las más nuevas del mercado, no dejaban ni un hueco, ni una línea, ni un recoveco.

La única luz que había encendida era la de una lamparita pequeña del salón, con la que se había movido para poder ir hasta la entrada para abrir la puerta.

—Quizá deberíamos levantar las persianas ya —comentó Sara.

—Sí —respondió de forma cortante.

Levantaron todas las persianas del salón-comedor, Alejandro fue a su habitación y levantó la de su habitación, y abrió las puertas de los demás cuartos; el despacho y la sala de estar.

—Dime. —Miró a su hermana, sin sentarse, con la esperanza de que esta se fuera rápido a su casa.

—¿Qué pasó ayer con Álvaro? —Sara se sentó y Alejandro suspiró.

—No puedo hablar del tema, ya te lo dije ayer.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo.

—Porque es algo que jodería a otra persona y no es de tu incumbencia.

—¿Tiene que ver con las drogas que tomas? —Sara fue directa.

—No.

Sara sintió como un peso salía de su pecho, al menos no tenía que ver con las drogas.

—¿No confías en mí? —Sara se vio rodeada de pensamientos negativos.

—Confío en ti, pero no es mi secreto. Es un secreto de ambos.

—Ya veo, ¿y Álvaro si puede saberlo? —Sara sintió la envidia punzante.

—Álvaro me amenazó con todo el peso de la ley, es un puto policía, Sara. —Se pasó la mano por el pelo —. O sea, ¿qué querías que hiciera? Me iba a llevar a comisaría.

—Y tú te estás cargando esta relación familiar —expulsó Sara de lo más profundo de su ser, y se llevó las manos a la boca. No podía creer lo que acababa de decir.

—Lo que eres es un ser egoísta y cotilla, que no acepta que su hermano tenga una vida privada. —Alejandro estaba profundamente cabreado, movía las manos como un loco y su cara era pura rabia —. Vienes aquí y quieres que te cuente todo, hasta lo que no me pertenece, porque quieres saber todo. Acepta que ya he crecido, tengo una vida propia y me gustaría no estar bajo tu ala protectora todo el rato.

Sara comenzó a llorar, todas las palabras que soltaba su hermano se le clavaban como clavos en el corazón. Lentamente y marcados al fuego. Le dolió tanto, que se levantó sin enterarse apenas, ya no escuchaba lo que decía; sus oídos estaban taponados, los ojos estaban nublados, su corazón estaba hecho trizas.

—Nos vemos en la junta.

¿Quién dijo aquello?

Capítulo 25. Miel

Te deslizas por la ventana con soltura felina, conoces el camino, lo has hecho miles de veces.

Miras el cielo: hay palomas.

¡Dios, quieres cogerlas!

Las sigues con la mirada, son tan rápidas al volar, se escapan tan fácil.

Continuas tu camino para llegar a la azotea, te encanta ir allí para tomar el sol por la mañana, cuando aún no hace suficiente calor para las almohadillas de tus patitas. Allí puedes tomar una pequeña siesta cuando te cansas de observar a los pájaros y los insectos que suelen pasearse. Además, te gusta rascarte contra el cartel de publicidad que se encuentra arriba, a veces vienen a cambiarlo y te asustas, pero te escondes donde las cajas de la electricidad del ascensor y observas como trabajan los señores.

Y alguna vez, te dejas acariciar por un hombre muy majo cuando termina con el cartel, que ya te ha llevado una o dos chucherías, que no te acaban de gustar del todo, pero que amablemente aceptas. Le ronroneas para que sepa que estás a gusto con él.

La que no te cae bien es la señora que viene a mirar los aparatos del aire acondicionado, una señora corpulenta que cuando te ve suele pedirte que te vayas y empieza a estornudar muy fuerte.

Y el señor de los cables largos y los cacharros es de tus favoritos, el señor que viene a ver las cosas del ascensor, ese señor muchas veces lleva cables muy largos, que te entretienen, a veces te acercas con la zarpa y lo mueves. Él no te dice nada, porque sabe que es una diversión para ti. Lleva muchos medidores, con luces y a veces hacen ruidos. Aunque no te da comida, te divierten sus juguetes.

Cuando llegas a la azotea ves a mamá, vas corriendo a ella.

¿Mamá está en mi zona favorita? Que bien.

Pero cuando te acercas, ves que está llorando.

Oh, no.

—Miau.

Ronroneas y enroscas el rabo para que sepa que estás con ella.

Te habla y sabes que está mal, que no está pasando por un buen momento. Pobre mamá, ojalá se le pase rápido, no te gusta que esté mal.

¿Quizá cazar algo le alegre?

En ese momento te coge en brazos.

Porras.

Lo de cazar tendrá que ser en otro momento.

Los mimos de mamá te gustan, pero sus lágrimas no.

Te besa en la frente, en las patitas y te suelta.

La miras y sientes que te dice que te marches, quiere estar sola.

El plan de tomar el sol en la azotea será para mañana entonces, vas a la puerta, ya sabes cómo abrirla, eres todo un experto en abrir puertas. Entras en el bloque y bajas las escaleras, estás en el rellano del cuarto, te encuentras al lado de casa, pero es muy pronto para volver a casa. También sabes tocar el timbre, un salto y ya está. Es verdad que a veces no hay nadie en casa, pero entonces timbras en otra casa y allí te acogen hasta que viene alguna de tus mamás.

Miras durante un segundo a la puerta de casa y oyes un ruido, mamá se acerca.

Allí está, mamá ha salido.

—Miau.

Mamá te saluda y te acaricia la cara. Ronroneas.

Decides seguir tu camino hacia el piso de abajo, mientras bajas ya escuchas como se abren las puertas de abajo.

De las puertas ves salir a María Dolores, la señora que te da de comer comida de humanos. Te encanta María Dolores, muchas veces vas a su piso con la esperanza de llenar tu panza de comida rica. Del otro lado salen los chicos jóvenes que suelen estar en casa, ellos juegan mucho contigo, te compran juguetes divertidos como aquellos ratones con plumas que sueles perder debajo del sofá.

Continuas tu camino al segundo, hoy no tienes hambre, solo quieres encontrar un sitio donde estar tranquilo y tomar el sol.

Ves al tío salir de su casa, te acercas a él rápidamente, te restriegas con fuerza y ronroneas fuerte, él te dice algo, aunque su cara es triste. No tanto como la de mamá, pero si muy triste. Al otro lado está el señor que no te deja entrar en su casa, siempre que te ve se asusta, sí que te deja estar con él en el rellano, pero no te deja entrar a su casa porque, has visto de refilón, tiene muchas cosas divertidas dentro.

Bajas un piso más y te encuentras de frente con Pupo, tu amigo perro, va con una correa, y la lleva su mamá. Te da un poco de pena Pupo porque siempre va atado, no es como tú que siempre vas libre y puedes ir por donde quieres. Lo saludas restregándote en él y él te olisquea como siempre. Pupo es casi del mismo tamaño y a veces jugáis juntos cuando sus papás os dejan, aunque es un poco tonto, la verdad. No tiene una gran inteligencia en ese cerebro perruno.

Finalmente, llegas a la planta calle, no te suele gustar esta planta porque los peligros son mayores si abren la puerta principal.

Ves a los dos señores que viven en esa planta, el señor del pelo largo que alguna vez va a casa y le da dinero a mamá, y el señor que limpia y juega contigo a veces.

Sopesas si ir al garaje; no te gusta mucho, es un lugar frío y oscuro, pero parece que hay mucho movimiento hoy en todos lados. Te diriges entonces allí, arañas la puerta, el señor que limpia te mira, sabe que puedes abrir la puerta, pero te la abre de igual modo y te deja pasar.

Bajas las escaleras y sientes el frío al segundo, dentro del coche de mamá se estará mejor.

Una siesta allí durante un rato es lo que necesitas antes de subir a la azotea y cazar un pájaro.



Capítulo 26. La junta de vecinos

Todos estaban listos cuando Sara bajó de la azotea y se encontró a su mujer en el rellano, esta se dio cuenta de que había estado llorando y la abrazó con todas sus fuerzas.

—Estoy aquí, cariño. —Le besó la frente —. Estoy aquí contigo.

Sara ya no tenía más lágrimas por derramar y aceptó el abrazo y el beso sin rechistar, se fundió con ella y sintió el calor como una hoguera de San Juan.

—¿Dónde se hace la junta? —preguntó Sara cuando pudo recuperar la voz.

—No lo sé, Álvaro no dijo un sitio.

Pudieron oír al resto de vecinos, cada uno en su rellano, asomándose por las barandillas y hablando por los pisos vecinos.

—¡OYEEEEEE! ¿DÓNDE SE HACE LA JUNTA? —gritó Lena en el tercero.

—¡No lo sé! —respondió Miguel en el bajo.

—¡No gritéis como gallinas de corral, por Dios! —gritó Elena, lo cual era una contradicción —. ¡Hablemos por los telefonillos!

—¡BUENA IDEA! —respondió David desde el segundo izquierda.

—Por favor y gracias —añadió Alejandro con un tono amargo de fondo.

—Nunca entenderé eso de hablar a voces, querido —comentó Hanako a Pablo, y entraron a casa para encender el telefonillo, como hizo el resto de los vecinos.

—Cosas de España, cielo, ya lo sabes, nos gusta hablar a voces, no es ningún misterio —añadió antes de que los vecinos empezaran a hablar como si de un bar, en plena hora punta, se tratara.

Sara le dio al botón y allí empezaron a hablar todos los vecinos, aquello le evocó a los días en que iba al instituto y salía a la hora del recreo.

—A ver, Álvaro no dijo dónde debíamos reunirnos, pero deberíamos reunirnos en el piso del presidente, ¿no? —dijo Miguel.

—Me parece de poco tacto usar el piso de María Dolores estando de luto —comentó Sara —.

Lo sentimos doña María Dolores, esperamos que se encuentre mejor hoy.

—Estoy mejor, querida, gracias —respondió María Dolores —. No me importa que sea en mi piso.

—A nosotros no nos importa dejar nuestro piso para hacer la junta, la verdad —dijo Diego.

—¿Hola? —dijo una voz que no reconoció nadie.

—¿Hola? —dijo Miguel —. ¿Quién es?

—¿Por qué están hablando en la calle todos ustedes? —dijo la voz misteriosa.

—¡Ostras! Que nos está oyendo todo el mundo —comentó Lena al darse cuenta.

—Qué método más curioso tienen ustedes para hablar, aunque poco privado, hasta luego, buenos días —se despidió el señor misterioso.

—Madre mía, qué vergüenza, chicos. —Lucía se puso roja.

—Venga, digamos ya un sitio para hacer la junta —dijo de golpe Sara.

—En el cuarto derecha, ya mismo —dijo una voz que todos supieron reconocer al momento, era Álvaro.

—¿Cómo? —dijo Sara.

—¿En el piso de Carlos? —preguntó Pablo de golpe.

—Señores, no hablen por el telefonillo, por favor. —Álvaro se pinzó el tabique nasal —. ¿Dónde queda la privacidad? ¿Cómo pueden hacer esto?

—Miguel hizo un apaño eléctrico para que pudiéramos hacer esto. Pero…

—Ni peros, ni peras, al cuarto derecha, ya mismo. —Estampó la mano contra el aparato para que se escuchara el golpe y todos lo oyeran.

Álvaro entró al portal, aún no entendía por qué ese portal era de esos que no tenían llave para acceder a él. Supuso que, porque tenía portero, pero el portero ahora iba a estar en la junta, lo mejor es que la puerta estuviera cerrada.

Al entrar vio a Miguel y a Pedro, al encontrarse cara a cara con Pedro, pudo ver que era un señor bajito y rellenito, el prototipo de *friki* que juega a videojuegos todo el rato, por fin lo tenía a su merced.

—Subamos —dijo Álvaro indicando las escaleras.

—¿Andando? —preguntó Pedro.

—¿No puedes andar?

—Me cuesta mucho hasta un cuarto —respondió Pedro —. Cogeré el ascensor, mis rodillas me lo agradecerán.

—Vayamos todos en el ascensor entonces. —Quería tenerlo muy cerca para ver como reaccionaba. Su rostro no cambió, pero claramente no le gustó mucho la idea.

—Yo voy por las escaleras, Pablo y Hanako querrán subir en ascensor y así podrán subir con vosotros —indicó Miguel.

—Claro. —Asintió Álvaro.

Abrió la puerta y ambos entraron, Pedro se introdujo y clavó la mirada en un punto fijo. Álvaro pulsó el primero para recoger a Pablo y Hanako.

Cuando llegaron al cuarto derecha ya estaban allí todos, Álvaro no sabía muy bien como podían entrar tantos vecinos en aquel pequeño rellano, pero lo hacían. Algunos ocupando las escaleras y otros cerca de las paredes. Solo faltaba Miel para que estuvieran todos porque Pupo se había animado a hacer acto de presencia.

Pasó entre todos y abrió la puerta de Carlos, pero antes de entrar se giró.

—Buenos días, señores de la calle Mayor número seis. Como ya saben, soy el Agente Álvaro Pérez, diríjanse a mí como Álvaro, no hay problema con eso. —Miró a todos los presentes en un barrido general, las caras de todos ellos eran de duda —. Estamos aquí para resolver dos asesinatos; el del señor Carlos Martínez, el uno de agosto, y el del señor José Rodríguez el dos de agosto. He escogido la casa del señor Martínez porque está vacía, no invadimos la casa de ningún vecino vivo y, es curioso, es un lugar simbólico. —Volvió a mirar los rostros de los vecinos —. ¿No creen?

El silencio sorprendió al Agente, hacía un rato había sido testigo de una granja con gallinas de corral criadas en suelo y ahora parecían corderos que se aproximaban al matadero. Sonrió.

—Pasemos. —Abrió la puerta y fue directo al salón, donde empezó a organizar las sillas y las colocó formando un círculo alrededor de los sofás.

—Esto parece una intervención —dijo Lena.

—¿Una qué? —preguntó Pablo.

—¿No has visto la serie Cómo conocí a vuestra madre? —preguntó rápidamente Diego.

—No, muchacho, no estoy yo para esos menesteres.

—Pues cuando los amigos querían ayudar a un amigo que no quería darse cuenta de las malas decisiones que tomaba, se reunían todos, un poco a traición, y le decían las cosas que no quería oír.

—Suena un poco cruel. —Pablo los miró y se giró a ver la escena de las sillas, los vecinos reunidos y el ambiente tenso —. Pero sí, se ve como eso que decís.

—Un “amigo, date cuenta” —se rio Lucía.

—Un ¿qué? —Pablo se sentía mayor.

—Nada, señor Moreno. —Diego puso su mano en el hombro de Pablo y lo acompañó a un asiento libre.

Capítulo 27. La junta de vecinos. Parte 2

Estaban todos colocados ya, habían cogido todas las sillas del comedor, también el sillón de lectura de la salita de estar y habían ocupado los dos sofás; el de tres espacios y el de dos. Álvaro estaba de pie, no tenía donde sentarse, pero tampoco quería estar sentado.

Que empezara el espectáculo.

—Voy a ir uno por uno, en el sentido de las agujas del reloj. —Movió el dedo en el sentido de las agujas del reloj, empezando desde lo que serían las doce: Pedro—. Y vais a decirme dónde estabais a la hora del asesinato de José.

Señaló a Pedro.

—En casa, en internet —respondió Pedro.

—Sé más concreto.

—Navegando por página sin más, nada concreto.

—¿Testigos?

—Ninguno. —Aunque notó que se ponía algo nervioso, lo dejó pasar.

Señaló a David.

—Yo estaba cenando, había terminado un directo donde estaba terminando el Orient Express, el LEGO que vio a medias el otro día. —Álvaro asintió, el anterior video aún estaba en comisaría, estaban confirmando si no estaba trucado—. Así que estaba cenando tarde, para ser concretos una tortilla francesa y pan con tomate.

—Un clásico —añadió Lena.

—Silencio —gruñó Álvaro.

—Perdón, bombón. —Lena le guiñó el ojo. Álvaro suspiró.

—¿Testigos?

—¿De la cena? No, de momento no soy de esos que graban como cena, aunque hay unos videos de unas asiáticas que comen un montón, no sé cómo lo hacen porque están delgadísimas y comen lo que yo como en una semana…

—¡Es verdad! —Lena comentó—. Comen un montón, yo creo que luego lo vom…

—¡BASTA!

Señaló a María Dolores, con mucho pesar tenía que preguntar, aunque ya sabía su respuesta.

—María Dolores, siento tener que volver a preguntarle.

—No pasa nada, querido. Yo estaba durmiendo, como ya sabe. No había testigos, quizá el Cristo que tengo colgado en la habitación, si eso sirve.

No servía, quiso decirle.

—Le acompaño en el sentimiento.

—Gracias, están siendo unos días muy duros, primero nuestro amigo y luego mi amado esposo. —Una lágrima cayó por su rostro y Miguel le tendió un pañuelo rápidamente—. Gracias, querido. Ojalá atrapes al asesino pronto, no puedo con este dolor en el pecho. —Se llevó una mano a donde estaba su corazón.

Todos pusieron cara de pena, querían mucho a María Dolores y sentían su pena como una pena propia. Las muertes recientes habían sido como una jarra de agua fría en sus dormidas cabezas.

Señaló a Miguel.

—Yo estaba en la cama leyendo. Estoy leyendo un libro que se llama “Aquí no se puede vivir” de H. M. Sánchez.

—¿No había testigos?

—Lógicamente, no. Aunque estuve hablando con mi madre por teléfono hacía poco, unos minutos antes o así. —Sacó el móvil y miró la hora, lo enseñó—. Las veintitrés y veinte. Tres minutos de tertulia en los que me dijo que era un desgraciado por no casarme.

—Muy bien. Bueno, no por lo de ser un desgraciado, eso no. Yo tampoco estoy casado y no creo que lo esté nunca.

Sara sintió una punzada al oír aquello y Álvaro sintió su mirada clavada en la espalda.

Lena hizo un sonido de sorpresa que todos pudieron oír fácilmente, el cual fue cortado por Lucía al poner la mano en su rodilla.

—¿Cuándo aceptarán las madres que hay personas que no quieren el típico rol familiar?

—No lo sé. —Álvaro sintió un poco de dolor en el pecho, pero siguió con la ronda.

Señaló a Pablo.

—Nosotros estábamos viendo una película. —Señaló a Hanako y a Pupo.

—Esa de las emociones de dibujos animados —añadió Hanako.

—¡Del revés! —exclamó Lena —. Qué buena es esa película, me encanta.

—No pudimos terminarla porque pasó aquello, así que no nos destripes el final —añadió Pablo.

—Tranquilos, no os hago *spoiler*. —Lena fingió tener una cremallera en la boca.

—¿*Spoi-que*? —preguntó Hanako.

—Esta juventud que tiene palabras raras para todo, de verdad —respondió Pablo.

—¿Habéis terminado ya? —preguntó Álvaro pestañeando lentamente.

—Sí, perdón. —Lena sonrió y se acomodó la falda de tul de arcoíris.

—¿Estabais solos viendo la película?

—Sí —respondió Pablo.

Se giró y dio la espalda al grupo de la derecha. Álvaro era las seis de aquel “reloj” y pasó a señalar a Elena, que se encontraba en el grupo de la izquierda.

—Estaba organizando papeles de la academia de música. Había estado en videollamada con una de las profesoras hacía una hora, así que no cuenta como coartada, pero lo comento por si sirve. Y lógicamente estaba esperando a que MI mujer llegara de una cena que estaba teniendo contigo. —Sus ojos echaron fuego. Álvaro obvió la pulla.

—¿Podrías darme luego el contacto de la profesora?

—No hay problema.

—Perfecto. Gracias.

Señaló a Sara, y aunque ella ya había dado su versión ante la policía miles de veces, quería su versión en frío y delante de todos.

—Ya he dado mi versión miles de veces.

—La quiero otra vez.

—¿Para qué?

—Porque se me ha olvidado —mintió.

—¿Me tomas el pelo?

—Necesito que la cuentes delante de todos para que todos la sepan y podamos debatir todos en igualdad de condiciones.

Sara se sintió expuesta, pero todos sabían ya lo que había pasado.

—Llegué de nuestra cena. —Hubo murmullos, ella paró y los miró a todos. Pararon al ver que Sara podía matar con la mirada—. Somos amigos, ¿vale? ¿Los amigos no pueden cenar juntos? Mucho avance, mucho desarrollo, pero luego vienen las habladurías cuando dos amigos van a cenar juntos para ponerse al día. —Todos se miraron y agacharon las cabezas—. Llegué aquí, subí y vi a Miel, las cintas policiales estaban en el suelo y la puerta estaba abierta, Miel se metió y vi una luz al final del pasillo, en el despacho de Carlos debía haber alguien o alguien debía de haber estado, Miel en ese momento se fue, pero yo quería saber que pasaba, entré y me encontré a José muerto, llamé al 112 al momento y eso es todo.

—Gracias por contarnos su historia, señorita Fernández.

Todos se miraron confundidos. ¿Señorita Fernández?

Señaló a Diego, aunque al segundo sabía que iba a responder Lena y que iba a responder por los tres convivientes del tercero derecha.

—Estábamos los tres juntos, como puedes imaginar —dijo Diego.

—Haciendo cosas indecentes, podrías haberte unido —añadió Lena.

Ahí estaba. Lena no fallaba.

—¿Cómo de indecentes?

—Poco indecentes. —Lucía se ruborizó—. Unas copas y unos besos, aunque Lena estaba más bien mirando el móvil, éramos Diego y yo.

—Madre mía —dijo María Dolores.

Todos se giraron al momento hacia ella, que había estado tan callada hasta el momento, y por fin decía algo.

—¿Había alguien más con vosotros?

—¿Más? ¿No te parece suficiente? —preguntó Lena moviendo las cejas —. Igual la próxima vez tenemos que llamarte, *Agente sexy*.

Álvaro casi se había acostumbrado a los comentarios de Lena, pero sintió algo de vergüenza. Que los soltara delante de todos los vecinos le ponía en tensión.

—Por favor, Lena, contrólate.

—No prometo nada, es que es verte y emocionarme. —Se mordió el labio.

—Lena, deja al pobre chico, ¿no ves que lo cohíbes? —añadió Lucia—. Además, que tiene, ¿quince años más que tú?

—¿Eso importa? —Se giró Lena rápidamente.

—No, pero míralo, está claramente en otra fase en la que tú no estás.

—Bueno, suficiente. —Álvaro no soportaba más aquello. Estaban hablando de él como si fuera un cacho de carne otra vez. Por una parte, sentía que por fin alguien quería saber algo de él, pero por otro, sabía que era porque su físico era lo primero que veían. Él no estaba así por las mujeres, él estaba así por el mismo.

—Perdona, Álvaro —dijo Lucia.

Lena se puso roja y miró sus zapatos, Álvaro pudo ver que por una vez Lena estaba avergonzada, quizá más arrepentida de lo que había dicho que nunca.

—Perdón —respondió suavemente.

—No os preocupéis… em… —Álvaro no sabía cómo tomarse esta nueva situación en su currículo. Intentó mantenerse firme y recordó el motivo de la junta, movió las escápulas y volvió a ponerse serio.

—No hay testigos, estábamos solo nosotros —añadió Diego al segundo, para romper el hielo.

Señaló a Alejandro, el último del “reloj”.

—Yo…

Capítulo 28. La junta de vecinos. Parte 3

Álvaro suspiró. Pensó en que Alejandro ya estaba otra vez ocultando cosas, ese mocoso no hacía otra cosa más que ocultar y mentir.

—¿Alejandro? —preguntó Álvaro.

—Prefiero contártelo solo a ti.

—No puede ser hoy.

—Es que es muy personal. —Miró a todos y luego miró a Álvaro.

Sara estaba con la boca abierta, con las manos en el pecho y a punto de volver a llorar. Elena pasó un brazo por sus hombros y le besó en un lado de la frente.

Álvaro se acercó a Alejandro, se agachó para ponerse a su altura. Sus rodillas crujieron al hacerlo.

—Verás, ha habido otro muerto, para ser exactos, en la habitación del fondo. —Señaló dirección a la habitación —. Y, la verdad, me estás empezando a cansar un poco ya. Todos estos señores saben ya lo de tu adicción, ¿eso estabas haciendo?

Alejandro se sentía atrapado, movía los ojos en todas las direcciones, sentía como todos le estaban mirando.

—Si no estabas haciendo eso, ¿quizá estabas con ella?

—No lo digas, Álvaro.

—Entonces, ¿qué estabas haciendo?

—Estaba escribiendo un correo para darme de baja en la universidad —confesó bajando la mirada lentamente.

—¿QUÉ? —Sara se levantó de golpe.

—Por eso no quería decirlo.

—¿Cuándo ibas a decírmelo? —preguntó Sara muy nerviosa.

—No lo sé. —Fue casi un susurro.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque no podía más, joder. ¿No ves cómo estoy? —Aquello fue una explosión en toda regla. La dinamita que se usa para tirar un edificio.

Álvaro pudo ver que la situación se había ido por otras vertientes, sin duda Alejandro tenía razón al decir que era algo personal.

—Vale, tranquilos —dijo Álvaro y se giró a Alejandro—. Necesitaré ver ese correo y la hora.

—Y una mierda que estemos tranquilos —soltó Sara.

—¡Sara! —Elena la cogió del brazo.

—Mi hermano acaba de decir que ha dejado sus estudios universitarios.

—No es nada extraño, la verdad —indicó Álvaro.

—¿Perdona? —Sara iba a ser ahora la dinamita.

—Miles de personas abandonan sus estudios por miles de motivos.

—Tiene razón, Sara… —añadió Diego.

—El chico tiene derecho a parar sus estudios si se encuentra mal, es su salud mental la que está en juego. —Álvaro dejó caer esas palabras y sintió algo de hipocresía.

Sara no pudo más, se levantó, clavó los talones con fuerza con cada paso y salió del piso pegando un fuerte portazo. Elena fue detrás de ella.

Álvaro observó la escena sin moverse del sitio, esperando como sucedían los acontecimientos.

—Vamos a esperarlas —dijo mientras se sentaba en el hueco que había dejado libre Elena.

—¿Podemos hablar? —preguntó Lena a Álvaro.

—No.

—Digo sobre lo de antes. —Le señaló a él y luego a ella, Álvaro torció el gesto y entonces comprendió que decía—. Tú y yo, mientras esperamos.

Todos los miraron como un partido de tenis. Sin duda, la junta era mejor que cualquier cosa que estuvieran echando en la televisión en aquel momento.

—Luego.

—Vaaaaaaale. —Sacó el móvil y se puso a mirar las redes sociales, al segundo el resto hizo lo mismo. Álvaro observó lo que hacían todos.

Los jóvenes sacaron el móvil, mientras que los más mayores simplemente miraron a su alrededor y esperaron a que se abriera la puerta. Así pasaron siete minutos.

—Perdón —dijo Elena mientras Álvaro se levantaba y les cedía el sitio.

Sara tenía los ojos hinchados, el rojo contrastaba con sus ojos verdes, lo que apenó a todos los presentes. Alejandro no pudo mirar a su hermana a los ojos, el dolor del pecho se lo impidió.

—Entonces, Alejandro, luego me enseñas esos correos. —Álvaro apuntó a Alejandro con el bolígrafo que acababa de sacar del bolsillo, y sacó una libreta. Apuntó que debía mirar los correos.

—Entendido.

—Ahora que todos habéis dado vuestras supuestas coartadas, quiero que habléis entre vosotros. —Todos se miraron desconcertados.

—¿Has dicho que hablemos entre nosotros? —preguntó Miguel.

—Sí.

—¿Para qué exactamente? —preguntó Pablo esta vez.

—Para ver a dónde llegan vuestras conjeturas.

—¿Ese no es tu trabajo? —Elena rechistó.

—Sí, y eso estoy haciendo, por eso estoy aquí de mediador. Ustedes se conocen mucho mejor de lo que yo los conozco a ustedes, así que me ha parecido una magnífica idea que empiecen a debatir y dar ideas de lo que ha podido pasar aquí en dos días —expuso.

—Mi policía *sexy*, qué listo es —dijo Lena por lo bajo a Lucía.

—¿Has dicho algo Lena?

—Que eres muy *sexy* y listo —dijo con las mejillas encendidas.

—No sé para qué pregunto. —Le sorprendió que Lena se pusiera roja. Sin duda, pillarla diciendo aquello y la conversación pasada había cambiado algo.

Los vecinos se callaron, parecían cohibidos ante la situación que tenían delante, eso sorprendió a Álvaro. Todos los días estaban hablando, como cotorras, y ahora se callaban.

—Don Carlos, dueño de este piso, murió hace dos días en el piso de Doña Sara por un apuñalamiento en la espalda, sospecho que Carlos tenía relación con el asesino porque se sentía a gusto, no sospechó en ningún momento de que esa persona le fuera a atacar, por eso le dio la espalda. —Todos miraron a Álvaro—. Las cámaras que tenemos a disposición nos han dejado claro que nadie externo entró al edificio en el rango del asesinato, excepto una, que no está aquí,

y está siendo investigada por mi compañero, por privacidad, y no tiene pinta de que fuera porque tiene cierta coartada que nos encaja en cierta medida. —Los vecinos se miraron sin entender—. En resumidas cuentas, el asesino o asesinos, está o están o estaban aquí. Porque Don José murió aquí anoche, y una teoría que circula es la de que él podría ser el primer asesino y podría ser una venganza, con un nuevo asesino, ¿verdad? —Los miró a todos.

—Yo creo que solo hay un asesino y está intentando despistarnos a todos —dijo Lena.

—Pues yo sigo pensando que esto es cosa del trío de amigos, Carlos, José y Pedro —respondió Alejandro, indignado—. Perdón, Pedro. —Se giró a Pedro.

—Bueno, acabas de acusarme de matar a mis amigos o ¿de qué? —preguntó Pedro.

—La verdad, no lo sé —dijo Alejandro rascándose el mentón.

—Déjalo, no tiene ni idea de lo que dice —añadió Lena.

—A mí me suena todo muy raro. —María Dolores se frotaba las manos como si le diera miedo decir algo más, todos la miraron. —José era muy amigo de Carlos y Pedro, estaban siempre juntos, pero es evidente de que había dinero y, algo que no me quisieron contar, de por medio, y la cosa ha acabado con muertes, me da miedo acusar a alguien, pero Pedro siempre me ha parecido algo extraño.

—Genial, otra persona acusándome —expresó Pedro.

—Calma, solo estamos dejando caer opciones, vamos a dar más puntos de vista, no vamos a dar solo uno —dijo Lena.

—Por ejemplo, el de que Sara se encontró a José con una jeringuilla en el cuello, igual fue ella quien se la clavó al ver que era él el asesino de Carlos, y se vengó —dijo Pedro.

—Oye, no te cebes con mi mujer. —Elena se levantó del asiento.

—Siéntate, Elena, estamos comentando teorías —dijo Álvaro en tono calmado.

—A ver, sospechoso es, no vamos a negarlo —añadió Hanako.

—Ella es enfermera, no va matando gente, ayuda a la gente. —A Elena se le estaba hinchando una vena en la frente.

Sara no podía hablar, estaba tan agotada de tanto llorar que no podía ni luchar por su versión, ni por sus teorías. Estaba pensando que ella podría ser la asesina y haber olvidado todo. Sabía que había personas a las que les pasaba, que su cerebro borraba esa información por el trauma.

—Ya, pero Carlos era su amigo, y si vio a José en esa situación y pensó que era el asesino de Carlos, lo pudo matar —dijo Miguel.

—Y lleva siempre encima una jeringuilla de cien, no te jode.

—Es verdad que eso no cuadra mucho —añadió Lucía.

—Tendría que ir a casa, cogerla y volver —explicó Diego.

—Una pérdida de tiempo, José se habría ido corriendo. —Lena cogió un rizo y se lo enroscó en el dedo.

—No veo a mi hermana matando a nadie, ella se metió a enfermería para cuidar a la gente, no para hacer daño a nadie.

—La gente cambia cuando matan a sus seres queridos —dijo David—. Pero tampoco es que me cuadre mucho esta versión, creo que hay un asesino que nos está mareando a todos.

—Alguien que piensa como yo. —Lena se puso contenta al oírlo.

—En el primer asesinato no dejaron el cuchillo y en el segundo asesinato dejaron la jeringuilla, eso quiere decir que son dos asesinos —dijo Hanako.

—O quería que incriminaran a los dos enfermeros del edificio —dijo Lena.

—Bueno, ahora solo habrá una —dijo Sara.

Todos se giraron a Sara, sus primeras palabras y habían sido tan funestas.

—Sara, volveré cuando esté mejor, te lo prometo.

Sara levantó la vista y vio el rostro de su hermano, el cual intentaba mantener una sonrisa. No era una sonrisa del todo, porque él también estaba dolido, pero le valió por el momento.

—¿El arma del primer asesinato no ha aparecido? —preguntó David.

—No.

—Qué fuerte —respondió Lena.

Álvaro se quedó pensando en que tenía muy claras varias cosas con lo que estaban hablando los vecinos: Lena no era sospechosa y la quería en su equipo, Sara estaba destrozada, y alguien estaba jugando con ellos.

—Muy bien, señores.

Todos se giraron hacia Álvaro, el cual sacó la libreta y apuntó varias cosas mientras hacía un recuento de todo lo que había pasado durante la junta.

—Es hora de que esta junta acabe. Vamos a recoger las cosas con cuidado. Los vecinos más mayores pueden irse ya, pero quiero que se queden conmigo un momento: María Dolores, Pedro, Sara, Lena y Alejandro. Gracias.

Los vecinos más jóvenes ayudaron a recoger las sillas y el sillón de lectura. Los nombrados se

acercaron al Agente.

—Sara, tómate un respiro, ve a casa y descansa. Siento mucho por lo que estás pasando. Hablaremos cuando estés mejor —dijo Álvaro.

—Gracias —respondió en voz baja—. Te llamaré o lo que sea…

Sara cogió la mano de Elena y se marcharon al cuarto izquierda. El resto ya se había marchado prácticamente.

—Alejandro, ahora bajo a tu piso y me enseñas los correos. Ve tirando.

Alejandro asintió y salió.

—Lena. —La miró a los ojos, esta vez llevaba lentillas de color azul y purpurina de color rosa y violeta. Ella estaba algo preocupada—. Escucha, no pasa nada.

—Yo… lo siento de verdad. No quiero que te sientas como un cacho de carne, simplemente suelto esas cosas sin más…

—Entiendo que es tu forma de ser.

María Dolores los miró de reojo con cara pesar. Pedro fingió que miraba por la ventana.

—Pero no debería hacerlo si te molesta.

—Bueno, no importa, de verdad… Lena, sé que no lo haces con mala intención.

—Para nada, Álvaro. —Lena le cogió la mano y sonrió.

Álvaro sonrió y se perdió en los ojos falsos de Lena.

—Creo que eres un tío superinteligente, que necesita amigos chulos como yo y ayuda para romper ese bloque de hielo que te recubre —indicó Lena mientras movía el dedo índice a su alrededor.

Álvaro se quedó pillado con la confesión de Lena. Ella le dio un beso en la mejilla.

—Nos vemos, *Agente sexy*.

Álvaro no pudo ni pensar en que, realmente, iba a decirle que quería su ayuda en el caso. Cuando volvió en sí se giró a María Dolores.

—Señora Gracia, la acompaño en el sentimiento, de nuevo, estoy aquí para lo que necesite. Más tarde iré a su casa a buscar información sobre José.

—Por supuesto, ahí le estaré esperando. ¿Alguna preferencia en las tartas?

—No hace falta, señora Gracia.

—Insisto. —Su mirada fue tan fulminante que Álvaro tuvo que responder algo.

—Chocolate —respondió.

—Lo anoto, algo haré para usted. —Le puso la mano en el hombro.

—Espere María Dolores, bajo con usted en el ascensor —dijo Pedro.

—Claro, le espero —respondió María Dolores.

—Señor Gómez, no se desespere, sé que algunos vecinos le acusan, pero están asustados y algunas veces lanzan a cualquiera a los leones. Si resulta inocente no lo tenga en cuenta, son momentos difíciles.

—Me da absolutamente igual, Agente.

Álvaro no entendió por qué le daba igual. Pedro era un señor muy extraño, no habían empezado con buen pie y tenía pinta de que no iba a ser una relación que terminara tampoco con un “y comieron perdices”.

—¿Por qué?

—Porque estoy harto de todo ya.

—¿De qué?

—De la vida, de la gente, de todo.

—No diga eso, Pedro.

—No se meta en mi vida, ¿entiende?

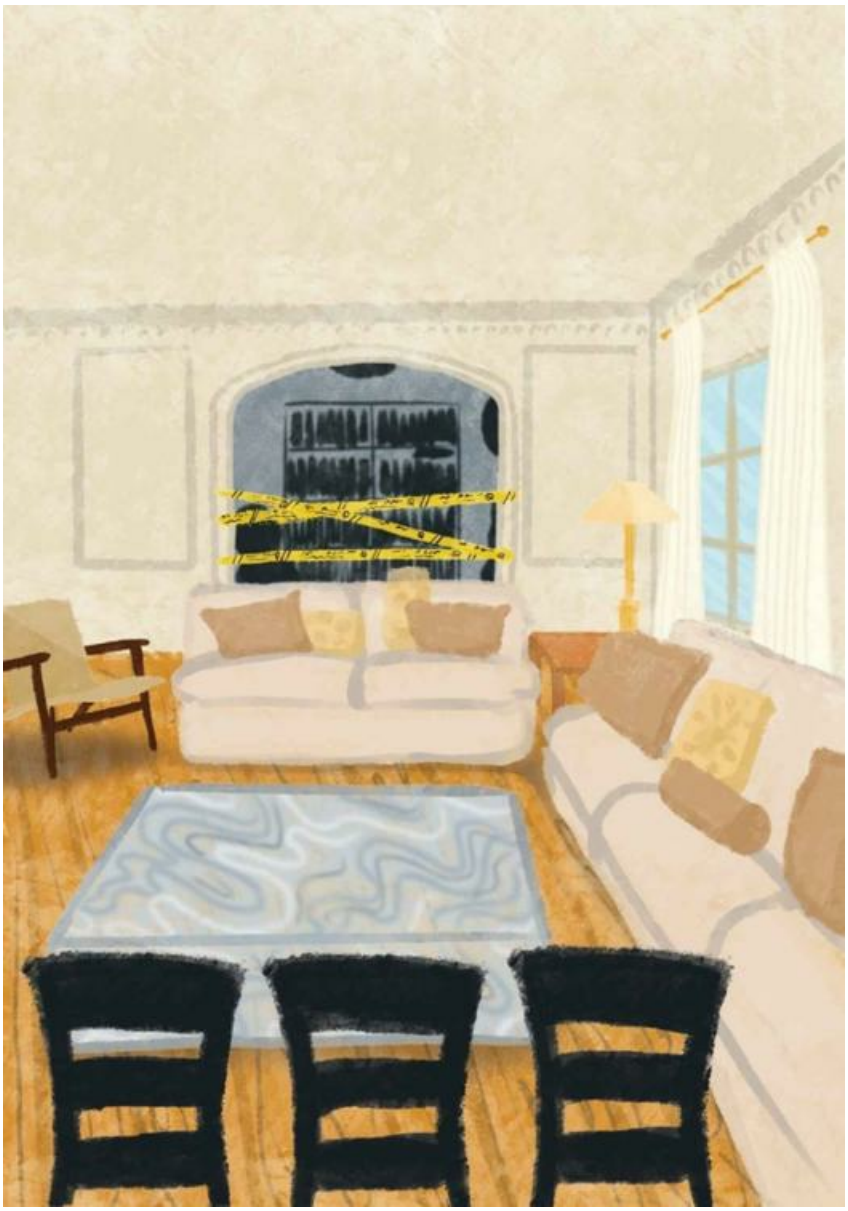
—Entiendo. —Lo observo completamente para ver que señales podía analizar de él.

—Adiós.

—Adiós. —Nada, solo un señor que se dejaba arrastrar por los días.

Álvaro pudo entender que Pedro estaba tan perdido como él, o igual lo estaba más. Sintió algo de pena por él.

Los dejó hablando mientras bajaba por las escaleras, raudo y veloz, al segundo derecha.



Capítulo 29. Catapum Chispum

Álvaro se sentó en la silla del escritorio y dejó que Alejandro escribiera la contraseña del portátil.

—Menudo monstruo tienes —dijo señalando el portátil.

—Me gusta jugar a videojuegos, pero como me muevo mucho y como no sabía si me iría de Erasmus me compré un portátil en vez de uno de sobremesa.

—Yo me quedé en el mundo de las consolas y cuando tengo algo de tiempo, o sea, nunca, la enciendo y me quedo dormido —comunicó Álvaro.

—No te veía jugando a videojuegos, pensaba que te pasarías el día en el gimnasio.

—Ya.

—Aquí los tienes. —Señaló el hilo de correos.

Álvaro pudo ver un montón de correos, comprendían los minutos del asesinato, así que Alejandro estaba descartado de la lista de sospechosos.

Los textos eran al principio largos y muy contundentes, pero al final eran simples frases que dejaban caer la desesperanza y la pérdida de fe.

—Veo que tu tutora y tú hablasteis largo y tendido.

—Es lo que tiene que vaya a perder a su mejor alumno, supongo.

—No te preocupes por tu hermana. —Miró a los ojos a Alejandro —. Está pasando por unos días malos y tanta información la está abrumando, supongo que para ti tampoco está siendo fácil, así que, estaría bien que subieras con ella y os dierais apoyo mutuo.

—Es complicado, ella quiere que esté con ella y yo necesito mi espacio.

—Tenéis que llegar a un acuerdo entonces.

—¿Cómo lo haces tú?

—¿El qué?

—Tú eres un tío frío y borde, y mi hermana se siente a gusto contigo, ¿cómo lo haces?

—No tengo ni idea… supongo que sigue pensando que soy la persona de hace años atrás.

—Y yo creo que tú sigues pensando que ella es la chica de años atrás.

—¿Por qué dices eso?

—He visto como la miras, Álvaro.

Álvaro pensó en estrangular al crío de los cojones.

—Ella es lesbiana, no es bisexual.

—¿Qué? —Álvaro sintió un bloque de diez toneladas aplastándolo de golpe.

—Hace años que nos lo contó. Un día en familia, en Navidad, vino y de golpe y porrazo nos soltó que era lesbiana y que si lo aceptábamos genial y si no pues…

—Solo le gustan las chicas…

—Sí, eso parece.

—Ya, además está casada. Yo no tenía oportunidad alguna, lo sabía.

Alejandro le puso la mano en el hombro y le dio unas palmaditas.

—Joder, estás rocoso, tío. —Álvaro no pudo evitar reírse. —¿Podrías enseñarme a entrenar?

—Claro, cuando quieras nos vamos al gimnasio. Te hará bien para la rehabilitación.

El *criajo* le estaba empezando a caer algo mejor ahora. Tenía sus mentiras, sus secretos y sus historias, pero era normal a su edad.

De repente se escuchó un ruido muy grande, la casa se movió y las cosas se cayeron de las estanterías. Alejandro y Álvaro se agacharon y se pusieron debajo del escritorio.

—¿Qué coño es esto? —preguntó Alejandro.

—Ya ha pasado, ha sido superrápido, muy seco —dijo Álvaro mientras se levantaba rápidamente.

Corrió a la entrada del piso y ya estaban todos los vecinos asomados, pegando gritos y preguntando qué había pasado.

Del ascensor salía muchísimo polvo por todos lados y se veía oscuro, no tenía luz. Olía muy raro. Pensó en que María Dolores y Pedro habían cogido el ascensor.

—¿María Dolores? ¿Pedro? —preguntó Álvaro con clara ansiedad en el tono.

—Estoy aquí, Agente, bajo ahora mismo.

María Dolores bajó y al segundo le preguntó por Pedro.

—Pedro me ha dicho que se iba a comprar la comida, cosas estas de chinos, ya sabe esos fideos asquerosos —comentó María Dolores.

—Entonces, ¿habéis usado el ascensor? —preguntó Álvaro rápidamente.

—Sí, pero hace ya un rato.

—Cuando lo habéis usado, ¿estaba bien?, ¿habéis notado algo raro?

—No, iba perfectamente. Cuando vuelva Pedro te dirá él, pero iba fino, como siempre, Agente.

Al segundo apareció Miel corriendo, lleno de polvo, con el rabo con el doble de tamaño del susto, camino al cuarto seguramente. Detrás iba Miguel.

—He abierto la puerta del garaje y ha salido escopeteado el pobre animal, estaba allí durmiendo.

—Vamos al garaje, ahí está el ascensor destrozado —añadió Pablo, que venía de allí.

Fueron al garaje todos los vecinos, para no faltar a la costumbre.

¿Cómo podía ser que todos los vecinos tuvieran fiesta en la misma fecha? La primera semana de agosto era lo que tenía.

Al acercarse a la zona ya se veían los coches llenos de polvo, las huellas de Miel, el rastro por donde había derrapado y al fondo, el ascensor hecho puré.

—Dios mío… —Hanako se llevó las manos al corazón.

—Menos mal que no había nadie dentro —dijo Alejandro.

—Está tan chafado que es imposible abrir la puerta. —Lena se acercó —. ¿A qué velocidad debía de ir?

—Muy alta —añadió Álvaro. —Voy a hacer una llamada, ahora vengo.

—Y pensar que podría haber estado dentro. —La voz de María Dolores se rompió.

Miguel abrazó a María Dolores con fuerza. Lena cogió y se fue fuera para alcanzar a Álvaro.

Sara y Elena estaban abrazadas en una esquina, su gato había sido testigo de otra tragedia. A este paso el pobre se les iba a morir de tanto estrés.

~

—Álvaro —dijo Lena.

—Sí, calle Mayor —levantó el dedo para que le diera un segundo mientras hablaba por teléfono— número 6, sí, otra vez. No, esta vez no. Muy bien. Entendido. —Colgó.

—Dime, Lena.

—Esto es muy extraño.

—Ya, si otra cosa no me dices.

—¿Dónde está Pedro? —preguntó Lena.

—María Dolores me ha dicho que se ha ido a hacer la compra.

Al segundo Álvaro activó su cerebro.

—¿Es una distracción? —dijo Álvaro.

—Puede ser. Sabe que estamos sospechando de él. Puede que esté huyendo ahora mismo. Voy a decirle a Sara que le llame. —Lena fue corriendo al garaje.

Capítulo 30. No contesta

—No contesta —dijo Sara.

—Qué raro.

Álvaro se rascó la barba, si había huido era un problema muy gordo, pero si se había ido a comprar y volvía, habría dado la voz de alarma para nada.

—Mierda, mierda, mierda y más mierda —dijo mientras daba círculos sobre sí mismo.

Sara y Lena se miraron sin saber qué decir, la situación era difícil, sin duda alguna.

—Vamos a esperar a que vengan por lo del ascensor y a ver si vuelve Pedro de la supuesta compra, si no vuelve tendremos que entrar a su casa —concluyó Álvaro.

—Muy bien, ¿qué crees que van a poder hacer con el ascensor? —preguntó Lena.

—Más bien poco, visto el estado en el que se encuentra, tardaran días hasta que puedan hacer “algo”. —Hizo un gesto de comillas al decirlo.

—¿Va a venir la policía? —preguntó esta vez Sara.

—Sí, el ascensor ha tenido que ser trucado. No es normal la velocidad que ha cogido, no podría haber quedado así de destrozado solo con caer por su propio peso.

—Entiendo —dijo Sara—. Debería ir a ver cómo está Miel, debe estar aterrado.

—La verdad es que siempre se encuentra en todas las situaciones intensas del edificio, el pobre debe haber perdido tres vidas ya —comentó Lena dándole la mano.

—Ve —dijo Álvaro moviendo la cabeza dirección hacia arriba —. Si llama Pedro, le dices que venga ante mí corriendo.

—Okey. —Sara subió corriendo mientras llamaba a Miel.

Se escuchó un maullido muy lejano y a Sara volviendo a llamarlo, al menos no se había escapado del edificio y estaba en la escalera.

—Lena, ¿podrías ser mi ayudante? —La cara de Lena se iluminó de golpe —. Sara estaba ayudándome, pero está agotada y…

Lena se lanzó a sus brazos y lo abrazó con fuerza.

—Claro que sí, ¿cómo iba a decir que no a una aventura tan deliciosa? —Su sonrisa iluminaba el rellano.

—Estoy empezando a arrepentirme de esta decisión —gruñó Álvaro.

—No seas arisco, *bloque de hielo*, ven aquí que te doy calor. —Lena le volvió a abrazar —. Vamos a cazar a ese *hijo de fruta*.

Álvaro se sentía ciertamente incómodo con los abrazos, pero Lena era una explosión de cariño y alegría, no iba a negarle toda esa pasión, aunque lo hizo con cierta indiferencia.

—¿Qué opinas de Pedro?

—Es un tipo raro, pero yo que sé, mírame —se señaló —no soy la más indicada para hablar: voy vestida de colores, llevo el pelo rosa, me maquillo con purpurina.

—Ya, digo que si hacía cosas extrañas.

—Estaba casi siempre en su piso, excepto cuando quedaba con Carlos y José, a veces los oía en el piso de Carlos. Ya sabes, cosas de tíos. —Lena pestañeó esperando que Álvaro entendiera lo que decía.

—¿Qué cosas?

—Fútbol, Formula 1, pesca, yo que sé.

—¿Eso no pueden hacerlo también las mujeres?

—Sí, pero ya sabes, los hombres de esa edad están cortados por un mismo patrón, casi siempre hacen esas cosas, ya sabes.

—Mi padre no hace eso.

—¿No?

—No, y sus amigos tampoco, y conozco hombres que tampoco.

—Curioso, entonces he pecado de prejuicio.

—Un poco.

—Perdóneme, señor *Agente sexy*.

—Te perdono si dejas de llamarme así.

—¿Cómo quieres que te llame?

—“Álvaro” está bien.

Álvaro sintió que no tenía que explicar a nadie porque debían llamarle por su nombre, pero Lena era un caso especial. Nunca había visto a una chica así de alocada y estrambótica.

—Me gustaba más *Agente sexy*, la verdad. —Puso cara triste —. Pero haré el esfuerzo. —Sonrió de pronto.

—La cosa es que Pedro es programador, ¿no?

—Correcto, de hecho, lleva muchas cosas de las empresas de la gente que vive en la comunidad, incluida la librería donde trabajo. Es un crack en lo suyo —explicó Lena.

—¿Jamás hizo cosas raras? En estos días, ¿hubo cambio de hábitos?

—No, él seguía encerrado en su casa.

Al momento llegaron los compañeros de Álvaro y los bomberos, este dejó a Lena sola y se puso a hablar de lo que había sucedido.

—Tengo sospechas de que han tocado el cableado para trucar el ascensor, ha caído a gran velocidad. Es importante que me lo confirméis cuanto antes para que pueda actuar y verificar si el sospechoso se ha fugado.

—Entendido —dijo uno de los compañeros—. ¿Dónde está la caja del ascensor?

—Lena, ¿dónde se encuentran las cosas del ascensor? —preguntó Álvaro.

—En la azotea —respondió rápidamente mientras señalaba hacia arriba.

—Quédate aquí por si vuelve Pedro, yo subo con el compañero, ¿vale?

—Vale. —Le guiñó un ojo.

Álvaro y el compañero subieron rápidamente, mientras el resto del equipo iba hacia el garaje donde se encontraba el ascensor destrozado. La puerta de la azotea también estaba abierta, no tenía llave y era blanda, supuso Álvaro que lo hacían para que Miel pudiera recorrer el bloque sin problemas.

El compañero eléctrico se puso a comprobar el cableado y nada más abrirlo se pudo oír como decía:

—Esto es una obra de arte.

—¿Perdona?

—Quien ha hecho esto, sabía lo que hacía, Pérez.

—No me jodas, Cristóbal.

—Si pensabas que esto podía ser una distracción, está claro que lo es.

—Voy a dar la voz de alarma, ese hijo de puta no se me va a escapar, ya te lo digo yo. —Cogió rápidamente el móvil—. Martínez, busca y captura para el señor Pedro Gómez, ya mismo. Ah, y voy a entrar en su casa, me da igual lo que me digas—. Colgó el móvil.

—Pérez, te va a caer una gorda.

—Que les jodan, me voy abajo —dijo y se fue cabreado hacia la puerta.

Al salir y bajar al cuarto, Sara apareció al oírlo, llevaba a Miel en brazos, estaba lleno de polvo, pero más tranquilo.

—¿Qué pasa?

—Es Pedro —dijo Álvaro mientras seguía bajando las escaleras.

Capítulo 31. Bajo derecha

Miguel sentía la dura mirada en su espalda, la mirada del Agente cabreado y rabioso.

—Señor García, más rápido, por favor —exigió Álvaro.

—Voy, por Dios.

Rebuscó entre las llaves del cajón con nervios y al final apareció la del bajo derecha, las de Pedro. Se las entregó a Álvaro, el cual se las quitó rápidamente y se fue corriendo.

En la entrada del piso ya había varios policías armados listos para entrar. Conocían la distribución del piso, era prácticamente igual en todos los pisos de ese bloque. Cuatro irían al lado derecho, de esos cuatro, dos irían a la cocina y dos al salón comedor. Seis irían a la izquierda y se distribuirían en las habitaciones y baños.

Entraron rápidamente y confirmaron que Pedro no se hallaba en la vivienda, había dejado el móvil en el salón, estaba en vibración, y tenía contraseña. Lo cogieron al segundo y se pusieron manos a la obra para intentar desbloquearlo.

Empezaron a buscar cualquier pista en la vivienda, cualquier cosa que dijera adonde podía haber ido, lo primero que encendieron fue su ordenador, pero tenía bastante protección. Tendrían que esperar al informático.

Álvaro se paró en seco a pensar sobre lo que estaba sucediendo, miró por la ventana. Había tenido a Pedro a un palmo hacía unos minutos, podría haberlo detenido ahí mismo. Los vecinos lo habían dicho en sus teorías, aunque eran algo ambiguas, al final habían sido reales. Pero quería saber los motivos, quería llegar al fondo del asunto.

¿Por qué Pedro había matado a sus amigos? ¿Por qué no había cogido el dinero? ¿Había más dinero en aquel cajón? ¿Por qué huía ahora y no antes? ¿Por qué el numerito del ascensor?

—Pérez. —Álvaro se giró —. Tienes que ver esto.

Álvaro fue hacia la que era la habitación de Pedro, al entrar pudo ver algo que encajó al segundo. El cuchillo del primer asesinato.

—Por los centímetros, podría ser el arma del primer asesinato, pero lo vamos a mandar a analizar.

—¿Dónde estaba? —preguntó Álvaro.

—Debajo de la cama. —Indicó el compañero —. Envuelta en este trapo de la cocina.

—Parece que tienes a tu asesino, Pérez.

—Ahora tiene que aparecer.

—¿Ha huido? —preguntó.

—El numerito del ascensor lo ha hecho él, para darle tiempo a escapar, por lo visto le ha salido algo bien la jugada.

—Seguro que lo pillamos, no puede ir muy lejos. —El compañero metió el cuchillo en una bolsa de plástico.

—Cuando lo tenga delante, se va a enterar.

—No tengo ninguna duda —dijo mientras se reía. Salió de la habitación para llevarse el cuchillo a comisaría y Álvaro observó la habitación.

Era una habitación normal, sin mucho detalle, con sus dos mesillas y encima de ellas unas lámparas de Mario Bros. En las paredes había cuadros de Star Wars, de El señor de los Anillos y de Regreso al Futuro.

—Lo están buscando ya, ¿vale? —dijo un compañero por la espalda.

—Entendido —respondió Álvaro—. ¿Habéis encontrado algo más?

—De momento nada. Estamos esperando al informático, es lo malo de encontrarnos con una persona que trabaja con ordenadores, que sabe bloquear el suyo muy bien —dijo en tono serio.

Álvaro se agachó y miró donde habían encontrado el cuchillo, había un montón de cajas de consolas y aparatos, todos para cuando se acabara la garantía, supuso. Un buen escondite.

Sin duda, Pedro había sido muy sospechoso desde el principio, no les había dejado entrar, su forma de hablar, su forma de actuar y su manera de ver la vida.

Martínez apareció en la habitación y dijo:

—Alvarito, al parecer has encontrado al asesino de la calle Mayor.

—Aún no, debemos cogerlo antes y podremos respirar tranquilos, Martínez.

—En nada lo tendremos entre rejas, no te preocupes —se rascó el pelo —en nada estará entre rejas y…

—Dime una cosa —le interrumpió.

—Claro.

—¿Los programadores saben algo de ascensores, cableado y tal? —preguntó dubitativo.

—Supongo que hay similitudes, ¿no? Alguna cosa sabría el chaval. Además, si se pegaba todo el día en el ordenador, habría buscado en internet o en la Deep web o cosas del palo —respondió Martínez.

—¿Estaba Lena fuera?

—¿La chica llamativa que babea cada vez que pasa un agente o una agente? Sí.

—Tiene una mente muy despierta y es de gran ayuda, a pesar de ser tan llamativa, como dices —indicó Álvaro.

—Quien lo diría.

—No juzgues, Martínez. —Pudo ver como se ponía algo rojo.

—Lo siento. Aunque tienes que admitir que Pedro sí es el típico clásico friki de manual.

Se quedaron observando la habitación y pensaron en el resto de la casa. Estaba toda decorada con merchandising de videojuegos, películas y series.

—Un poco sí.

Salieron al rellano los dos juntos, mientras Álvaro le indicaba que él debía seguir la investigación desde comisaría y él continuaría desde el bloque, como habían hecho desde el principio.

—En cuanto aparezca Pedro, quiero que me llames directamente a mí.

—Entendido, tío. —Le dio una palmada en la espalda y salió del edificio.

Lena estaba extasiada con la situación, los vecinos estaban de fondo observando con cautela.

—Señor Agente, ¿es verdad que Pedro es el asesino de mi querido marido? —dijo María Dolores con lágrimas en los ojos.

—Todo apunta a que así es, pero de momento estamos esperando a que las pruebas que tenemos digan que es correcto —aclaró Álvaro—. Lo siento, María Dolores.

—Ese malnacido ha bajado tan pancho conmigo en el ascensor, ¿sabe? —María Dolores se derrumbó y tuvo que cogerla Miguel—. Maldito. Mi pobre José. ¿Qué haré yo sin él?

—María Dolores, agárrese, por favor —pidió Miguel.

David fue en su ayuda para poder incorporar a María Dolores, que seguía afligida, con el cuerpo sin fuerzas para continuar. Lloraba y se lamentaba por la pérdida, su dolor se sintió en el pecho de todos los vecinos. Empezó a respirar muy rápido y sin control.

—Tome una bolsa para respirar, Doña María Dolores. —Se acercó Sara, mientras la ayudaba a sentarse en un escalón.

—Pobre mujer, ha sufrido mucho estos días —dijo Lena.

—Sí, mucha gente está sufriendo estos días. —Miró a todos los vecinos con pesar, sus historias, sus mochilas llenas de piedras. Todos tenían algo.

—La verdad es que Sara parece haber envejecido diez años, la noticia de su hermano la ha reventado —añadió.

—Alejandro tiene su vida y Sara tiene que aceptar que ya no es un niño pequeño, le cuesta —comentó.

—¿Pensaste que había sido ella? —preguntó Lena mirándolo a los ojos con entendimiento.

—Durante unos segundos, sí, y se lo dije, fui un capullo.

—Es tu trabajo, machote. —Apoyó la cabeza en su brazo.

Álvaro hizo unos movimientos rápidos con el brazo para que Lena se quitara y esta se rio al saber que eso le molestaba.

—*Bloque de hielo*.

—*Llama de fuego ardiente*.

Cuando María Dolores se calmó, Sara la acompañó a su casa junto con Álvaro y Lena.

—María Dolores, ¿quiere que llamemos a alguien? —preguntó Sara.

—Mis hijos no están en el país, han cogido vuelos para hoy y mañana, el mayor llegará hoy por la noche. No os preocupéis.

—Puedo ponerle un Agente en la puerta, si usted quiere.

—No hará falta, tranquilo. —Le dio la mano.

Capítulo 32. Pasado por polvo

Estaban en el rellano del tercero, habían dejado a María Dolores en el sofá viendo tertulias.

Allí, en aquel momento, Sara parecía un muerto viviente, Lena una explosión de energía y Álvaro una mezcla de rabia y tensión.

—Estoy muy cansada, chicos —comentó Sara.

—Deberías ir a descansar un poco, chocho. —Lena le besó la mejilla.

—Al menos ya sabemos quién ha sido. —Suspiró—. Podré dormir un poco al saber que ya no soy sospechosa.

—Lo siento mucho, Sara —dijo Álvaro.

—No pasa nada —respondió Sara sin mucho interés—. ¿Vas a quedarte por aquí más rato?

—Sí, voy a quedarme en el piso de Pedro con el informático y Lena. —La señaló.

—Vale, muy bien. Si quieres bajo más tarde, cuando haya dormido un poco…

—Claro, Sara. Allí te esperamos —Lena miró a Álvaro — ¿verdad?

—Por supuesto.

Sara subió al piso de arriba, entró en casa y suspiró. Por fin estaba algo más tranquila. Cuando alzó la vista vio a Elena y a su hermano. Este se acercó a ella y la abrazó con mucha fuerza.

—Lo siento, te quiero mucho.

Sara rompió a llorar mientras un polvoriento Miel ronroneaba cerca de ellos.

—Quizá deberíamos volver a bañar al pobrecito —indicó Elena.

—Nos va a odiar —añadió Sara mientras se sorbía las lágrimas y sonreía.

—Él se lo ha buscado, por estar donde no debía. —Elena lo cogió en brazos.

—Miel, no puedes estar en esta clase de situaciones o no durarás ni dos telediarios, pequeñín. —Alejandro le quitó algo del polvo que tenía al acariciarlo. Miel maulló en desacuerdo.

Mientras todos iban camino al cuarto de baño donde se encontraba la bañera, Alejandro dijo lo que todos estaban deseando hablar:

—No puedo creer que fuera Pedro.

—Era raro, pero jamás lo vi como un asesino —explicó Sara—. Lo veía todos los meses cuando hablábamos de la mensualidad del piso y nos tomábamos un café, siempre fue muy cordial.

—El dinero cambia a la gente, Sara —añadió Elena.

Sara abrió el grifo y empezó a caer agua templada en la bañera, puso una toalla en el fondo para que Miel no se resbalara cuando lo metieran y dejó que se llenara un poco.

—Sara, ¿por qué no duermes media hora mientras limpiamos a Miel? —dijo Alejandro cerrando el grifo y cogiendo el champú especial de gatos.

Sara se lo pensó durante un momento, pero finalmente asintió. Estaba realmente cansada y esa minisiesta es justo lo que necesitaba para recuperar algo de fuerzas.

—Solo media hora y me despertáis, ¿entendido?

—Entendido. —Alejandro le guiñó el ojo a Sara, mientras Elena le quitaba el polvo a Miel con una toalla antes de meterlo en la bañera.

Sara se fue a la cama y en cuanto entro en contacto con ella se quedó dormida.

~

¿Cuánto había pasado? ¿Cuánto había dormido? ¿Qué hora era? Sara miró el reloj y vio que eran las seis de la tarde. Media hora, los cojones. Iba a matar a su familia por dejarla dormir tanto rato.

Se levantó y, a pesar de haber dormido tanto, notó que aún estaba cansada. Fue al salón y allí estaban los dos piratas mentirosos viendo una película juntos.

—Así que media hora —señaló Sara. Levantó el móvil y mostró la hora.

—Necesitabas dormir y nos parecía mal. —Elena sonrió con picardía. Alejandro hizo lo mismo después.

—¿Se sabe algo del caso?

—Ni idea, no hemos preguntado.

—Que poca curiosidad, ¿sois de esta comunidad de vecinos?, ¿tenéis fiebre? —Sara se acercó a tocar ambas frentes con sus manos.

—Si Álvaro no dice nada, suponemos que no lo han cogido. Además, Lena ya habría corrido

la voz, me habría mandado un WhatsApp —indicó Alejandro.

—Tienes razón —afirmó.

—¿Miel se ha portado bien?

—Estupendamente, míralo —señaló Elena hacia donde estaba el árbol rascador donde estaba durmiendo —, está ahora descansado.

Alejandro paró la película y se colocó mejor en el sofá.

—Tengo que contaros una cosa, es bastante importante. —Su tono era bastante serio.

Sara se preocupó bastante en ese momento, más secretos la iban a matar.

—Es sobre la persona que estaba conmigo el día del primer asesinato —añadió Alejandro.

—La misteriosa persona —recalcó Sara.

—No podía hablar de esa persona porque su trabajo estaba en peligro.

—¿Por qué? No entendemos, Ale —dijo Elena.

Sara se sentó en el sofá junto con ellos dos y esperó a que Alejandro continuara la historia que tenía pinta de que iba a ser algo turbia.

—Este año empecé segundo, tenía Enfermería Clínica y bueno, pasaron ciertas cosas en esa asignatura.

—Sí, sacaste matrícula de honor —elogió Sara.

—Aparte de eso.

—¿Más que sacar matrícula de honor? —Elena entornó los ojos —. ¡Ay! Sara, que el niño se ha acostado con el profesor.

—¿Qué? —gritó Sara.

—Míralo, tiene toda la pinta —dijo Elena señalándolo de arriba hacia abajo todo el rato. Alejandro se puso rojo—. ¿Ves? Se pone rojo.

—¿Es eso verdad?

—Dejad que lo cuente todo, jolines, y es profesora.

—Por eso no podía contarlo, si pillaban a la chavala la podrían echar del trabajo y a él expulsarlo, Sara —intuyó Elena.

—Exactamente —confirmó Alejandro—, pero a Álvaro tuve que darle mi coartada, y Ana

también tuvo que dársela. Ana ha sido investigada por el Agente Martínez, fuera del círculo del bloque, para que nadie lo supiera. Álvaro se ha portado.

—Qué fuerte, ¿pero la matrícula de honor es por tu esfuerzo o por hacerle favores a la profe? —preguntó Elena con curiosidad.

—Por mi esfuerzo —respondió entornando los ojos—. No he tenido ayuda alguna.

—Estoy flipando, Alejandro —confesó Sara—. Agradecemos que hayas sacado fuerza para contárnoslo, sabemos que te cuesta mucho y lo valoramos. Te queremos y te apoyamos. —Sara le dio la mano.

—Gracias, tata.

—¿Seguís juntos? Entiendo que si ¿no? —preguntó Elena.

—Sí, estamos juntos, pero no lo sabe nadie.

—Claro, es un poco complicado aún, ¿por eso has dejado el grado?

—No, lo he dejado porque quiero centrarme en dejar esa estúpida droga y en mi salud mental —explicó.

—¿Vas en serio con ella? —Elena tenía muchas dudas.

—Sí.

—¿Qué edad tiene? —preguntó esta vez Sara.

—Tiene treinta y dos años.

—Doce años más que tú, Ale. —Sara se tumbó de golpe en el sofá y puso la cabeza en las piernas de Elena —. Menuda diferencia. Tiene mi edad.

—Eso no es problema para ninguno de los dos.

—¿Qué pasará cuando ella quiera hijos? Tú eres joven para eso, no tienes trabajo y acabas de dejar los estudios —indicó Elena.

—Eso es un poco precipitado, ¿no crees? Igual, ella no quiere ser madre o igual, quiere mucho más adelante o igual, no duramos ni dos años —objetó.

—Ya, estamos adelantando acontecimientos —dijo Sara mientras se masajeaba la cabeza—. Ya sabes que nosotras llevamos un tiempo intentando lo de ser madres y estamos frustradas.

—Lo sé, tata. Ya sabes que estoy aquí para apoyaros con eso.

—Gracias —dijeron a la vez las dos. Sara se tocó la zona del abdomen donde debería haber algo, pero no había.

—¿Cuándo es el siguiente intento? —preguntó Alejandro.

—Nuestro médico está de vacaciones hasta el día cinco, tenemos cita el día seis para el siguiente intento —Sara suspiró y se sentó de nuevo en el sofá —, a la tercera va la vencida. —Apretó el puño.

—A la tercera va la vencida —repitió Elena mientras ponía su mano en el puño.

—Voy a ser tío en nada, seguro —dijo Alejandro colocando su mano encima de la de Elena.

Capítulo 33. Consolas y ordenadores

—Aquí no hay nada, Pérez —dijo el informático.

—Joder.

—El tipo es bueno, no deja rastro de sus movimientos, ha borrado completamente todo —indicó el informático mientras señalaba la pantalla—. Encima menudo *set-up* tenía el cabrón. Esta habitación es una delicia para los *frikis* como yo.

Pedro había tirado el tabique que unían las dos habitaciones, con consentimiento de Sara, para hacer una habitación enorme. Allí había baldas llenas de consolas de varias generaciones, un escritorio alargado donde había un ordenador moderno con varias pantallas, otro ordenador antiguo, un equipo de sonido, un sofá donde acomodarse para jugar con las consolas más nuevas del mercado y luces de neón por todos lados.

—Ojalá haberlo tenido en mi equipo, porque se nota que sabía del tema —añadió.

—Excepto porque es un asesino —indicó Álvaro.

—Excepto por eso, claro.

—Es una pena —dijo Lena.

—¿Qué es una pena? —preguntó Álvaro.

—¿Qué va a pasar con todas estas cosas?

—Pues… de momento forman parte de la investigación, después irán al familiar más cercano o a la basura.

—Aquí hay miles y miles de euros, quizá haya hasta alguna cosa que valga mucho más de lo que parece. —Se acercó a varias consolas antiguas.

—¿Cómo dices? —preguntó Álvaro.

—Que hay consolas que valen muchísimo dinero, Pedro se dejó mucha pasta aquí —aseguró Lena.

Álvaro se fijó en la habitación. Era cierto, el valor de las cosas de la habitación era muy elevado.

—¿Cuánto podría valer este ordenador? —le preguntó al informático.

—¿Este *pepino*? —Lo miró —. Está hecho por el mismo, debió costarle unos seis mil euros tranquilamente.

—¡DIOS! —Álvaro no se había gastado ese dinero en un ordenador jamás.

—Y eso que se lo hizo él seguramente, por lo que la obra de mano se la ahorró —añadió.

El móvil de Álvaro empezó a sonar, se levantó de la silla llena de cojines que tenía Pedro para trabajar en el ordenador y contestó a Martínez:

—Dime Martínez, te pongo en altavoz para que te escuchemos todos.

—Álvaro, ya han analizado el cuchillo, coincide con el primer asesinato, estaba limpiado, pero quedaban unas pequeñas gotas de sangre incrustadas en las juntas —Álvaro empezó a dar vueltas por la habitación—, la sangre es de Carlos, y los centímetros coinciden con la herida.

—Entonces tenemos el arma —añadió Lena.

—Correcto, pero no tenemos aún a Pedro —destacó Martínez.

—¿Cómo es posible que aún no haya aparecido? —preguntó Álvaro—. ¿Tiene la capacidad de hacerse invisible?

—Eso quería comentar. —Hubo un silencio breve, pero intenso, y Martínez continuó preguntando—: Lena, ¿Hay alguna manera de salir del edificio que no sea la entrada principal?

Lena se quedó pensando durante unos segundos, no conocía ninguna manera.

—No que yo sepa.

—Quizá usó el alcantarillado o la azotea —agregó el informático.

Los dos se giraron rápidamente hacia el informático y se les iluminó la cara.

—Es una opción, porque en las cámaras no sale. Él sabía lo de las cámaras y debió de ir por alguna de las dos maneras —dijo Martínez.

—Martínez, continúa desde ahí, vamos a ver que encontramos, avísanos si sabes algo más, te llamamos en cuanto sepamos algo. —Álvaro cortó la llamada.

—Aquí no veo nada que lo incrimine, solo hay trabajo y cosas de ocio, videojuegos y poca cosa más, no hay búsquedas extrañas —comentó el informático.

—Es bueno, supongo que supo borrar las cosas, tendría que buscar como matar inyectando aire con la jeringuilla, ¿podrías mirar si puedes encontrarlo? —preguntó Álvaro.

—Lo intentaré —respondió—. Id a mirar lo de la azotea y el alcantarillado mientras.

Álvaro asintió y cogió sus cosas. Lena dejó de mirar las consolas y se puso en marcha.

—Hasta luego, buen señor, nos vemos luego. —Se despidió con la mano. El informático sonrió.

Salieron de la casa de Pedro y pusieron rumbo al rellano, el cual estaba sospechosamente vacío. La paz los abrazaba por una vez. Álvaro agradeció estar tan tranquilo por fin.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Lena.

—Alcantarillado. Veamos que tenemos cerca y si es factible —dijo Álvaro.

—Perfecto, *corazoncito de melón*.

Álvaro se la quedó mirando.

—¿Qué? —preguntó Lena.

—¿Otro mote más?

—¿Tampoco te gusta este? No te gusta ninguno, hijo, que rancio.

—Por favor, soy policía, tienes que entender que…

—¿Qué tiene que ver que seas policía con que te ponga un mote cariñoso? —Le cortó—. Eres mi amigo ¿no? —Lena ladeó la cabeza.

¿Amigo? Álvaro se quedó parado. No solía tener amigos, era una persona muy solitaria, nunca tenía tiempo para hacer amistades y menos para cuidarlas. No caía bien, como norma general, y las únicas personas con las que compartía momentos eran sus compañeros de trabajo. Oír la palabra “amigo” sonaba extraño en los labios de otra persona.

—Está bien, pero que sea un poco más digno. Ni *corazón*, ni *sexy*, ni nada que denigre, por favor —exigió.

—Lo tendré en cuenta, pero no sé si te haré caso.

—No sé por qué lo intento —añadió Álvaro mientras se encaminaba hacia el portal que, como siempre, estaba abierto—. Por cierto, no entiendo por qué tenéis abierto el maldito portal.

—Porque tenemos portero.

—Pero el portero no está trabajando ahora mismo. —Miró el reloj.

—Ya, le hemos echado la bronca alguna vez porque se olvida de cerrar cuando no está en su jornada laboral, pero ya nos da igual —indicó Lena.

Salieron del portal y buscaron alcantarillas cercanas al edificio, encontraron dos que podían

ser candidatas perfectas para una huida porque no estaban en el alcance de las cámaras.

Se acercaron a la que estaba a la izquierda del edificio, la levantó Álvaro y pudieron ver que era imposible que se hubiera metido por allí, era muy estrecho y angosto, además parecía algo atascada al final.

—No tiene pinta —dijo Lena.

—Aquí no, está claro.

Luego fueron a la que estaba a la derecha del edificio, y volvieron a hacer lo mismo. Esta alcantarilla estaba más despejada y Álvaro bajó por las escaleras. Sacó su linterna y observó la situación.

Había miles de hojas por todos lados, ramas y basura. Olía fatal y se arrepentía de haber bajado sin una mascarilla, ansió tener una como en la pandemia. Al momento se dio cuenta de que nadie había pasado por allí, no había rastros que indicaran movimiento alguno, como mucho de ratas.

Si un señor tan entrado en carnes como Pedro hubiera bajado ahí habría dejado un rastro muy marcado, habría ramas y hojas muy movidas, se vería claramente, pero todo parecía en calma.

Las alcantarillas estaban descartadas, solo quedaba la azotea.

Capítulo 34. Azotea

—Hueles fatal —protestó Lena.

—Es lo que tiene bajar ahí abajo —gruñó él.

—¿Has encontrado algo?

—No ha huido por las alcantarillas.

—Entonces…

—Subimos a la azotea a ver que encontramos —añadió Álvaro.

Álvaro guardó la linterna e intentó limpiarse un poco la ropa, pero solo era un poco de suciedad, había estado en situaciones peores.

Se encaminaron hacia el portal de nuevo y durante un segundo Lena se paró, y miró enfrente.

—Oye…

—Sí, me voy a duchar en cuanto pueda, Lena.

—No, no es eso. —Señaló el edificio de enfrente, las oficinas—. En ese edificio siempre hay gente fumando en la azotea a todas horas. Igual vieron algo.

—¿Siempre? ¿Tanta gente decide matarse con el tabaco en esas oficinas?

—El trabajo de oficina es terrible y tienen turnos para salir a fumar, siempre hay alguien en la azotea fumando.

—Ves, eres una compañera fantástica. —Álvaro sonrió.

—¿Estás sonriendo o el olor a alcantarilla me está afectando tanto al cerebro que veo cosas que no son, *policía sexy*?

Álvaro volvió a su estado de neutralidad total al segundo.

—Vamos a la azotea primero, luego iremos a las oficinas.

—Las oficinas ya deben estar cerradas. —Miró el móvil rápidamente, eran las diez menos cuarto. Las oficinas cerraban a las diez—. Bueno, cierran en quince minutos.

—Con este sol parece que sea más temprano, joder. —Miró al cielo—. Me faltan horas en el día.

Entraron al portal y se encontraron con Sara que salía del piso de Pedro.

—Justo tu compañero me ha dicho que estabais fuera, iba a buscaros. —Sara tenía otro rostro, estaba descansada.

—¡Sara! —Lena la abrazó con fuerza—. Se te ve renovada. Has rejuvenecido diez años.

—Se han arreglado algunas cosas y he podido dormir. —Sonrió.

—Me alegro —dijo Álvaro.

—Íbamos a subir a la azotea. —Señaló hacia arriba, Sara puso cara de amargura al pensar que acababa de bajar del cuarto y ahora debía subir de nuevo—. Pensamos que podría haber escapado por allí, acabamos de descartar las alcantarillas. Si ves que este —señaló a Álvaro— huele mal, es porque precisamente ha bajado a las alcantarillas.

Sara puso cara de asco, no se imaginaba a Álvaro bajando a un lugar tan asqueroso y sucio. Solo de pensar en lo que podría haber ahí abajo le ponía los pelos de punta.

—Mañana iré a las oficinas, podrían haber visto algo —añadió Álvaro.

—Buena idea —confirmó Sara—. Subamos entonces.

~

—No me había fijado en que tenemos una buena azotea, la verdad —opinó Lena.

—Miel viene aquí a tomar el sol muchas veces.

Álvaro empezó a investigar la zona, observó que la distancia al edificio de al lado no era muy grande, un metro, pero para Pedro podría ser un problema. Había comentado que tenía mal las rodillas. Buscó una tabla, una escalera o algo que pudiera hacerle pasar a la azotea contigua. No encontró nada. Supuso que, si había pasado, debía encontrarse en el otro edificio, escondida. Valoró si saltar para encontrarla, pero el sol ya se estaba marchando y solo le daría problemas. La investigación debía continuar mañana.

—Chicas, mañana continuamos, hoy ya es tarde.

—Y tú hueles a culo de mono —criticó Lena.

—Ya, ya, ya.

Sara rompió a reír como una loca, la siguió Lena al segundo y Álvaro tuvo ganas de acompañarlas, pero se contuvo. Simplemente, negó con la cabeza y salió de la azotea.

Álvaro pensó en la facilidad que tenía Lena para formar amistades y en la dificultad que tenía él. Como ella había formado un vínculo tan rápido y lo había atrapado, él jamás había podido hacer algo así.

—Espera —dijo Lena detrás de él. Álvaro se giró.

—¿Qué pasa?

—¿No te despides? —preguntó Lena con duda en el rostro. Se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Descansa, *poli sexy*.

—Descansa, Lena. —La miró a los ojos, a las lentillas de color azul, y sintió un pinchazo, una conexión.

—Descansa, Álvaro —dijo Sara, que llegaba de la azotea.

—Igualmente, Sara.

Álvaro bajo las escaleras con el corazón en un puño. La palabra amistad, o algo más, revoloteaba en su cabeza mientras entraba en la casa de Pedro. El informático ya no estaba.

Su trabajo por hoy había acabado entonces.

Hoy no se tomaría una ducha, hoy se tomaría un merecido baño con velas y música relajante. Hoy sería como las chicas que suben fotos bonitas en las redes sociales de sus baños: vino blanco, un libro, música, sales de baño y velas.

Los hombres también tienen derecho a cuidarse, ¿no? Pues que le jodan a todo, pensó Álvaro.

Cogió el coche y se dirigió a su solitaria casa en las afueras, donde esperaba poder descansar un poco ahora que ya sabían quién era el asesino. Solo quedaba atraparlo.

Aunque su cabeza no tardó en empezar a funcionar a mil por hora.

~

—¿Te gusta Álvaro? —preguntó Sara con cara de pilla.

—A mí me gusta todo el mundo, chica.

—Ya sabes a qué me refiero, Lena —dijo Sara.

—Realmente no lo sé, está bueno y todo lo que quieras, pero es un *bollito* que está perdido y necesita cariño —respondió Lena mientras fingía que acunaba un bebé.

—Qué estúpida que eres. —Sara se rio.

—Creo que es un amigo que necesita ayuda para salir del pozo en el que está metido. —Lena abrió los brazos fingiendo dibujar un pozo y señaló dentro de este.

—La verdad es que lo veo diferente, antes no era así, pero este trabajo debe haberle marcado mucho —opinó Sara.

—Los *polis* ven cosas turbias, Sarita, nuestro *poli sexy* habrá visto muchos muertos, mentirosos, ladrones, drogadictos y demás situaciones que no imaginamos —dijo Lena.

Las dos se encontraban en el rellano del cuarto, donde las había dejado Álvaro, llevaban un rato hablando sobre las cosas que habían pasado ese día.

—Debería ir a descansar, tía, llevo muy pocas horas de sueño…

—Claro, Lena, descansa. —Sara la abrazó—. Hasta mañana.

Capítulo 35. Las oficinas

El sonido del móvil despertó a Álvaro, no era el despertador, era una llamada de Martínez. Aún adormilado intentó encontrar el móvil en la mesita, cuando consiguió encontrarlo paró de sonar, al segundo volvió otra vez a sonar. Lo arrancó del cargador y cogió la llamada.

—Dime. —Su voz sonaba a recién levantado.

Poco a poco Álvaro se fue despertando al oír lo que Martínez le decía. Se levantó de golpe, mientras iba a la cocina y empezaba a preparar un café.

—¿Qué coño me estás contando?

Álvaro terminó de hacer el café y decidió que ese día iba a tomar una taza bien grande solo porque el día iba a ser largo y duro.

—Ahora mismo iré a las oficinas, voy a zarandear a esos oficinistas adictos a la nicotina y voy contigo a comisaría.

Bebió el café con cuidado, estaba ardiendo, pero necesitaba ir más rápido. Debía darse una ducha fría para despertarse aún más.

—Me ducho y salgo. Nos vemos. —Colgó el teléfono.



Escribió un WhatsApp a Sara y Lena:

Dejó la taza con el café negro en la mesita de noche y se metió en el baño, se quitó el calzoncillo y se metió rápidamente en la ducha. No podía perder ni un segundo valioso del día. Si la información de Martínez era real, tenían al asesino al alcance de la mano.

~

Cuando llegó a las oficinas vestido de policía, algo que no le gustaba hacer, pero que sabía que imponía más, todos pararon de trabajar. Los teclados agitados ahora eran un pequeño sonido esporádico.

—Necesito saber los horarios de salidas de fumar en la azotea —dijo.

—Está en ese panel de allí —comentó el jefe de sección, acercándose con él.

—Necesito saber si alguien vio algo raro ayer en la azotea del edificio de enfrente, necesito a las personas que estuvieron ayer entre estos horarios. —Indicó los horarios.

—Ahora mismo los aviso, tienen los mismos turnos esta semana —dijo el jefe de sección.

Mientras Álvaro esperaba, observó cómo se veía el edificio que tanto mal le había estado dando. El típico edificio español de ladrillo rojo anaranjado, con todas las ventanas de color blanco y persianas a juego.

La diferencia la hacía las cortinas, cada piso tenía unas diferentes, señal de quién vivía allí. Sonrió al poder distinguir cada casa: 4º derecha: cortinas blancas lisas, 4º izquierda: cortinas de diferentes tonos de gris a rayas, 3º derecha: la bandera del orgullo, 3º izquierda: cortinas de dibujos clásicos de señora, 2º derecha: cortinas negras, 2º izquierda: cortinas amarillas, 1º derecha: unos paneles estilo oriental con motivos florales, 1ºizquierda: cortinas blancas, bajo izquierda: cortinas lisas color crema y bajo derecha: cortinas negras.

Cada casa tenía la esencia de cada familia.

—He reunido a las personas en la salita del fondo, acompáñeme, Agente.

—Gracias.

Fueron a la salita del fondo, allí estaban unas veinte personas. ¿Cuántas personas fumaban? Qué horror.

Álvaro cerró la puerta y los miró a todos, vio en sus caras que no entendían qué pasaba.

—Soy el Agente Pérez, vengo por una investigación en el edificio de enfrente. Me gustaría saber si vieron algo extraño ayer en la azotea a la hora en la que estaban fumando.

Todos se miraron dubitativos y al momento recordaron lo de las muertes que habían sucedido.

—¿Ha muerto alguien más? —preguntó una chica que estaba al fondo.

—No, ayer trucaron el ascensor y por eso os pregunto si visteis a alguien extraño por la azotea, quizá huyendo de la escena del crimen.

—Nosotros vimos algo —dijo un chico de unos veinte años.

Álvaro se giró rápidamente al grupo.

—¿Qué visteis?

—Vimos a alguien en la azotea mientras fumábamos, estábamos tomándonos unas fotos. —Lo miró—. Ya sabes, para Instagram.

Maldito Instagram.

—Y vimos que salía de fondo alguien, nos extrañó muchísimo, porque no cuadraba.

—¿Puedes enseñarme esas fotos? —preguntó Álvaro.

—Claro. —Sacó el móvil y se las enseñó.

—JO-DER.

Miró la hora en los datos de la fotografía. Encajaba en la hora. Se veía algo borroso, pero bastaba.

—Necesito estas fotografías, son parte importante de la investigación. —Cogió el móvil y se pasó las fotografías.

—¿Alguien más tiene algo? —preguntó.

Todos negaron con la cabeza. Álvaro tomó los datos de los chicos que habían hecho las fotos y habían estado en el momento de la azotea.

—Sois testigos importantes, os llamarán —indicó.

Álvaro llamó a Martínez por móvil.

—Tengo fotografías.

—De puta madre, Álvaro.

—¿Tienes a tus Agentes en el edificio?

—Sí, han aprovechado la oportunidad de que muchos están haciendo la compra o haciendo recados para entrar sin ser vistos. Ya sabes que son silenciosos y nadie notará nada.

—Genial. Voy para comisaría. —Colgó.

Álvaro cogió su vehículo, el cual había aparcado en el *parking* de las oficinas para que los vecinos no lo vieran. Ya conocían su coche lo bastante bien para reconocerlo en mitad de su calle.

Salió disparado hacia comisaría donde encontraría más pistas nuevas y pronto tendría al

asesino.

~

—Martínez.

—Álvaro, has sido rápido.

—Cuando se trata de atrapar al malo, soy como una bala.

Ambos fueron al despacho de Álvaro, se sentaron delante del ordenador de Álvaro, el cual ya estaba encendido hacía un rato gracias a la amabilidad de Martínez. No podían esperar que el ordenador despertara a la velocidad de los caracoles en esta situación.

—Enséñame los documentos y yo te enseño las fotografías.

—Parece que vayamos a poner en común nuestros cromos, como cuando éramos críos —dijo.

—No digas tonterías, Martínez.

—Venga, anímate, que estamos a punto de meter entre rejas a alguien después de unos días terribles. —Le dio una palmada en la espalda.

Observó el documento, era real, tenía la firma del rey emérito.

—Tenías razón, Martínez.

—Me cago en la leche, Merche —añadió Martínez—. Ahora queda que vengan mis Agentes.

Capítulo 36. La reunión

Álvaro apareció por la comunidad de la calle Mayor número seis, esperaba que por última vez. Al menos por los motivos que lo traían estos días pasados, ya que no desechaba la idea de aparecer algún día para visitar a sus nuevas y viejas amistades. Suspiró y entró, de nuevo, con la puerta del portal abierto, y subió las escaleras hasta el cuarto derecha, la casa del primer asesinado. Qué buen lugar para terminar este triste capítulo.

Mientras subía se encontró a Hanako y Pablo agarrados a la barandilla a punto de alcanzar el cuarto piso, los ayudó a terminar de llegar.

—Menos mal que esta vez hemos podido dormir —comentó David.

—Ya, yo tenía una bola en el estómago estos días —añadió Lucía poniendo un puño en el estómago.

—Algunos siguen estando mal —agregó Miguel señalando con los ojos a María Dolores para que tuvieran consideración.

—Lo siento —respondió Lucía.

—Vamos, cielo, siéntate donde la otra vez —le dijo Diego a Lucía llevándosela.

Los vecinos ya habían colocado todo como en la junta, el *reloj* estaba hecho de nuevo y esta vez contando con la ausencia de Pedro.

—¿Qué creéis que nos contará hoy? —preguntó Hanako.

—Yo creo que ya han atrapado a Pedro —comunicó Alejandro—. Y viene a decírnoslo.

—¿De verdad? —exclamó Lucía—. ¿Tú crees?

—No lo sé… —Lena no estaba convencida—. Miradle la cara, no es cara de haber encontrado a Pedro.

Lena se acercó a Álvaro. Este la miró con seriedad y le susurró algo al oído.

—¿Hay que tener una cara para eso? —preguntó Miguel a Pablo por lo bajo.

Lena aprovechó el momento y le dio un beso en la mejilla a Álvaro. Nadie se sorprendió, Lena era así, aunque sí quisieron ver la reacción de Álvaro ante aquello. Él no se movió ni un poquito y su rostro serio siguió en la misma posición.

—Señores, hemos encontrado a la persona que asesinó a Don Carlos y a Don José —proclamó Álvaro.

Todos se sentaron rápidamente en los asientos, impacientes por saber más detalles sobre lo que acababa de decir el Agente.

—¿Decías que no tenía cara de no haber encontrado a Pedro? —dijo Elena a Lena, y le sacó la lengua.

Álvaro comprobó que todos estuvieran sentados, se acercó a la puerta y observó por la mirilla. Todos se quedaron mirándolo atentamente.

—Venga, cuéntanos —dijo David.

—No sea impaciente, señor López. Todo a su debido momento.

—¿Habéis encontrado a Pedro? —preguntó Sara.

—Es una buena pregunta, Sara —respondió Álvaro—. Sí, lo hemos encontrado.

Hubo un revuelo general en la sala, empezaron a ser gallinas de corral de nuevo, hubo incluso aplausos entre algunos vecinos.

—Pero… —dijo Lena.

Todos se giraron a Lena y pararon de gritar y aplaudir.

—¿Cómo que "*pero*"? —preguntó Pablo.

—Nuestra amiga Lena es muy avispada, señor Moreno, sin duda hay un "*pero*" —dijo Álvaro.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Hanako.

—Eso mismo nos debería contar una persona que está aquí entre nosotros —confesó Álvaro.

Los vecinos contuvieron la respiración, se escuchó el sonido del sofá. Alguien se estaba recolocando en él.

—¿Pedro no es el asesino? —preguntó Alejandro.

—Me temo que el señor Gómez se encuentra dentro del ascensor, muerto desde ayer —comunicó.

Los gritos empezaron a sonar en el cuarto, Lena comenzó a atar cabos y lo vio clarísimo al momento. Se levantó.

—¡Callad todos! —Todos fueron bajando el volumen poco a poco, hasta que el silencio se hizo realidad—. Continúa—. Se sentó.

—Todos pensamos que Pedro era el asesino y que lo del ascensor era una distracción, pero en realidad, era otro asesinato. Esta vez para cubrirse las espaldas, ¿verdad? —dijo al público en general, aunque ya sabía a quién preguntaba.

—Entonces, ¿sabes quién ha sido? —preguntó Sara.

—Calma. —Hizo un gesto con la mano.

—Lo sabe —dijo Miguel.

—Dígalo ya —exigió Pablo—. No podemos más con esta situación.

—¿Cuántos sabían que Carlos y José tenían una relación amorosa? —preguntó Álvaro.

Los vecinos se sorprendieron, por lo que pudo observar Álvaro, parecía que ninguno lo sabía, excepto Lena, que tenía pinta de haberlo sospechado en algún momento.

—Yo tenía ciertas sospechas, pero nunca pude confirmarlo.

Al momento, sus cabezas empezaron a girar engranajes y voltearon hacia María Dolores. La cual tenía clavadas las uñas en las palmas de las manos de la presión que estaba haciendo. Su rostro era pura rabia.

—Doña María Dolores…

—Carlos y José tenían una relación a escondidas desde hacía dos años —sacó una carta de una carpeta—, en esta carta que hemos encontrado en la casa de María Dolores, en su habitación —miró a María Dolores—, vemos que José confirma que van a fugarse al piso que Carlos tenía en París. Hemos confirmado que es la letra de José, por supuesto, y está llena de sus huellas, y de las de María Dolores.

—Pero el cuchillo estaba en casa de Pedro —añadió Miguel.

—Querido señor García, cuando bajó María Dolores a darle la tarta, ella cogió las llaves del piso de Pedro. Cuando vino la policía por el primer asesinato, fingió que salía a tomar el aire, que, si lo tomó, pero durante un minuto. Le dio tiempo a contárselo a la señora Marta Giménez, con la que hemos hablado y nos ha contado la conversación fugaz que tuvo con ella. Entró al piso y dejó el arma, ¿por qué iba a dejar Pedro el arma en su propia casa?, ¿para que la encontráramos? Lo más lógico es que la hubiera tirado o se hubiera deshecho de ella. Luego María Dolores se unió a nosotros y ha sido una magnífica actriz, debemos darle un Goya. Y cuando fue a por el plato es cuando dejó las llaves del piso de Pedro.

Miguel se giró a María Dolores, la cual tenía a su derecha. Tenía sangre en las palmas de las manos.

—¿Es eso verdad?

María Dolores no contestó.

—Ya había matado al amante, solo le quedaba matar a su marido. Esperó a que todo estuviera más calmado y no hubiera policías cerca. Aprovechó que no estaba y que su marido subió al piso de su amante a coger ciertas cosas que dejarían al descubierto los motivos originales del asesinato. Esta foto. —Enseñó una foto donde salían Carlos y José besándose delante de la Torre Eiffel.

—Entonces es verdad que eran amantes —dijo Elena.

—Dios, que bien lo han escondido estos dos años, ¿no? —dijo Diego.

—Con esta comunidad es muy difícil, la verdad es que tiene mérito —añadió Lucía.

—El dinero le daba igual, por eso lo dejó y le pareció buena idea dejar la jeringuilla para incriminar también a Sara o Alejandro, el que mejor pillara, por si salía mal su plan de Pedro. Además, hemos encontrado en su historial de búsqueda en Google que ha buscado como matar con una jeringuilla llena de aire. En definitiva, la cuestión era volverme loco. Cosa que ha conseguido a ratos. —La miró.

—Maldita asquerosa —escupió Sara.

—Cuando tuvimos la junta, sospecho que Pedro ya sabía que María Dolores era la asesina y se lo dijo, por eso cuando Pedro montó en el ascensor, María Dolores fue a trucar el ascensor.

—Para, para, para —dijo Miguel.

—¿No lo sabíais? María Dolores es Ingeniera eléctrica, un caso muy poco común para la época. Ahí donde la veis, trabajó unos años hasta que tuvo a sus hijos, entonces se retiró. —Sacó otro papel de la carpeta, era una fotocopia—. Aquí tenéis el título, firmado por el rey emérito. No solo hace tartas y cocidos, también pela cables y destroza ascensores. Y también recordé que Miguel intentó decirme algo el día que estabais hablando por el telefonillo, quizá que María Dolores fue quien le explicó como trucarlo para que todos los vecinos pudieran hablar por él.

—Flipante, colega —dijo Alejandro.

—Lo flipante es como ha podido fingir tan bien y tener la sangre tan fría —dijo Sara.

—Yo… siempre he confiado en usted, Doña María Dolores —confesó Miguel con dolor en el pecho.

María Dolores no lo miró, no dijo nada.

—Además, tenemos unas fotos de María Dolores trucando el ascensor, unos chicos de las oficinas de enfrente se estaban haciendo unas fotos para Instagram y la pillaron —añadió Álvaro.

Bendito Instagram. Las enseñó.

—Ahora bien, señora Gracia, ¿tiene algo que decir?

María Dolores dirigió la mirada directamente a Álvaro y sintió toda la ira, el dolor y la rabia.

Capítulo 37. Asesinar es fácil

—Todo habría salido bien si no fuera por ti, Agente, y tus estúpidas amigas entrometidas. ¿Tienes idea de lo bochornoso que es que tu marido vaya a abandonarte por un maricón? —Se escucharon varios jadeos al escuchar la expresión—. Y que encima tu propio marido sea un enfermo de esos. —Puso cara de asco—. Ya tengo que convivir con esta tribu de enfermos todos los días. —Señaló al *trío* y a Sara y Elena—. ¿Crees que es agradable? Mis amigas ya chismorrean, me dicen que me van a contagiar y me van a gustar las mujeres. Rezo todos los días porque no llegue ese momento.

—Pero… ¿qué dice, señora? —dijo Lena.

—Tú calla, desviada. Que eres la más enferma de todas las que viven aquí. Mírate, vestida como una niña pequeña que se va de festival. Encima vienes a nuestro país a robarnos el dinero y a usar nuestra salud pública gratuita, nuestra educación.

—Está loca, señora.

—Estoy harta de fingir ser la señora correcta, es horrible. Mira lo que le hicisteis a mi marido. Lo hicisteis desviado, se iba a fugar con Carlos a París. Me iba a dejar por ese hombre. ¿Qué iban a decir de mí? —María Dolores se levantó.

—Señora Gracia, siéntese —dijo Álvaro.

—Yo maté a Carlos porque había pervertido a mi marido, y maté a mi marido por piedad. Pedro iba a delatarme, él sabía que ellos estaban juntos y sospechaba de mí, tuve que hacerlo, no tenía otra opción. —María Dolores estaba muy nerviosa, movía los brazos de manera exagerada.

Todos seguían a María Dolores con la mirada, pero con miedo a lo que pudiera hacer. Estaba claramente nerviosa, acababan de descubrirla, era peligrosa en ese estado. Álvaro controlaba todos los movimientos que hacía, alerta por si hacía un gesto extraño.

—María Dolores, esto se ha acabado, dese la vuelta, le voy a poner las esposas.

La mirada de María Dolores cambió, buscó una salida rápida y fue directa a la puerta.

—María Dolores, yo no lo haría…

Nada más abrir se encontró con una patrulla entera en el rellano, al segundo corrió en la dirección opuesta; camino a las habitaciones.

Álvaro la siguió y se la encontró intentando salir por la ventana para alcanzar el bloque de vecinos de enfrente.

—María Dolores, es mucha distancia para usted. Ríndase.

Para sorpresa de todos, María Dolores trepó hasta la azotea.

—Dios, lo que es capaz de hacer la adrenalina, chaval —dijo Lena que estaba detrás de Álvaro.

—Ve a los Agentes y diles que suban dos a la azotea, ya mismo.

Lena salió corriendo.

—¿Vas a trepar tú también? —preguntó Sara.

—Obvio —dijo mientras se ponía a trepar.

Álvaro trepó con facilidad, lo contrario que María Dolores. Y la vio cogiendo oxígeno en una esquina.

—Por favor, no sigas con esto.

Anduvo hacia ella con pasos lentos mientras sacaba su arma, y se sorprendió al oír cómo varios cristales crujieron en sus pies. Sus botas eran buenas, no se clavaría ni un cristal en los pies.

—Déjame en paz.

—No puedo, has matado a tres personas.

—¿Tú no has matado a nadie? —preguntó María Dolores —. Mírate con esa pistola.

—La pistola es para incapacitarte, no para matarte.

—No has respondido a mi pregunta.

Álvaro no quería responder a esa pregunta, y menos a esa persona que tenía delante.

—No.

—Mientes.

—Tú eres la experta en las mentiras, María Dolores.

De fondo estaban los Agentes que había pedido a Lena, venían despacio, poco a poco, para no llamar la atención de María Dolores. No quería mirarlos a la cara para no alertarla.

Al momento María Dolores se le echó encima, Álvaro no había visto que ella llevaba un

cristal roto en la mano y consiguió rajarle el brazo. Al momento, Álvaro le hizo una llave y la inmovilizó.

Los Agentes llegaron corriendo, le pusieron las esposas y ayudaron a Álvaro con la herida, esta era algo profunda. Pidieron asistencia sanitaria para que fuera a la azotea.

Capítulo 38. Un café por disfrutar

Los cafés que se toman por disfrutar son los que mejor saben, no esos que tomas para despertar a la fuerza, rápidos y corriendo.

Y si son con amigos, aún más.

—Qué sitio más bonito —dijo Álvaro con el brazo vendado, mientras miraba la cafetería de barrio.

—Supuse que te gustaría, *sexy boy*.

—Cada día un nuevo mote —dijo Álvaro mientras se sentaba en una silla cualquiera.

—Es su estilo, no se lo tengas en cuenta —indicó Sara —. ¿Qué tal el brazo?

—Bien, son solo unos puntos de nada, pero no puedo entrenar, así que he podido retomar los videojuegos un poco, he agregado a tu hermano y jugamos a veces.

—Madre mía, los *frikazos* —dijo Sara—. ¿María Dolores?

—La confesión de la reunión está grabada en audio, gracias a la grabadora que llevaba encima —sonrió—, y el resto de las pruebas sirven, va a estar una buena temporada en la cárcel. Además, sus palabras xenófobas y homófobas no ayudan nada.

Álvaro miró la carta de cafés del local, tenían muchísimas variedades. El camarero se acercó y todos pidieron al momento.

—Yo tomaré un americano —dijo Álvaro.

—No, él no tomará eso —dijo Lena.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo, vas a tomar un *Latte Macchiato Crème Brûlée*, hoy vas a tomar algo diferente y dulce, para quitarte esa cara de amargado que llevas a diario —explicó Lena.

—Joder, Lena, qué directa eres.

Lena puso su mano encima de la de Álvaro.

—Confía en mí, pichón.

—Vale, pesada —contestó Álvaro. Álvaro había quedado ya un par de veces con Lena, y ya había hecho eso varias veces, ella escogía lo que debía tomar y siempre acertaba.

Era un treinta y uno de agosto caluroso, pero dentro del local se estaba de maravilla con el aire acondicionado. La decoración era floral y la mezcla con el café era impresionante.

—¿Cómo supiste que era María Dolores? —preguntó Sara.

—Cuando Lena dijo que Pedro tenía consolas muy caras y el informático dijo que el ordenador costaba seis mil euros, no me encajó que necesitara dinero, tampoco había un móvil para matar. Pensé además que María Dolores había sido la última en verlo, Martínez me dijo que María Dolores era Ingeniera eléctrica y ahí todo encajó un poco más. Luego los chavales de las oficinas me enseñaron las fotos y vi que era ella. Los Agentes especiales de Martínez registraron la vivienda cuando ella estaba haciendo la compra, fueron rápidos y efectivos. Encontrar a la señora con la que habló María Dolores aquel día tampoco fue difícil. Solo faltaba la confesión que ella misma nos proporcionó aquella tarde.

El camarero sirvió los cafés. El café de Álvaro tenía una pinta impresionante, no se lo iba a negar a Lena.

—¿Esto es un café o un batido? —preguntó Álvaro.

—Un poquito de ambas —dijo Lena guiñando un ojo y casi juntando el dedo gordo con el índice, indicando que quedaba un poco para ello.

Álvaro acercó los labios a aquel vaso enorme de café y probó su contenido. El sabor era dulce, no le disgustó para nada, obviamente no era lo que él bebía para despertarse todas las mañanas y tampoco era el agua sucia de la comisaría. Era una bebida que él clasificó como “bebida para tomar con amigos”.

—Está increíble, Lena.

—Te lo dije, tonto —respondió con una sonrisa.

Sara echó la espalda en el respaldo del sillón donde se había sentado, era uno de esos cafés que tenían sillas y sillones. Suspiró fuerte con el café en las manos y miró a sus amigos.

—Tengo que daros una noticia importante, aún es pronto, pero me da igual.

—Suéltalo ya —solicitó Lena al momento.

Álvaro la miró con atención mientras daba otro sorbo al café.

—Hace unos días fuimos al tercer intento de la fecundación in vitro y parece ser que esta vez ha ido bien, si todo va bien seremos madres en unos meses. —Sara no pudo evitar sonreír.

—¿QUÉ ME DICES? —La emoción de Lena fue una onda expansiva. Fue corriendo a abrazarla.

—Felicidades, Sara —dijo Álvaro desde su silla mientras levantaba el café—. Espero que todo salga bien y siga adelante el embarazo.

—Claro que va a salir bien —gruñó Lena girándose hacia él.

—Tranquila, Lena —respondió Sara—. Álvaro tiene razón, podría salir algo mal en estas semanas y tendríamos que volver a empezar, pero es la primera vez que doy positivo.

—Yo, Lena García Hernández, digo que este embarazo va a ir como la seda, ¿me oís? —los señaló a ambos.

—Vale, vale —dijo Álvaro levantando las manos—. No nos mates.

—Yo no soy María Dolores, pero no me tientes, *policía sexy*, quizá lo haga para que me esposes. —Le guiñó el ojo.

—Eres imposible, Lena —dijo Sara riéndose a todo volumen mientras los demás clientes los miraban con cara de confundidos.

Álvaro se tapó la cara de la vergüenza, no podía con la situación.

—Por cierto, hemos conocido a la profesora de Alejandro —comentó Sara—. Bueno, exprofesora, se llama Ana y es muy maja, aún estamos asimilando el tema de la diferencia de edad, pero si ellos se quieren no podemos hacer nada.

—Tiene un buen historial, si te sirve de algo —dejó caer Álvaro, mientras dejaba el vaso vacío en la mesa.

—¿Ya te lo has bebido? —dijo Lena—. No lo habrás ni saboreado. Bestia parda.

—Lo he saboreado, Lena, te lo aseguro —respondió Álvaro.

—Yo podría enseñarte a saborear de verdad —insinuó Lena.

Álvaro fingió no escuchar aquello, porque la vergüenza le habría consumido.

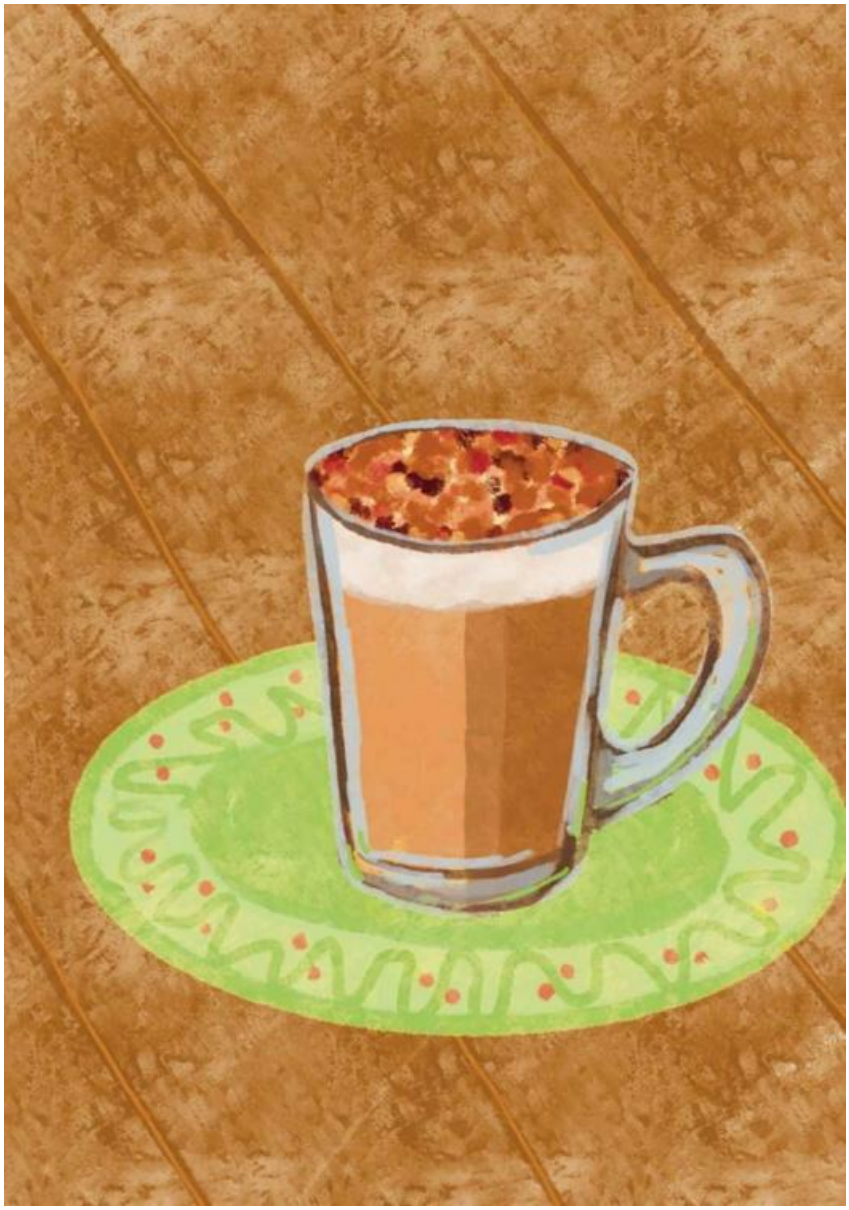
—Así que un buen historial…

—Sí, cuando la investigamos por lo del asesinato, no vimos nada extraño —aclaró.

—¿Qué tal el tema de las drogas? —preguntó Lena.

—Hemos mirado una clínica y lleva ya unos días, se le ve con ganas, sabemos que será duro, pero él es fuerte y con nuestra ayuda saldrá adelante.

Álvaro le dio la mano a Sara y Lena la abrazó con más fuerza aún.



—Dime una cosa —dijo Álvaro a Lena mientras caminaban solos hacia su coche.

—Dispara, *poli*. —Lena hizo el gesto de disparar con sus manos.

Álvaro se giró y la paró de golpe en mitad de la acera. Ella se chocó con él al no esperárselo.

—Dios mío, eres una roca. —Tocó su torso y abrió los ojos.

Él la miró serio. A pesar de que Lena era alta para ser chica, Álvaro medía veinte centímetros más y aún tenía que bajar la mirada para mirarla.

—¿Hay algún día que lleves el color de tus ojos y no esas lentillas de colores? —preguntó.

—Me gusta llevar los ojos de colores, ¿por?

—¿Siempre llevas el pelo rosa?

—Desde los dieciséis años, sí —respondió levantando una ceja.

—¿Siempre usas esos atuendos de chica anime?

—Normalmente sí.

—¿Tienes pensado tener alguna relación seria algún día?

—No lo descarto si es la persona indicada. —Pasó su dedo por el pecho de Álvaro hasta el ombligo, como si de un juego se tratara.

—¿Siempre contestas a todo, incluso cuando no te preguntan a ti?

—Es mi naturaleza hacerlo, es como que me lo pide el cuerpo, ya sabes, por cierto, ¿es esto un interrogatorio? Porque es extraño en mitad de la calle. —Miró a su alrededor, la gente pasaba fijándose en ellos parados en mitad de la acera.

Cuando Lena se giró hacia Álvaro de nuevo, él la besó en los labios. Puso las manos en su rostro, donde notó la purpurina deslizarse en sus dedos. Esperó a que ella respondiera al beso y lo hizo continuándolo.

Al acabar se miraron a los ojos, se distanciaron un poco lentamente y sonrieron.

—Eres un *poli* malo, eh. —Álvaro puso cara de haber hecho algo mal.

—Yo…

—Tranquilo. —Le puso un dedo en los labios—. No has hecho nada malo, está bien. Yo solo quería cuidarte como amigo, pero mis bromas a veces pueden confundir a la gente.

—Lo siento, pensaba que…

—Silencio. —Volvió a ponerle el dedo en los labios—. Yo soy una tía de veinte tacos que es librera, que se cree Holmes, que vive con sus dos colegas en un piso dónde han matado a tres personas en una semana, que lleva lentillas de colores, tiene el pelo afro rosa, le sobran unos cuantos kilos, viste como le da la gana y mide bastante más que muchas chicas. Estoy algo pérdida, cobro una miseria y no sé dónde caerme muerta. Tú eres un tío que está bueno, alto, con muchos tatuajes chulos —los tocó con la mano—, que habla de manera correcta, sabe estar, tiene un trabajo con futuro, que tiene una casa propia y la vida resuelta. No encajamos. —Bajó la vista al suelo.

—Creo que no me conoces del todo y te estoy invitando a que lo hagas, Lena. —Le levantó la cara. —Sinceramente, eres exasperante, malhablada, maleducada, llamativa, un desastre y un caos, pero también eres muy inteligente, decidida, empática, creativa, audaz, resiliente, …

Lena se acercó a él y le robó un beso para callarlo.

—¿Todas esas cosas soy? —Sonrió.

—Y muchas más.

—¿Quieres descubrir algunas más? —Puso cara de pícara.

—Eres una sinvergüenza, señorita.

—Habló él que va besando a chicas sin permiso. —Sacó la lengua y le cogió la mano, empezó a correr hacia calle Mayor número seis.

—Mi coche está en la otra dirección, Lena.

—No vamos al coche, *poli malo*. Vamos a resolver un misterio en calle Mayor número seis.

—¿Otro misterio? —preguntó Álvaro sin entender lo que decía Lena.

—El misterio de por qué un policía tan guapo me quita la ropa interior en mi cuarto —dijo Lena lo suficientemente alto como para que todos los que estaban en la calle lo escucharan y se giraran.

Álvaro se puso tan rojo como un tomate de huerta de pueblo. No sabía si podría acostumbrarse a esos comentarios, solo el tiempo tenía la respuesta a eso.

—Lena, por favor, la gente —dijo poniendo una mano en la frente intentando taparse la cara lo máximo posible.

—Que le den a la gente, si no les gusta que miren a otro lado. —Sonrió aún más, si eso era posible.

Hacía tiempo que no se sentía tan bien; a pesar de la vergüenza, de que todo el mundo los mirara con cara de bochorno y de parecer sacados de una serie de anime japonés.

Pero solo por aquella sonrisa valía la pena intentarlo todo.

Agradecimientos

A las personas que no creyeron en mí, gracias. Me ayudaron a darme cuenta de que sus palabras no significaban nada. Y a quienes me apoyaron, gracias infinitas, porque sus palabras valen más que el mundo entero.

A mis lectores beta, gracias por atreveros a leer el caos que creé en un mes, movida por la euforia y la urgencia. Por sumergiros en un mar de ideas desordenadas que luego debieron encontrar su forma y corregirse.

A mi marido, gracias a su paciencia, por sus ánimos, y por aportar esas ideas a última hora que, aunque siempre tardías, agradezco con el alma. Nos pasamos días enteros tramando sobre esos vecinos tan estúpidos, inventándoles una historia y buscando cómo ocultar la verdad. Mientras yo corría impaciente y decía: “Eso ya está escrito, y dos capítulos más”.

A mis *malvalibros*, por confiar en mí cada vez que subo algo en redes, por seguirme y por animarme. Gracias a *bookstagram* he conocido a personas maravillosas, que considero verdaderas amigas.

A mi familia, siempre.

Y, sobre todo, a mí misma. Porque, aunque no suelo apostar por mí, al final lo consigo, aunque sea a base de hostias.

Hija del Mal



Miriam Marcuello Hernández, más conocida como **Hija del Mal**, nació en Zaragoza en 1992.

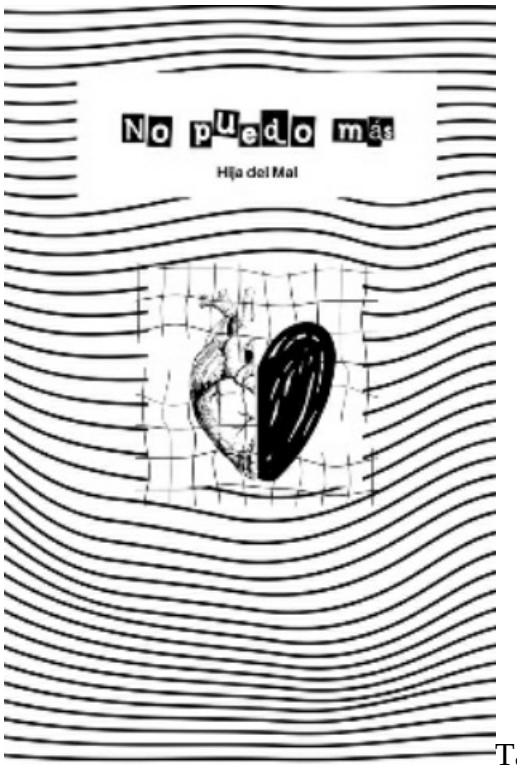
Es una artista polifacética, así que es capaz de pasar de maquillarte a reparar un roto en cuestión de minutos.

Su pasión por la lectura ocupa gran parte de su tiempo, y sus géneros favoritos abarcan desde la fantasía y el *cozy mystery*, hasta el terror, lo bizarro, la distopía y la comedia romántica. Sin embargo, no le cierra las puertas a nada; si algo capta su interés, estará dispuesta a darle una oportunidad.



Como miembro del colectivo LGTBIQ+, Miriam es una firme defensora de sus derechos y visibilidad, además de apoyar activamente el movimiento por la salud mental. Su compromiso con estas causas se refleja tanto en su vida como en su obra.

> Con **A morir a tu casa**, su primera novela, Miriam busca visibilizar a los colectivos más vulnerables y poner de relieve que existen muchos tipos de personas con distintos problemas. A través de sus personajes, quiere transmitir un mensaje claro: todos los cuerpos y todas las identidades, son válidos y bienvenidos.



También autora de **No puedo más**, una recopilación de textos, relatos y frases escritos en momentos de profunda depresión y ansiedad. Miriam plasma en su obra una intensa lucha emocional. Un reflejo íntimo y crudo de sus experiencias, donde su escritura se convierte en una válvula de escape y una forma de procesar sus propios demonios.

Recuerda poner una reseña en Goodreads y Amazon para apoyarme y ayudarme a mejorar.

Un KISS!!!